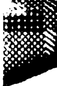

B 3 9015 00237 302 8
University of Michigan – BUHR



ISM

LA BATALLA DE RANCAGUA





BIBLIOTECA DE "LA LECTURA"

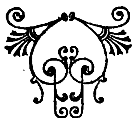
LA BATALLA

DE RANCAGUA

SUS ANTECEDENTES I SUS CONSECUENCIAS

POR

Julio Bañados Espinosa



SANTIAGO
RAFAEL JOVER, EDITOR
CALLE DEL PUENTE, NÚM. 15-D

1884

Santiago; IMPRENTA CERVANTES, Puente 15 D.—1884

ADVERTENCIA

Ha tiempo tuve el proyecto de escribir una historia completa de la *Patria Vieja*, entendiendo por tal el período de la revolución de Chile que comienza el 18 de setiembre de 1810 i concluye en octubre de 1814. En estos cuatro años se meció la cuna de la República, tuvieron lugar los primeros esfuerzos que nuestros padres hicieron para emanciparnos del extranjero, se dieron combates memorables con reclutas que no tenían más táctica que el heroísmo, más disciplina que la unidad de miras i más ideal que la independencia de la patria, se soportaron inmensos sacrificios para romper con la esclavitud e ignorancia del coloniaje, i se echó la primera piedra de nuestra nacionalidad.

Acopiados ya los materiales del trabajo, resolví ejecutarlo en otra forma, diversa en el título i en el plan, pero igual en la idea dominante i en el fondo. En las investigaciones que tuve que hacer en los sucesos de esa época, encontré a un jefe distinguido cuya biografía no ha sido escrita con la extensión que merece i un acontecimiento que es digno de ser narrado con la abundancia de datos i detalles de una historia particular. Me refiero al hábil 'Jeneral Juan Mackenna i a la batalla de Rancagua.

Mackenna, que llegó a Santiago en 1809, figura entre los pro-

tagonistas del gran drama de la Revolución de la Independencia desde que se inició hasta julio de 1814. En la parte final de la vida de Mackenna se desarrollan los principales sucesos de las primeras campañas. Sólo faltan los que con súbita rapidez se verificaron desde el golpe de estado que dió José Miguel Carrera el 23 de julio de ese año hasta que Ossorio estableció de nuevo el poder real con la reconquista. Estos hechos posteriores caben en una historia especial de la batalla de Rancagua, tumba gloriosa de la *Patria Vieja.*

Nuestro proyecto primitivo ha quedado reducido, pues, a bosquejar, alrededor de Mackenna i de la batalla de Rancagua, la historia completa del primer período de nuestra Revolución.

Hoi doi a luz el segundo de estos libros i próximamente, si para ello tengo tiempo i fuerzas, que en cuanto a voluntad i entusiasmo me sobran, daré a la imprenta la *Vida del Jeneral Juan Mackenna.*

Para que se tenga una idea clara de las causas verdaderas de la derrota de Rancagua, he creído indispensable exponer a la lijera los acontecimientos que la precedieron, comenzando con la deposición de José Miguel Carrera del mando del ejército patriota i el nombramiento en su reemplazo de Bernardo O'Higgins el 27 de noviembre de 1813, porque en esta fecha aparecen en la escena política los dos partidos que fueron el orijen de la reconquista española. Hablamos del partido *o'higginista* i del *carrerino.* Con el cambio de jeneral vienen las diverjencias en el seno mismo de la revolución, las discordias que levantaron odios tan inplacables, i las divisiones intestinas que produjeron tantas desgracias.

Inútil me parece decir que al escribir la historia de las hazañas i faltas de los hombres que aparecen en aquel período histórico, me siento con la fuerza moral bastante para permanecer en el terreno de la más absoluta imparcialidad i para ser un juez frío, tranquilo i desapasionado.

No soi ni o'higginista ni carrerino; no persigo ni los aplausos ni los ataques de nadie.

He preparado con perfecta serenidad de espíritu el proceso de

aquella época i, después de comparar pieza por pieza, de analizar los documentos más, importantes, de comprobar las diversas opiniones i de trasladarme con la imajinación al tiempo mismo en que pasaron los sucesos narrados, llego a conclusiones i doi fallos que he tratado siempre de ajustar a la lójica, al buen sentido i a la más extricta verdad histórica.

Para arribar a estos fines he estudiado cuanto se ha escrito sobre la materia, cuanto existe en los archivos públicos i privados que tenga relación con lo acontecido i cuanto papel de algún interés he podido proporcionarme. También me he consultado con personas que conocieron a varios de los protagonistas de los hechos que narro.

Para formarme un juicio más exacto de la batalla de Rancagua i de los planes propuestos por Carrera i O'Higgins para resistir a Ossorio, he recorrido personalmente el terreno i las localidades. Así, conozco como testigo ocular la Angostura de Paine, los caminos de Aculeo i de Chada, la ciudad de Rancagua con sus alrededores, los ríos Maipo i Cachapoal i los fundos i senderos que unen el pueblo de Rancagua con la hacienda de la Compañía que en aquel entonces fué teatro de importantes operaciones.

Habiendo sido mi ánimo hacer un verdadero proceso a los hombres de este período, quise en un principio escribir según el sistema *ad-probandum*; pero mui luego comprendí que tal método sólo se puede aplicar cuando los hechos i acciones que van a ser analizados en el crisol de la filosofía i de la crítica están comprobados de un modo que no quepa controversia acerca de la autenticidad i existencia de ellos. Esto no se verifica en el caso actual. La mayor parte de los sucesos de aquel tiempo, sobre todo, los que se relacionan directamente con la batalla de Rancagua, son oscuros i a veces contradictorios, al extremo que hai serias diverjencias entre los historiadores.

Hai sobre los hombres i acontecimientos de 1814 muchos problemas sin descifrar, muchos enigmas casi impenetrables.

Por eso he adoptado en lo posible un sistema ecléctico: expongo i discuto; narro i analizo; doi cuenta minuciosa de los

hechos i a la vez los estudio a la luz de los preceptos que en las investigaciones aconseja la filosofía de la historia.

En mi corazón de chileno rindo culto a la memoria de los esclarecidos patriotas que algo hicieron por la libertad e independencia de Chile. Respeto i confundo en un mismo cariño a O'Higgins i San Martín con los tres Carrera i Manuel Rodríguez. Todos sin excepción, éstos por un camino i aquéllos por otro, han hecho laudables esfuerzos i soportado amargos infortunios por hacer de esta lonja de tierra que corre entre el Pacífico i los Andes un país libre, honrado, laborioso i grande. La igualdad de miras, de ideal i de aspiraciones, i la obra que con su sangre i sus sacrificios realizaron, hacen olvidar las debilidades inherentes a los hombres que viven entre los oleajes de una revolución i entre las sacudidas i vaivenes de la política.

Al reprochar los actos de alguien en el curso del libro, no es, pues, por odios ni rencores preconcebidos; es porque así lo cree mi conciencia después de investigar a fondo los hechos.

Cuando analizo algún punto oscuro o de suma responsabilidad histórica, antes de emitir mi juicio, acostumbro exponer las opiniones tanto del inculpado como de los que han escrito a favor o en contra de él. Si este procedimiento rompe de cuando en cuando el hilo de la narración, en cambio es una prueba de mi imparcialidad.

Al concluir esta *Advertencia* quiero dejar estampado mi sincero agradecimiento al señor Diego Barros Arana por la benevolencia con que ha atendido varias preguntas que le he hecho i al señor Vicuña Mackenna por su jenerosidad al disiparme algunas dudas i al facilitarme sus archivos que son los más ricos que existen en el país.

BIBLIOGRAFIA

Estimo de importancia para las personas que deseen estudiar el período histórico que abraza este libro, poner a continuación el título de los trabajos principales que me han servido para consultar i conocer los diversos sucesos narrados.

1.° *Historia Jeneral de la Independencia de Chile,* por Diego Barros Arana. Es una obra notable por los datos, el plan, el elevado criterio, la honradez en los juicios i por las concienzudas investigaciones. La batalla de Rancagua está descrita según documentos curiosos i según las noticias verbales que dieron al autor el coronel Ballesteros, Manuel Barañao, Antonio García ayudante de Maroto, Antonio Millán i Nicolás Maruri.

2.° *Diario Militar* de José Miguel Carrera (Manuscrito). Es una pieza histórica curiosa i preparada con sumo talento i excelente acopio de datos. Está probado que fué escrito mucho después de los sucesos que narra. Fué hecho en Buenos Aires i Montevideo. En jeneral procura defenderse de los cargos que le hacían en su tiempo acerca de sus actos a contar desde el 25 de mayo de 1810 hasta después de la batalla de Rancagua. Es mui apasionado cuando ataca a O'Higgins, Mackenna, San Martín i demás enemigos personales de él. En resumen vale mucho como noticias i poco como juicios.

3.° *Primeras Campañas de la Guerra de la Independencia de*

Chile, memoria presentada a la Universidad por Diego José Benavente. Esta historia ha sido calcada sobre el *Diario* de Carrera i la *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, por Torrente. Está escrita con cierto brillo i habilidad, aunque demasiado parcial. Compañero de Carrera en las campañas, no pudo olvidarlo al redactar esta memoria histórica. Prohija algunas calumnias contra O'Higgins que hacen desmerecer mucho al autor como publicista. Tiene, sin embargo, el interés de que narra sucesos que ha visto como testigo ocular.

4.° *La Reconquista Española*, por Miguel Luis i Gregorio Víctor Amunátegui. Es una memoria bien escrita, aunque creemos que los autores se han presentado como miembros del partido *carrerino*. En datos es de lo más completo que existe sobre la materia. Es un estudio que honra las letras nacionales.

5.° *Revista de la Guerra de la Independencia de Chile*, por don José Ballesteros. Es un libro mal escrito; pero lleno de noticias curiosas. Tiene la importancia de que el autor fué el jefe de la 1.ª división del ejército de Ossorio i que escribe en gran parte lo que ha visto.

6.° *La Dictadura de O'Higgins*, por Miguel Luis Amunátegui. Una de las obras más notables de este historiador. La batalla de Rancagua i sus antecedentes están tratados sumariamente.

7.° *Vida del Capitán Jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins*, por Benjamín Vicuña Mackenna. Esta historia por demás interesante, llena de documentos preciosos i escrita con una elegancia de estilo extraordinaria, es una segunda edición más detallada i completa de *El Ostracismo del jeneral O'Higgins* que el mismo autor dió a luz el año 1861. Este último libro comprendía la vida de O'Higgins desde su nacimiento hasta 1823 en que fué desterrado. La otra obra, más reciente, abraza el mismo período, más lo que falta en la vida de tan eminente ciudadano a contar desde 1823 a 1842, fecha de su muerte. Sobre la batalla de Rancagua hai documentos mui exactos i además el autor reproduce unos *Apuntes* de don Juan Thomas, íntimo amigo de O'Higgins.

8.° *Vida del Jeneral Juan Mackenna*, por Benjamín Vicuña

Mackenna. Hai datos curiosos acerca de las primeras campañas de la independencia.

9.° *Historia de la Revolución Hispano-Americana* por Torrente. Ha sido escrita principalmente para sostener la causa de España.

10. *Historia Física i Política de Chile*, por don Claudio Gay. Tiene buenos datos acerca de la independencia, así como la parte de la colonia está plagada de errores. Gay conoció personalmente i tuvo largas consultas con O'Higgins, Freire i varios otros jenerales de la revolución. El Gobierno le facilitó también los archivos oficiales. De aquí por qué es de interés consultar esta parte de su historia.

11. *Memoria de los principales sucesos de la revolución de Chile desde 1810 a 1814.* (Manuscrito). Es atribuida a Bernardo O'Higgins. Fué regalada por doña Rosa O'Higgins, hermana del jeneral, a don Manuel Cerda Campos. Ambos han asegurado que fué redactada por O'Higgins. Hai datos buenos entre muchas inexactitudes. Está escrita con demasiada pasión i con poco esmero en el estilo como en el plan. Parece que fué trabajada después de los sucesos. De todos modos es necesario consultarla para imponerse de algunos detalles i episodios. Se encuentra en la Biblioteca Nacional.

12. *Memoria Histórica de la Revolución de Chile*, por el padre Melchor Martínez. Vale mucho por los documentos sobre las primeras campañas de la independencia.

13. *Memoria del Exmo. señor don Bernardo O'Higgins, Capitán Jeneral de la República de Chile, Brigadier en la de Buenos Aires, Gran Mariscal en la del Perú i socio protector en la Sociedad de Agricultura.* Fué mandada escribir por la Sociedad de Agricultura al socio don Casimiro Albano, que fué amigo de O'Higgins i que en consecuencia ha podido dar a luz noticias nuevas. Sin embargo tiene grandes vacíos i errores de consideración.

14. *El Chileno instruido en la historia topográfica, civil i política de su país*, por el reverendo padre frai José Javier Guzmán. Es un libro lleno de faltas; pero con algunas noticias de interés.

Como testigo ocular, narra lo que vió en Rancagua después de la batalla i cuenta lo que oyó de boca de varios de los que asistieron a ella. Por lo demás la obra vale poco.

15. *Manifiesto que hace a los pueblos de Chile*, el ciudadano José Miguel Carrera. Es un volumen de 64 pájinas que publicó dicho jeneral el año 1818 para hacer violentos cargos a O'Higgins i a otros jefes, i para vindicarse. Reproduce algunos documentos i tiene el mérito de ser la expresión de un testigo.

16. *El parte oficial* que sobre la batalla de Rancagua presentó al virrei Abascal el coronel don Mariano Ossorio. Al lado de algunos detalles de interés, tiene errores de mucha monta.

17. *Don Bernardo O'Higgins, apuntes históricos de la Revolución de Chile*. Serie de artículos publicados en el *Araucano* por don Manuel Gandarillas el año 1834. Aunque están redactados con marcado odio contra O'Higgins i demasiada parcialidad hacia los Carreras; sin embargo, valen por las numerosas piezas históricas que se reproducen.

18. *Hoja de servicios i Certificados* del coronel don Nicolás Maruri. (Manuscrito)

19. *La Corona del Héroe*. Reunión de estudios, datos i preciosos documentos sobre Bernardo O'Higgins, publicada bajo la inmediata dirección de don Benjamín Vicuña Mackenna.

20. *Archivo de los jenerales O'Higgins i Carrera*. Es una reunión de la correspondencia de dichos jefes que está en poder del señor Vicuña Mackenna. Sin cuestión que es el más completo e importante que existe en el país.

21. *Apuntes sobre la batalla de Rancagua*, hechos por don Juan Thomas i publicados por el señor Vicuña Mackenna en el *Ostracismo* i en la *Vida* del jeneral O'Higgins. Tiene datos mui curiosos i están escritos con suma elegancia de estilo.

22. *Épocas i hechos memorables de Chile*, por don Juan Egaña. Este hábil publicista fué comisionado por Bernardo O'Higgins para hacer una historia de la Independencia. Por diversos motivos no pudo dar cima a su obra; pero dejó estos apuntes cronolójicos que son indispensables para precisar las fechas i los acontecimientos principales de los primeros

tiempos de la revolución. Están publicados en *El Pais* el año 1857.

23. *Biografía del doctor José A. Rodríguez Aldea*, por Francisco de P. Rodríguez Velasco. Hai documentos curiosos.

24. *Conducta militar i política del jeneral Ossorio.* Folleto publicado en 1814 por dicho jefe español. Entre los documentos figuran algunos de indisputable mérito.

25. *Diario de los sucesos ocurridos en Santiago de Chile desde el 10 al 21 de setiembre de 1810* por el doctor Argomedo. De mucha estimación. Fué publicado en *El País* el 18 de setiembre de 1857.

26. *Memoria sobre los antecedentes i progresos de la Revolución de Chile.* Se ignora el autor i solo se conserva una parte. Aunque inclinado a la causa real, está bien escrita i con abundancia de datos. Fué publicada en *El País* el año 1857.

27. *Relación de la conducta observada por los padres misioneros del Colejio de Propaganda Fide de la ciudad de Chile desde el año 1808 hasta fines del 1814, que hace su prelado el reverendo padre frai Juan Ramón, en virtud del oficio que para ello le pasó el reverendo padre frai Melchor Martínez, comisionado por el superior gobierno del reino para la colocación histórica que manda S. M. se haga de los sucesos acaecidos en este Chile, desde su ausencia de la monarquía, hasta su restablecimiento en el trono.* Es una pieza histórica de suma importancia i no se pueden conocer bien los hechos de aquella época sin tenerla a la vista. Fué publicada en *El País* en 1857.

28. *Carta sobre el desembarque de Pareja*, por el Gobernador de Talcahuano don Rafael de la Sota. Es un documento de interés que tiene el mérito de narrar lo que ha sido visto i palpado por el autor.

29. *Apuntes sobre la guerra de Chile*, por el Brigadier español don Antonio Quintanilla. Tiene algunos datos; pero varios errores i vacíos. Arranca su mérito de que el autor asistió a todos los hechos de armas de que da cuenta.

30. *Diario de las operaciones militares de la división auxiliar mandada por el coronel don Juan Mackenna*, por el capitán don

Nicolás García. Es una narración bien detallada de lo que ejecutó la división mencionada desde su salida de Talca el 19 de diciembre de 1813 hasta el 3 de mayo de 1814.

31. *Diario de las ocurrencias del ejército de la patria que lleva el mayor jeneral don Francisco Calderón i da principio el día 14 de marzo de 1814.* Es una de las piezas históricas de más autenticidad que se han conservado de aquellos tiempos.

32. *Diario de las ocurrencias que tuvieron lugar en la defensa de Talca en mayo de 1814 hasta su ocupación por los realitas.* Es de algún interés.

33. *Diario de las operaciones de la división que a las órdenes del Teniente Coronel don Manuel Blanco Cicerón, salió de la capital de Chile para recuperar a la ciudad de Talca el día 9 de marzo de 1814.* Es dictado por un oficial que sirvió en dicha división hasta su derrota.

34. *Tratados de Lircai.* Fragmentos de un diario de O'Higgins que comprende los hechos sucedidos en abril i mayo de 1814. Tiene un valor histórico notable.

35. *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución desde 1810 hasta 1814*, por José Victorino Lastarria. En su jénero es lo mejor que se ha hecho hasta el presente. Hai noticias i documentos que valen mucho para conocer el espíritu i tendencias de la época.

36. *Archivo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.* Hai piezas de trascendental importancia.

37. Además he recorrido los periódicos publicados desde 1812 para adelante i he estudiado las hojas de servicios de varios de los próceres de la independencia.

38. *Acusación pronunciada ante el Tribunal de Jurados de Lima*, por el doctor Juan Ascencio, contra el *Alcance al Mercurio Peruano* publicado por don Carlos Rodríguez i denunciado por el Gran Mariscal del Perú don Bernardo O'Higgins. Hai algunos documentos i noticias de interés.

39. *Un aviso a los pueblos de Chile*, por José Miguel Carrera. Este folleto como el Manifiesto i algunas hojas sueltas, tienden

a un mismo fin, es decir, a atacar a sus enemigos i a defenderse de los cargos que se le hacen.

40. *Colección de leyes i decretos del Gobierno desde 1810 hasta 1823.* Su sólo título manifiesta su valor histórico.

41. *Galería Nacional* o colección de biografías i retratos de hombres célebres de Chile, escrita por los principales literatos del país, dirijida i publicada por Narciso Desmadryl, autor de los grabados i retratos. La revisación corrió a cargo de don Hermójenes de Irisarri. Esta es una obra de absoluta necesidad para conocer los hombres de la época.

42. *Historia Jeneral de la República de Chile desde su Independencia hasta nuestros días.* En los tomos 1.º i 2.º, que comprende las memorias de Tocornal, de Benavente i de los señores Amunátegui, hai notas preciosas i documentos justificativos publicados por el señor Benjamín Vicuña Mackenna.

43. *El Jeneral Freire* por Diego Barros Arana. Tiene noticias del todo nuevas.

44. *Informe sobre los Carreras*, publicado en el núm. 15 de *El Duende*, por Juan Mackenna.

45. *Ensayo acerca de las causas de los sucesos desastrosos de Chile*, por Camilo Enríquez. Vale poco. (Manuscrito).

CAPÍTULO PRIMERO

Primeras operaciones de la Revolución.—Sitio de Chillán.—Destitución de José Miguel Carrera del mando del ejército patriota i nombramiento de Bernardo O'Higgins.—Desembarco de Gavino Gaínza.—Juan Mackenna se atrinchera en Membrillar.—Lentitud de O'Higgins i causas de ella. —Batalla del Membrillar.—Combate del Quilo.—Unión de O'Higgins i Mackenna.—Paso del Maule.—Defensa de Quechereguas.—Estado de la revolución en la América española.—Llegada a Chile del Comodoro Hillyar.

El 18 de setiembre de 1810 Chile formó la primera Junta Nacional i entró en el camino de la revolución, rompiendo así con el gobierno español. Cuando Abascal, virrei del Perú, tuvo conocimiento de los propósitos que animaban a los caudillos de este país i cuando vió que el movimiento entrañaba un gran peligro para la causa del monarca, envió con presteza al jeneral Pareja con la orden de ahogar en su cuna la sublevación i de castigar con severidad a los rebeldes.

Después de los combates de Cancha Rayada i San Carlos, los realistas fueron obligados por lo

insurjentes a encerrarse i fortificarse en la ciudad de Chillán. En el curso de las operaciones militares i de la campaña, agobiado por crueles i amargas decepciones i por dolorosa enfermedad, sucumbió Pareja, sucediéndole en el mando el tenaz i porfiado capitán Juan Francisco Sánchez.

Los patriotas, dirijidos por José Miguel Carrera, apoderados de Concepción i Talcahuano, pusieron sitio a Chillán, que estaba hábilmente defendida con trincheras i empalizadas, el 8 de julio de 1813.

El sitio se abrió en el rigor del invierno. Los patriotas establecieron su campamento a la interperie, sin más techumbre que los cielos, recibiendo de frente las lluvias torrenciales, el rocío de las noches i los vientos helados de la cordillera. Tenían que batirse, emprender asaltos i resistirlos a su vez, sumidos en el barro i en anchas pozas de agua que cubrían la tierra a causa de las lluvias. Apesar del hambre, del frío i de las resistencias de la naturaleza, los insurjentes se batían mañana i tarde, dormían con el arma al brazo i el lanzafuego encendido a los pies de los cañones. La situación llegó a ser desesperante. No hai colores bastante vivos para pintar aquel cuadro de horror.

A la naturaleza se agregó la fatalidad. Un proyectil enemigo cayó en uno de los parques del ejército sitiador e hizo volar las últimas municiones con que se contaba para seguir el bombardeo

de la plaza. Inútiles fueron los viriles esfuerzos de Carrera, O'Higgins i Mackenna. El 7 de agosto, la irresistible fuerza de los acontecimientos hizo que los patriotas levantaran el sitio, i que, diezmados, sin caballos, abatidos por las inclemencias del tiempo, pero con el alma entera, se replegaran a Concepción.

Este sitio verdaderamente desastroso para la patria, comprometió el prestijio de José Miguel Carrera a los ojos de los oficiales i sobre todo en la capital en donde se diseñaron disgustos que luego se tradujeron en cambios i medidas de alta trascendencia para la marcha de los acontecimientos. En Santiago llegó a tal extremo la oposición contra Carrera, que se acordó que la Junta de Gobierno, compuesta de los esclarecidos patriotas José Miguel Infante, José Ignacio Cienfuegos i Agustín Eyzaguirre, se trasladase a Talca con plenos poderes para dar nueva organización al ejército i vigoroso impulso a la campaña. Los actos de la Junta eran inspirados por el enérjico revolucionario José Miguel Infante, cuyo carácter inquebrantable, cuyo corazón ardiente i pasiones vigorosas, lo arrastraban a obrar con valor i audacia.

Apenas la junta se persuadió que podía contar con oficiales i soldados en número bastante para vencer las resistencias que pudiera oponer Carrera, envió a éste el 9 de noviembre de 1813 una

larga nota que concluía exijiéndole la renuncia de su puesto de jeneral en jefe. Más tarde, viendo la Junta que Carrera vacilaba i aun pensaba resistir las órdenes superiores, no trepidó en dar, el 27 del mismo mes i año, cuatro decretos por los cuales destituía de sus cargos respectivos a los tres hermanos Carrera i nombraba en lugar de ellos a personas que le inspiraban plena confianza. Fué designado para jeneral en jefe, don Bernardo O'Higgins que con tanta bravura i modestia se había batido en el sitio de Chillán i en diversas campañas a la frontera araucana. El 1.º de febrero de 1814, don José Miguel Carrera entregó el mando del ejército a su sucesor.

Un día antes, el 31 de enero, había desembarcado en el puerto de Arauco el brigadier español don Gavino Gaínza que venía del Perú en reemplazo de Pareja, trayendo consigo víveres, armas i municiones en abundancia. Apenas puso pie en tierra, procedió a ajitar con enerjía las operaciones de la campaña, se incorporó a las tropas de Sánchez, se hizo reconocer como jefe del ejército con solemnidad, se puso al habla con los mejores oficiales para penetrarse de la situación de los belijerantes, mandó organizar guerrillas a los intrépidos Ildefonso Elorreaga i Manuel Barañao, i dió las órdenes necesarias para romper las hostilidades.

O'Higgins, tomado el mando i sabido el de-

sembarco de Gaínza, desplegó los recursos de su gran voluntad i patriotismo a fin de organizar sus soldados profundamente abatidos con el sitio de Chillán i divididos con el cambio reciente de jefes. El ejército patriota estaba distribuído en dos partes, la una en Concepción con O'Higgins i la otra en Quirihue a las órdenes de Juan Mackenna.

El secreto de la victoria estaba en la unión de ambas divisiones, circunstancia que no se escapó a la mirada escrutadora de Mackenna ni al ojo de experto soldado de O'Higgins. Gaínza comprendió también que el secreto del triunfo de las armas realistas estaba en batir en fracciones a los patriotas.

Concebir el plan i proceder, fué algo simultáneo en el jefe español. Al efecto, desparrama ájiles guerrillas en la extensa zona que separa las divisiones patriotas i, dejando cubierta su retaguardia, avanza contra Mackenna. Este experimentado oficial, luego que supo los propósitos de Gaínza, abandonó a Quirihue i acampó en el Membrillar, punto estratéjico mui bien escojido i que Mackenna atrincheró de un modo admirable. Fortificado allí por la naturaleza i el arte, dirijió repetidas notas a O'Higgins, su superior e íntimo amigo, exijiendo de él la pronta movilización de sus tropas para que así ambas divisiones se unieran antes que Gaínza las destrozara en detalle.

O'Higgins, que estaba en perfecto acuerdo con Mackenna en cuanto a la rápida concentración de los patriotas, no podía levantar su campamento con la presteza deseada por carecer de caballos, municiones, víveres i medios que le permitiesen lanzarse en socorro de su subalterno en peligro. Sin embargo, haciendo heroicos sacrificios i esfuerzos sobrehumanos, dejó 200 hombres en Concepción i marchó a reunirse con Mackenna.

La marcha fué mui penosa al través de campos recorridos sin cesar i en todas direcciones por las guerrillas i montoneras enemigas. Después de sobrellevar con paciencia mil amarguras i contratiempos, de resistir con evanjélica resignación los rigores de una naturaleza que parecía haber firmado pacto de alianza con los realistas i de vencer los golpes de mano i las celadas que le tendían los españoles, pudo llegar el 19 de marzo a las escabrosas alturas de Ranquil i derrotar el mismo día en Quilo a una gruesa partida de 400 soldados que al mando de Manuel Barañao estaban encargados de impedir la unión de los patriotas.

La lentitud en los movimientos de la división de O'Higgins, ha sido criticada con dureza por el hábil historiador don Benjamín Vicuña Mackenna, tanto en la *Vida del Jeneral Makenna*, como en la *Vida del Capitán Jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins* i en las notas que el año 1867 puso a la Memoria que, con el título de *Pri-*

meras Campañas de la Guerra de la Independencia de Chile, presentó a la Universidad don Diego José Benavente.

En la *Vida del Jeneral Mackenna,* el señor Vicuña llega a decir estas palabras respecto de O'Higgins:

«La confusión, la flojedad, la contradicción aún i una irresolución extraña en sus disposiciones, eran la causa de su demora, que iba a perder el país si la Providencia no hubiese inspirado a Mackenna, en los momentos en que debió sucumbir, una calma heroica, i a sus soldados el denuedo de la desesperación».

Para ensalzar la conducta de Mackenna en la gloriosa defensa del Membrillar, no hai necesidad de reprochar tan acerbamente a O'Higgins.

El sucesor de Carrera tuvo razones mui poderosas para no acudir al llamado de su compañero de armas i amigo con la rapidez que se lo pedían sus propios deseos i su patriotismo. Que alimentaba la idea de obrar con más lijereza, lo demuestran las cartas citadas por el mismo señor Vicuña i escritas más con el vivo anhelo del alma que con la pluma.

¿Por qué entonces no ejecutaba sus planes i realizaba sus aspiraciones?

Porque su ejército estaba en el peor estado de disciplina, de moralidad i de falta de recursos que imajinar se puede. Las penurias del sitio de Chi-

llán primero i las disensiones que nacieron con el cambio de jefes después, lo habían reducido a una situación por demás precaria i en consecuencia lo imposibilitaban para abrir una campaña difícil, en medio de las inclemencias del tiempo i contra un enemigo más o menos fuerte i organizado.

Don Claudio Gay, en el Tomo VI de su *Historia Física i Política de Chile,* hablando de la situación del ejército de O'Higgins, dice:

«Su marcha fué tan lenta como penosa. Muchos soldados de caballería estaban desmontados desde la derrota de Hualpen, i los víveres eran tan escasos que los soldados se mantenían con uvas, que merodeaban en los campos inmediatos».

Pero démosle la palabra al Mayor Jeneral de la división de O'Higgins, don Francisco Calderón, que como protagonista, es el mejor juez sobre la materia. En una nota de su *Diario de las ocurrencias del ejército de la Patria que da principio el* 14 *de marzo de* 1814, pieza histórica notable que permaneció manuscrita en poder de don Diego Barros Arana hasta que éste la publicó en el número 79 de *El País,* periódico que dirijía el mencionado historiador el año 1857, dice:

«Nada se ha dicho del estado en que salió el ejército de Concepción. El ejército desnudo, las armas en mui mal estado, sin plata, víveres ni auxilios, escasos de todo, i la tierra que pisába-

mos enemiga, porque la poseía el godo: así fué que nos habilitábamos con las bayonetas, marchábamos con cuanto pillábamos. Se amansaban yeguas, potros i hasta burros con lo que nos habilitábamos».

O'Higgins, por su parte, en la *Memoria sobre los principales sucesos de la Revolución de Chile*, que está manuscrita en la Biblioteca Nacional i cuya redacción es atribuída a él, a la letra dice: «Esta poca tropa (la de Concepción) estaba tan inmoral como indisciplinada, sin armamento, desnuda i entregada a sí misma, la caja militar i la del tesorò no tenían un peso ni arbitrios de donde sacarlo, los oficiales divididos en facciones, los pueblos exasperados i reducida Concepción a una Babilonia intendible». (1)

(1) Creemos de utilidad citar todavía la nota que envió O'Higgins desde Concepción el 3 de febrero de 1814, el mismo día que tomó los inventarios del ejército, a Mackenna, dándole cuenta del estado de las tropas:

«Con esta fecha noticio al Exmo. Gobierno Supremo del Estado, mi llegada a esta ciudad el día de ayer a las seis i media de la tarde e igualmente quedar recibido en las divisiones de este ejército por jeneral en jefe del Restaurador, en virtud de la orden dada el día 1.° cuya copia dirijí a Ud. desde la Planchada de Penco; asimismo detallo en globo *el lamentable estado de estas tropas, su desnudez i créditos pendientes a su favor. Los ningunos víveres para su subsistencia, escasez de caballada para entrar en acción i últimamente el desagradable aspecto que de este conjunto resulta.* Ello es que si no se socorrèn con mano franca

Conocido ésto: ¿hai derecho i justicia para lanzar sobre la memoria de O'Higgins, siquiera la duda, de que no tuvo la pericia i voluntad suficientes para comprender la necesidad de unirse con Mackenna i de que pudo tener «una irresolución extraña en sus disposiciones»?

Nó, mil veces nó.

El hecho es que como pudo i sobrellevando dificultades enormes i, para otro jefe de menos coraje i patriotismo, insubsanables, llegó a Ranquil i se cubrió de laureles en Quilo.

Gaínza, al siguiente día de estos últimos sucesos, es decir, el 20 de marzo, cargó con bríos i

---

estas urjentes necesidades, *el ejército se destruye i el pueblo perece.* Mi honor queda comprometido i de sus funestas consecuencias no podré ser responsable: todo lo que noticio a US. para que continuando sus sacrificios en servicio de la patria, active con su notorio celo las dilijencias a fin de que tenga efecto a la mayor brevedad la remisión de caballos, vacas, víveres, dinero i vestuario, pues el pequeño número que de los citados artículos conduje, sabe Ud. mui bien es reducido al consumo de pocos días. Sin estos auxilios nada se puede avanzar sobre las operaciones militares contra el enemigo ni menos poner a las tropas en el indispensable i esencial requisito de una ciega subordinación cortando al mismo tiempo la raíz infecta de los demás vicios que son consiguientes i de que se hallan corrompidos hasta lo sumo.

«Dios guarde, etc.—Concepción, febrero 3 de 1814.—*Bernardo O'Higgins.*—Al señor Jeneral de la división auxiliadora señor Juan Mackenna».

desesperación a Mackenna que bizarramente se defendió con un puñado de valientes en los reductos del Membrillar. Este lugar, escojido con talento i atrincherado con arte, permitió a los patriotas equilibrar en parte la desigualdad que tenían en el armamento i el número de combatientes respecto de los realitas. Mackenna en persona construyó las barricadas i distribuyó los pocos cañones i soldados que había a sus ordenes.

En este asalto que duró cuatro horas fué derrotado Gaínza por el valor i habilidad estratéjica de Mackenna.

El 22 del mismo mes, O'Higgins, unidos los ejércitos patriotas, pudo felicitar personalmente al vencedor del Membrillar.

Chile estaba salvado sólo en parte.

Gaínza no se arredró con los últimos desastres. Con audacia superior a su carácter i al temple de su alma, concibió un proyecto que sin duda se lo inspiraron los avezados capitanes que militaban a sus órdenes. Se propuso concentrar sus tropas i, en seguida, a marchas forzadas dirijirse a la capital que estaba desguarnecida, para dar así un golpe mortal en el corazón mismo de la revolución.

O'Higgins comprendió con facilidad las intenciones del enemigo i resolvió, como era de esperarlo, impedir que Gaínza llevase a cabo el plan, cualquiera que fueran los obstáculos que hubiera

que vencer, cualquiera los sacrificios que se tuviera que soportar i cualquiera los combates que hubiera necesidad de resistir. La cuestión era de vida o muerte para el país.

Casi a un tiempo realistas i patriotas levantan sus campamentos i vuelan con dirección al caudaloso Maule a fin de cruzarlo lo antes posible, burlando el más diestro al que por su poca actividad quedase a retaguardia.

Los ejércitos marchaban como en dos líneas paralelas, desplegando los oficiales de ambos una cautela, un sijilo i una constancia propias de la empresa que llevaban entre manos. Se reposaba lo mui necesario. En las noches, los centinelas i las avanzadas sondeaban el horizonte i tenían el oído atento a cualquier ruido sospechoso que en sus alas trajese el viento. Los infantes dormían arma al brazo, los artilleros con el lanza-fuego encendido i los soldados de caballería al pie de sus cabalgaduras.

En un mismo día i a una misma hora llegaron a las márjenes del río disputado i lo cruzaron, los realistas en cómodas embarcaciones i los patriotas con el agua hasta el pecho.

Al amanecer del 4 de abril se encontraron los dos ejércitos en la orilla opuesta. La victoria era del más activo. Comprendiéndolo así O'Higgins, siguió a paso redoblado su marcha al norte, venció en el encuentro de Tres Montes una partida

realista, atravesó a tiro de pistola de las guerrillas enemigas el río Claro i, aventajando en táctica i rapidez a Gaínza, acampó en la hacienda de Quechereguas. Allí dió descanso i buen alojamiento a sus tropas mortificadas con tantas evoluciones i contratiempos.

Sólo en la mañana del 8 de abril se presentó Gainza con miras hostiles, guiado por la resolución de obtener por la fuerza de las armas lo que no pudo ganar con ájiles movimientos. La empresa no era tan hacedera. Los patriotas estaban fuertemente atrincherados en las casas de la hacienda. Debido a esto i sobre todo al valor de los defensores, los asaltos emprendidos por los realistas ese día i el siguiente fueron infructuosos, al extremo de haber experimentado una completa derrota que contribuyó a desmoralizarlos. Gaínza, perdidas sus esperanzas de victoria, evaporadas sus ilusiones i sus sueños militares, despechado con tantos desastres e infortunios: concentró su ejército, reunió las fuerzas disponibles i, triste, sombrío, sintiendo en el alma el escozor de amargas decepciones i divisando en la cima de sus proyectos de reconquista tan sólo negro caos, se dirijió a Talca a fin de encerrarse allí i entregarse a las veleidades del destino.

Al pasar revista a sus tropas, notó con viva sorpresa que carecían de elementos de movilización, que el descontento no tenía límites, que los últi-

mos combates las habían casi aniquilado, que en la caja militar no existía dinero para pagar los sueldos, que los víveres estaban escasos i que la mayor parte de los soldados ansiaban volverse al seno tranquilo de sus hogares. Aquellos hombres, arrancados de los brazos de sus familias i de las chozas queridas con falaces promesas, sentían en el corazón los desgarradores efectos de una verdadera nostaljia.

El ejército patriota, por el contrario, había recibido de la capital el auxilio de una división mandada por Santiago Carrera i una buena cantidad de provisiones de boca i de guerra. Había en él más moralidad i entusiasmo que en sus adversarios.

Pero, si es cierto que la situación de nuestros soldados era hasta cierto punto lisonjera, en cambio, en el horizonte político de la Europa i de la América se diseñaban graves acontecimientos que eran un peligro para Chile i una amenaza para su libertad e independencia. En el diáfano cielo de las esperanzas i triunfos de los patriotas, se dibujaban a lo lejos pequeños puntos negros i fugaces nubecillas, precursores de la tempestad.

En efecto, los ingleses i los españoles que se habían aliado con el propósito de expulsar de la Península a los franceses, habían obtenido sobre las tropas de Napoleón I dos espléndidas victorias en los Pirineos i en Vitoria. Estos sucesos hacían esperar con fundamento una próxima restauración

de Fernando VII, quien al empuñar de nuevo su cetro de hierro, enviaría a Chile expediciones capaces de apagar hasta la última chispa de insurrección i capaces de encadenar hasta el último patriota que alimentase entre las ilusiones más queridas las nobles ideas que entrañan las palabras libertad e independencia.

En América sucedían hechos de no menos trascendencia. El león ibero no soltaba su presa. Los arjentinos habían sido derrotados en Vilcapujio i Ayouma; la infortunada Venezuela había sido reconquistada a sangre i fuego; el virrei del Perú, con las victorias que Pezuela obtuvo contra las tropas mandadas por Belgrano, podía sin peligro organizar otra expedición que viniera a Chile a sofocar la rebelión deshojando así las esperanzas que como esmaltadas flores habían brotado en el alma de los patriotas.

Apesar de esto, O'Higgins organizaba sus soldados para lanzarse a Talca i atacar a Gaínza hasta en sus últimos atrincheramientos.

Pero de repente, en medio de sus preparativos, tuvo que suspender sus movimientos a causa de una orden expresa recibida del gobierno de la capital.

¿Qué podía detener nuestras bayonetas que, inclinadas hacia el sur, esperaban ansiosas la hora del combate i de la victoria?

CAPÍTULO II

Toma de Talca por los españoles.—Nombramiento de Francisco de la Lastra de Director Supremo.—Instrucciones i misión del comodoro Hillyar.—Estado del ejército patriota.—Situación jeneral de Chile.—Se nombran plenipotenciarios de Chile para negociar con Gaínza a Bernardo O'Higgins i a Juan Mackenna.—Preliminares i discusiones entre los ajentes de ambos ejércitos para llegar a un avenimiento.—Tratados de Lircai.

Poco después que la Junta Gubernativa volvió del sur por haber ya cumplido la misión de destituir a José Miguel Carrera, la ciudad de Talca, defendida por una pequeña lejión de bravos mandada por el bizarro coronel don Carlos Spano, cayó el 4 de mayo de 1814 en poder del jefe realista don Ildefonso Elorreaga, no antes de una resistencia sublime. Allí murió «el valiente Spano, a quien se encontró acribillado de heridas al pie de la bandera que tuvo la gloria de defender hasta el último instante de su vida». (1)

(1) Gay.—Historia Física i Política de Chile.—Páj. 26 del tomo VI.

Este desastre que costó a los patriotas víctima tan ilustre, levantó en Santiago la más honda indignación. Se hicieron repetidos cargos a la Junta i se la hizo responsable de los desaciertos que motivaron la caída de Talca. Asediada por mil amenazas i envuelta en la corriente de tenaz oposición, la Junta se vió obligada a renunciar i poner las riendas del mando en manos de un Director Supremo. Este puesto, lleno de responsabilidad, fué dado al coronel Francisco de la Lastra, gobernador de Valparaíso, hombre honorable, pero de un carácter algo débil, irresoluto, sin la avilantez i enerjía superiores que requerían las circunstancias por que atravesaba el país.

En los mismos días que Gaínza se encerraba en Talca a causa de los desastres de Quechereguas i que O'Higgins se ponía en marcha para batirlo, se presentó en Santiago el comodoro inglés M. James Hillyar que el 8 de febrero había llegado a Valparaíso al mando de los buques de guerra la *Phœbe* i la *Cherube*. Hillyar «venía comisionado por el virrei del Perú para pacificar el reino de Chile por medio de una honrosa rendición de las armas insurjentes.» (1)

Para que Gaínza le diese entero crédito, el virrei Abascal había dirijido una nota a dicho jefe,

---

(2) Barros Arana.—Historia jeneral de la independencia de Chile. Tomo II, páj. 405.

fechada el 11 de enero de 1814, en la que le ordenaba que marchase en perfecto acuerdo con Hillyar. Entre los artículos de que constan las instrucciones dadas por Abascal al comodoro inglés, es digno de llamar la atención el número 10 que dice lo siguiente: «siempre que los chilenos ratifiquen el reconocimiento que han hecho de Fernando VII, que en su ausencia i cautividad reconozcan la soberanía de la nación en las cortes jenerales i extraordinarias, i reciban i juren la constitución española hecha por las mismas, los recibirá en sus brazos (el virrei) como un verdadero padre, echando en olvido todo lo pasado sin que directa o indirectamente se proceda contra ninguno por más o menos parte que haya tenido en la revolución, en el concepto que deben admitir la audiencia, gobierno i empleados por la soberanía, como lo estaban antes, con sólo la diferencia dictada por la propia constitución, i que para el resguardo de las personas, propiedades i sostén de la administración de justicia han de recibir la guarnición necesaria de tropas chilotas interín se organiza otra de todo el distrito.»

Lastra escuchó con atención las palabras de Hillyar, quien le describió con negras pinceladas el cuadro que presentaba la América en aquellos momentos de jeneral desgracia. Los arjentinos derrotados, Méjico subyugado, Caracas reconquistada, España próxima a independizarse del poder

extranjero, el alto Perú libre de revueltas, Abascal en situación de dar cualquier golpe de mano con un ejército numeroso, la revolución desprestijiada a los ojos de la Europa.

Lastra por su parte conocía mui bien el estado de Chile. Es cierto que las tropas de O'Higgins, aunque diezmadas con los combates i marchas, estaban en aptitud de atacar con éxito a Gaínza; pero, también es cierto que el país estaba esquilmado, pobre, abrumado con la guerra, sin recursos, sin caudales para pagar a los valientes que peleaban por el honor e independencia de él. La superioridad de nuestro ejército era relativa. Valía algo tomando como punto de comparación el realista, es decir, era menos malo que las despedazadas i poco morales lejiones que conservaba la causa real en Chile; pero no por ello dejaba de ostentar en su disciplina, en su organización, en sus medios de combate i en la clase de su armamento, vacíos profundos difíciles de llenar, anchas heridas que era casi imposible cicatrizar a causa de la miseria i carestía jeneral que reinaba en campos i ciudades.

Esta situación precaria es la que hace sostener al señor Vicuña Mackenna en la *Vida del jeneral Mackenna* i en notas puestas a la Memoria de Benavente, el hecho de que las divisiones patriotas eran víctimas de una carencia absoluta de medios

de acción, lo que las ponía en la triste emerjencia de estar a la defensiva i expuestas a ser asaltadas i vencidas con facilidad.

Encontramos exajerada esta opinión i creemos que O'Higgins i Mackenna podían atacar a Gaínza con noventa probabilidades de victoria. Pero, al mismo tiempo que pensamos esto, estamos en perfecto acuerdo con el triste cuadro que con maestría pinta el señor Barros Arana en las líneas siguientes:

«La campaña del sur se había alargado todo un año sin fruto alguno; el erario público se había agotado sin que los donativos voluntarios bastasen a satisfacer las necesidades del ejército; todos los chilenos tenían que lamentar males i perjuicios causados por la guerra; el comercio estaba paralizado; las tropas habían asolado las ricas i fértiles provincias de su tránsito; i cada batalla costaba a la patria algunos centenares de chilenos, porque, por desgracia, eran chilenos los soldados de ambos ejércitos.

«En el campamento, es verdad, no se había sentido aún desfallecer el espíritu marcial, pero en las ciudades i particularmente en Santiago todo el mundo miraba la guerra con disgusto. Ya no se creían las victorias del ejército insurjente, acostumbrados como estaban todos a ver celebrar por tales las acciones de la campaña de 1813; i si

faltaban quienes propusiesen rendirse al enemigo era sólo porque temían los castigos a que los hacían acreedores sus compromisos» (1).

Esto no puede ser halagüeño. Una tregua, o un armisticio, era un descanso, un alivio para poderse reorganizar i curar las llagas abiertas por la guerra. Estos móviles i no otros fueron los que hicieron peso en el ánimo de Lastra, en el de su inspirador, José Antonio de Irisarri, que era Intendente de Santiago en aquel entonces, i en el de José Antonio Errázuriz, Camilo Henríquez, Gabriel José Tocornal, Francisco Ramón Vicuña i Juan José de Echeverría que componían el Senado Consultivo.

Convenidos en el plan de los tratados, después de largas conferencias i debates con Hillyar, se envió a O'Higgins la nota que lo detuvo en su avance. En ella se le daban las instrucciones necesarias para que, sirviendo de Plenipotenciario en compañía de Mackenna, entrase en arreglos de paz con Gaínza según las bases que le incluían en copia i ya aprobadas por el Director Supremo i el Senado. (2)

En cumplimiento de esta misión se dirijieron al sur el Comodoro M. James Hillyar i el notable

---

(1) *Barros Arana.*—Historia Jeneral de la Independencia.—Tomo II—Páj. 409.

(2) Véase el proyecto de tratado en el Apéndice—núm 1.

abogado arjentino don Jaime Zudáñez, que estaba comisionado para servir de consultor en derecho a los plenipotenciarios patriotas.

Aceptados los cargos por los jefes del ejército, Hillyar marchó a Talca, en donde estaba el Cuartel Jeneral de Gaínza, el 27 de abril de 1814. El jefe español recibió con exquisitos cumplimientos al Comodoro inglés i desde luego no aceptó el proyecto cuya aprobación se le exijía. Se fundaba en que no lo creía digno para la causa real i además en que le hacían mucho peso las órdenes primitivas que al embarcarse en el Perú con dirección a Chile le dió Abascal, órdenes que le prohibían de un modo categórico i mui explícito tratar con los patriotas i acojer cualquiera solicitud en ese sentido que no entrañase el propósito de rendirse a discreción.

Sin embargo, poco más tarde, visto el estado lastimoso de su ejército, el avance que hizo O'Higgins con sus soldados hasta colocarse a cuatro leguas de Talca para intimidarlo, la carencia i miseria en que se encontraba i el desastre seguro que se le esperaba si ofrecía la menor resistencia; aceptó una entrevista con los plenipotenciarios patriotas la que se señaló para el día 1.° de mayo (1).

---

(1) Los señores Amunátegui en su concienzuda obra *La Reconquista española,* dicen que la conferencia tuvo lugar el 3 de

A la hora fijada los negociadores de ambos ejércitos se dirijieron a un rancho que se empinaba en un punto casi equidistante de Talca i Santa Rita, pequeño lugarejo que está a poco más de legua i media de aquella ciudad. Gaínza venía acompañado de su secretario, el experto abogado chillanejo José Antonio Rodríguez Aldea, i escoltado por 25 soldados de caballería mandados por el capitán Anjel Calvo. O'Higgins i Mackenna, llevando de asesor para las cuestiones de derecho a Jaime Zudañes de que ya hemos hablado, se presentaron protejidos por otros 25 dragones a las órdenes de don Ramón Freire. Hillyar llegó también en momento oportuno.

La discusión fué acalorada i larga, sobre todo entre los dos abogados que parecían haberse desafiado a quien citaba más leyes i a quien desplegaba mayor locuacidad en la defensa de sus ideas.

Había momentos que, mientras O'Higgins i Gaínza, como dos buenos i antiguos amigos, se paseaban por los alrededores del rancho para calentar un poco el cuerpo con los rayos del sol i discutir con más tranquilidad los puntos jenerales del tratado i las causas que impulsaban a las colonias americanas a querer emanciparse del poder español; los dos abogados, impasibles en sus pues-

---

mayo. Seguimos la fecha que O'Higgins pone en unos fragmentos de un *Diario* redactado por él i publicados por el señor Barros Arana en el núm. 81 de *El País*.

tos, tenaces hasta la exajeración i constantes en sus ideas, se batían con singular entusiasmo i sostenían enojosas polémicas por una palabra, un epíteto, una coma. Era aquéllo un verdadero certamen forense.

Después de algunas horas de un debate, a veces pacífico i otras veces tempestuoso, se convino en una redacción determinada que, casi aprobada del todo, los plenipotenciarios realitas quisieron madurar a solas. Al efecto se encerraron en el rancho i salieron a las dos horas trayendo una serie de enmendaturas i correcciones.

Al imponerse O'Higgins de ellas, exclamó con marcada indignación:

—Esto no es proceder de buena fe; seguirá la guerra.

En valde Gaínza i Rodríguez Aldea, le hicieron numerosas observaciones para convencerlo. Tanto O'Higgins como Mackenna, permanecieron inflexibles en sus primeras ideas.

Gaínza, buscando un medio de transacción que subsanase los obstáculos que impedían un arreglo, dijo a O'Higgins:

—No veo inconveniente para que mientras vienen respuestas del virrei, los dos gobernemos provisionalmente el país, con independencia el uno del otro; Ud. podría encargarse de la parte que se extiende al norte del río Maule, i yo de la que hai al sur.

6

A tan orijinal i extraña proposición, O'Higgins contestó en el acto:

—No, de ninguna manera; perdemos el tiempo; no habrá tratado si se rehusan las bases propuestas que ya habían sido aceptadas.

Gaínza, vencido por la actitud firme de los patriotas, tuvo que ceder.

El jefe realista, perseguido por dudas que como fantasmas cruzaban por su espíritu i dejándose llevar más por la corriente de los sucesos que por sincero convencimiento, aprobó los tratados, llamados de Lircai por haberse celebrado cerca de ese riachuelo, i se volvió a su campamento, silencioso, absorto, sumido en las sombrías cavilaciones que le causaban lo que había hecho.

El 3 de mayo quedaron los Tratados definitivamente canjeados i firmados.

En el fondo, lo que se acordó fué un olvido del pasado i retrotraer las cosas al estado en que estaban antes de abrirse las hostilidades con la península.

El art. 1.° del tratado, base de él, dice:

«Se ofrece Chile a remitir diputados con plenos poderes e instrucciones, usando de los derechos imprescriptibles que le competen como parte integrante de la monarquía española, para sancionar en las Cortes la Constitución que estas han formado, después que las mismas cortes oigan a sus representantes; i se compromete a obedecer

lo que entonces se determinase, reconociendo, como ha reconocido, por su monarca al señor don Fernando VII i la autoridad de la rejencia por quien se aprobó la Junta de Chile, manteniéndose entre tanto el gobierno interior con todo su poder i facultades, i el libre comercio con las naciones aliadas i neutrales, especialmente con la Gran Bretaña, a la que debe la España, después del favor de Dios, i su valor i constancia, su existencia política». (1)

Por el art. 2.°, los realitas debían abandonar la ciudad de Talca en el espacio de treinta horas i en un mes el resto del país.

Por el 3.° se declaraban libres los prisioneros de ambos ejércitos.

Por el 11, se especificaban la clase i número de rehenes que debían mútuamente darse como prenda del cumplimiento del tratado.

---

(1) Véase el núm. 2 del Apéndice.

CAPÍTULO III

Lo que significaron para Chile los Tratados de Lircai.—Espíritu que guió a los jefes patriotas al firmarlos.—Fueron solo un armisticio.—Documentos que comprueban este aserto.—Efectos que produjeron en ambos campamentos.—Demostraciones hostiles de los patriotas.—Esfuerzos de los jefes de ambos ejércitos.

Los tratados de Lircai serían una mancha indeleble, si hubiesen tenido los patriotas la sincera resolución de cumplirlos i si hubiesen alimentado en sus corazones de hombres de honor i de valientes soldados la idea de volver a poner a Chile el grillete de ignominiosa esclavitud.

Al aceptar los tratados fué porque envolvían una tregua, una suspensión de armas que permitía al país organizarse i que le daba medios para borrar en parte siquiera las hondas huellas que tras sí deja una guerra llevada a cabo sin gran respeto a las leyes internacionales.

Así lo demuestran documentos que por felicidad

ha salvado el tiempo i que se han conservado para minorar la falta que cometieron los próceres más queridos de nuestra independencia. No hai que olvidar por un solo instante que entre los autores de la paz de Lircai están Camilo Henríquez, el primero en Chile que tuvo la varonil audacia de pedir en alta voz i en medio de la vacilación jeneral la proclamación de la independencia; Bernardo O'Higgins, el famoso soldado de nuestra revolución que hizo del heroísmo un deber i del amor a la patria un culto; Juan Mackenna, el más instruido de los jefes de aquel tiempo, oficial pundonoroso i bravo; Lastra, honrado ciudadano cuya falta de carácter desaparece ante sus nobles sentimientos i su sincero cariño al país; i tantos otros que como Errázuriz, Echeverría, Irisarri habían dado i darían elocuentes pruebas de odio a la esclavitud i de entusiasmo por la libertad.

Pero de todos modos, los tratados de Lircai entrañan una vacilación en los principios, una duda, aunque aparente, sobre la justicia de una causa santificada ya con la sangre preciosa de muchos mártires, afianzada con promesas solemnes hechas con las armas en la mano al mundo civilizado, i bendecida con las lágrimas derramadas a raudales en el seno de muchos hogares que habían perdido numerosos deudos en defensa de la independencia nacional.

Sin embargo, la posteridad tiene que perdonar

con largueza esta falta a los que la cometieron i a los que más tarde la aceptaron, porque ellos supieron antes i después probar que el temor no cabía en sus pechos i que la fe por la revolución ardía inextinguible en el alma.

¿Qué efecto produjo en los belijerantes el tratado de Lircai?

El más triste i doloroso.

Los realistas quisieron hasta sublevarse contra Gaínza i los patriotas amarraron en la cola de sus caballos las escarapelas, emblemas de antigua servidumbre, que les dieron para colocarlas en lugar de las que habían brillado en sus kepis en crudas campañas i fieras luchas.

La bandera española fué despedazada por algunos oficiales i en Santiago fué puesta por el espacio de dos días en la horca destinada a ultimar a los criminales. En cambio la joven tricolor, ese bello jirón que los había guiado en las batallas i consolado en las fatigas, ese estandarte que parecía reflejar en sus matizados pliegues el azul del cielo, el blanco de las nieves eternas i las rojas llamas de nuestros volcanes, esa bandera, decimos, no quería ser soltada por los valientes que habían asistido a su bautismo de fuego i que la habían ilustrado con glorias inmarcesibles.

En balde Lastra i algunos jefes hacían esfuerzos para ocultar la pública indignación. Los murmullos que como en mar embravecido se dejaban oír

en las reuniones populares, i la oposición que levantaba sus ardientes protestas en los corrillos, los salones, las tertulias i la plaza de Santiago; minaban la autoridad del Director Supremo i hacían presajiar días de rebelión i tormenta.

Lastra, abrumado con la responsabilidad que pesaba sobre su conciencia de honrado patriota, i lleno de zozobras, no sabía qué hacerse con un poder que lo tenía desesperado. «Esto no es para hombres de bien i de honor, decía a O'Higgins, sinó para granjearse el descrédito i perder su reputación. Ambicionen enhorabuena este lugar de disgustos i sinsabores, que yo lastimaré siempre al infeliz que por comprometimiento ocupe su asiento».

Los señores Amunátegui en su obra, *La Reconquista española*, se empeñan por probar que Lastra i su círculo obraron de buena fe al celebrar el tratado de Lircai i «que los gobernantes chilenos de entonces, aunque se hallaban decididos a conseguir por la razón o la fuerza una constitución liberal que diese a los naturales del país una grande injerencia en la administración de los negocios públicos, no pensaban de ninguna manera en desconocer los derechos del monarca lejítimo». (1)

En una palabra, creen que sinceramente recha-

(1) *La Reconquista española*, páj. 279 de la colección de memorias universitarias reunidas por el señor Vicuña Mackenna.

zaban la independencia, Henríquez, Irisarri i demás inspiradores del Director Supremo.

A nuestro juicio, los señores Amunátegui experimentan una paralojización proveniente de la suma importancia que han dado a las notas *públicas i oficiales* de Lastra, olvidando que ésta es sólo una de las faces del negocio.

Gracias a Ossorio i a la casualidad se han salvado dos notas *privadas* que Lastra, en nombre del Gobierno de Chile, envió en un mismo día a dos de sus ajentes diplomáticos en el extranjero.

La primera es dirijida al Enviado Extraordinario de Chile en Londres, don Francisco Antonio Pinto, i dice:

«Acompaño a U. duplicado de el que dirijí por la fragata *Phebe*, con los más documentos, que glosa, i el impreso de tratados de paz, que también duplico en ésta.—Como dicha correspondencia fué por conducto extranjero, i que se decidía tanto por España, fué preciso preveer continjencias, acomodarse a su opinión, i *expresar con rebozo i sin franqueza el concepto de Chile;* pero esté U. cierto que no sucumbe; *que está resuelto a ser libre a toda costa*, que mientras más conoce sus derechos, *más odia la esclavitud;* que *ha olvidado absolutamente el sistema antiguo*, que apetece un sistema liberal, i que proporcione a esta parte de América, la más abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido. *Estos*

son los íntimos i verdaderos sentimientos de Chile, i estos los principios liberales, bajo que se ha propuesto sostenerse. *Si en la correspondencia* OFICIAL *notase U. alguna ocasión* EXPRESIONES QUE DIGAN OTRO SENTIDO, debe U. creer, que la variación es accidental, i *porque las circunstancias o conducto así lo exijen.*—Por este seguro antecedente dirija U. todas sus operaciones i planes, i sólo cuando U. vea en estos reinos *tanta fuerza que no podamos resistir*, dirá U. que Chile cederá al exterior *con interior oposición i violencia que* HARÁN ALGÚN DÍA SU EFECTO. Al fin cuando sólo puede este gobierno explicarse con jeneralidad, sin excusadas prevenciones, i es preciso que las principales obras de Chile sean de U. que ve de más cerca lo que le conviene i cuanto puede avanzarse a favor en que jamás habrá exceso.—Para otra ocasión diré con más extensión lo que ocurra, i U. hará lo mismo, aprovechando cuantas se proporcionen para dar el pormenor de todo. Dios, etc. Santiago, Mayo 27 (1) de 1814.

Francisco de la Lastra.

Señor don Francisco Antonio Pinto».

---

(1) El señor Barros Arana pone a esta nota fecha 28 de mayo. Como la hemos copiado de la especie de memoria que Ossorio publicó en 1814 i que está en la Biblioteca Nacional, hemos preferido tomar la que tiene en dicho opúsculo.

La otra nota es dirijida al diputado de Chile en Buenos Aires. En ella, después de exponerle la manera cómo se está dando cumplimiento a las cláusulas de los tratados de Lircai i después de manifestarle que había enviado por conducto extranjero una nota a don Francisco A. Pinto, le dice:

«Como aquella correspondencia (la mandada a Pinto) fué por conducto extranjero (por intermedio del Comodoro Hilliar), que manifestó tanto interés por la España, *fué preciso que Chile*, previendo continjencias, *expresase con tino i sin libertad su concepto*. U. que puede proporcionar segura ocasión de escribir a dicho Pinto, bajo de cubierta de algún comerciante de honor, *no se cansará de prevenirle*, QUE CHILE ESTÁ RESUELTO A SER LIBRE A TODA COSTA, *que mientras más conoce sus derechos, más odia la esclavitud, que ha olvidado absolutamente el sistema antiguo*, que apetece un sistema liberal, i que proporcione a esta parte de América la más abandonada i abatida, las ventajas que hasta hoi ha desconocido, i *cuanto más concurra a descubrirle* NUESTROS ÍNTIMOS I VERDADEROS SENTIMIENTOS.—Acompaño a U. duplicado de la carta que a él se escribe, i otra de esta fecha, de ambas dejará U. copia para su intelijencia. (A continuación le habla de la fuga de los Carrera de la cárcel de Chillán i de las medidas

que ha tomado para hacerlos aprisionar). Dios guarde, etc. Santiago, Mayo 27 de 1814.

Francisco de la Lastra.

Señor don Juan José Pasos» (1).

Estas notas demuestran con claridad los móviles verdaderos que animaban en sus actos a los caudillos patriotas. Pero la prueba más evidente que hai contra la opinión de los señores Miguel Luis i Gregorio Víctor Amunátegui, es la opinión sustentada por el mismo don Miguel Luis en *La Dictadura de O'Higgins*. En la páj. 103 de la 3.ª edición de este libro, se lee:

«Ni el jeneral Gaínza, *ni los mandatarios chilenos habían estipulado estas condiciones de buena fe.* Ni una ni otra de las partes contratantes *estaban dispuesta a darles cumplimiento.*

«Para Gaínza aquel convenio era sólo un pretexto mentiroso, un ardid fraguado para retirar con descanso las aniquiladas reliquias de su ejército a Chillán, donde pensaba rehacerse para re-

---

(1) El señor Barros Arana dice que esta nota fué dirijida a José Miguel Infante, quien era diputado de Chile en Buenos Aires. Como no tenemos los orijinales de las notas copiadas, seguimos la direccion que aparece en el folleto recordado de Ossorio.

comenzar la campaña. Sin este embuste, no podía dar un paso, i era exterminado dentro de la ciudad de Talca.

«PARA LOS CAUDILLOS INSURJENTES ERA UNA HIPOCRESÍA, UNA SIMPLE SUSPENSIÓN DE ARMAS con el objeto de orientarse de la situación de la metrópoli i tomar consejo.

«El tratado de Lircai no era para ellos sinó *un descanso que habían menester para* observar bien lo que había en realidad».

Los historiadores que, sin espíritu de partido i sin animosidades, han estudiado esta parte de la Revolución de la Independencia, están acordes con las últimas ideas del señor Amunátegui, como basta consultar al señor Barros Arana, a Gay, a Vicuña Mackenna i a varios otros.

El hecho es que el tratado fué cumplido en su mayor parte: los prisioneros fueron puestos en libertad, Talca fué evacuada por los realistas i ocupada por O'Higgins.

Gaínza, sin embargo, resuelto a no dejar a Chile sin que previamente tuviese la contestación del virrei del Perú acerca de los tratados, presentaba a cada paso dificultades, enviaba notas, pedía plazos, exijía auxilios i ponía en juego cuantas dilaciones le sujerían su injenio i sus consejeros. Las cosas llegaron al extremo de obligar a O'Higgins a mandarle un ultimatum. Este jefe patriota esperaba ansioso la autorización del gobierno de la

capital para romper las hostilidades i abrir de nuevo la campaña. (1)

---

(1) Creemos importante reproducir aquí, para que se conozcan las intenciones de O'Higgins, la nota que éste dirijió a Lastra desde Talca en julio de 1814. Héla aquí copiada de los documentos justificativos publicados por don Manuel Gandarillas en *El Araucano*, a continuación de los artículos que dedicó a O'Higgins con marcada parcialidad:

«Excmo. señor:—El día de esta fecha ha llegado a esta ciudad el licenciado don Miguel Zañartu, i mañana entrará el cura don Isidro Pineda: por la correspondencia que estos señores han tenido con el jeneral Gaínza, i que acompaño en testimonio, quedará V. E. cierto hasta la evidencia, que los recelos que desde el principio tuvimos de la poca fe de dicho jeneral, se hallan hoi realizados a pretextos fútiles, ridículos i despreciables, queriendo sólo ganar tiempo para saber del virrei de Lima si ha de dar cumplimiento a los tratados, o si ha de seguir en el propósito de la desolación del reino, único objeto de estos tiranos insaciables de la envidia de los virtuosos americanos: V. E. verá cuán claramente se lo expongo en contestación al oficio de anoche que separadamente he recibido de Gaínza, i que acompaño igualmente en testimonio; desentendiéndome de la llegada de Zañartu por esperar la de Pineda que trae un oficio de aquel jeneral que contestaré igualmente tan claro como deseo, i de todo noticiaré a V. E. inmediatamente.

«Con lo dicho sólo habría un suficiente motivo para que V. E. inmediatamente hiciese la formal declaración de guerra; pero aún hai más, que como aquel jeneral ha tenido siempre dobles intenciones, ha procurado en tiempo hacer cuantas hostilidades le ha suscitado su tiranía en perjuicio de los patriotas de la provincia que ocupa: la casa de Mendiburu ha sido obligada por este pirata a contribuir con diez mil pesos, la de Benavente con cinco mil, i así sucesivamente hasta haber dejado los campos

Fué en estas circunstancias cuando llegaron a su conocimiemto graves noticias de Santiago que lo detuvieron en su propósito i cambiaron de un modo radical la faz de los acontecimientos.

---

sin ganados, i sus habitantes sin socorro alguno para la mantención necesaria para sus familias, pues a pretexto de las necesidades de su ejército ha hecho un saqueo jeneral, con el que es de inferirse quiere sostener la guerra, o cuando menos aprovecharse de todo como buen ministro del señor virrei de Lima; i supuesto pues que ya Chile en la línea de condescendiente toca los límites de humillación indecorosa que le denigrará a la presencia de los pueblos que sostienen i han sostenido a toda costa su libertad sagrada, es de necesidad, es preciso, i no hai otro medio sinó que V. E., a la posible brevedad, haga que se acopie en cajas públicas de esa ciudad hasta medio millón de pesos, exhibidos por los infinitos enemigos de nuestra causa, a quienes inmediatamente se les deberá poner en la más extricta captura, hasta consumirlos i exterminarlos al todo, pues es el único medio de que la patria se salve; yo al par el día de hoi, i por medida de precaución, les echaré mano a cuantos en esta ciudad sé i me consta deben pagar con sus bienes i la vida las perfidias i traiciones que han fomentado i fomentan contra su suelo, contra la humanidad i contra la quietud pública.

«Defendido así, señor Excmo., i tomando V. E. inmediatamente las más serias providencias para surtir al ejército de armeros, cureñas, obuses, fusiles, i cuantos útiles de guerra sean en abundancia bastantes para una guerra decisiva; con el apresto de cuantas tropas hai en esa capital para que caminen a primera noticia mía: afirme desde ahora V. E., como yo lo hago con mi vida, que no sólo haremos cumplir a Gaínza con lo estipulado, sinó que obligándole cuando menos a dejar el armamento i sin necesidad de mandar mártires a Lima, daremos mui en breve un ejemplo al mundo, i recojeremos todas los glorias,

que habíamos sacrificado en las aras de la humanidad, con asombro eterno de los tiranos del mundo, i bajo el supuesto que las naciones cultas con la Inglaterra bendecirán las huestes de Chile, que así saben hacer respetar el orden sagrado de los pactos.

«No es hora ya, Excmo. señor, de trepidar un momento en esta materia, ni V. E. crea en protestas, simulaciones i cuantos más arbitrios quieran dictar los tiranos de este país. Tenga V. E. entendido, que aquéllos son la causa de todo, i que cuantos males se les irrogue en sus bienes i personas, sin respetar casados ni solteros, son otros tantos grados de honor i gloria, que adquirirá Chile en su sistema i obligará a las jeneraciones posteriores a bendecir con alegría las sabias manos que fabricaron el firme edificio de su felicidad.

«Bien sabe V. E. que nuestros mayores apuros en la guerra pasada han sido sólo por falta de fusiles; i suponiendo en el día que a nuestros hermanos los de Buenos Aires les sobra demasiadamente armamento de toda clase, soi de parecer que V. E. inmediatamente le haga un expreso a aquel Excmo. director, significándole la falta que tenemos de este armamento, i los motivos que nos obligan a ponernos a cubierto de las insidias de los tiranos, de nuestros sagrados derechos, con cuyas razones i el interés formal que aquel estado tiene en la conservacion del nuestro, no dudo que rápidamente socorrerá con dos mil fusiles, que considero mui bastantes para doblados enemigos; asegurando a V. E. que pondré en esta ciudad tantos soldados de línea, cuantos fusiles sean los que se me remitan.

«Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años, Talca i Julio 26 de 1814.—Excmo. Señor.

Bernardo O'Higgins.

Exmo. Supremo director del estado chileno».

CAPÍTULO IV.

José Miguel Carrera abandona a Concepción i se dirije a Penco.—Medidas que toma el enemigo para aprisionarlo.—Asalto que Lantaño da a José Miguel i Luis Carrera.—Estos jefes patriotas son conducidos a Chillán i encarcelados.—Lo que hai de cierto sobre las estipulaciones celebradas entre O'Higgins i Gaínza sobre los Carrera en los tratados de Lircai.—Fuga de los Carrera de Chillán.—Llegan a Talca i en seguida marchan hacia la hacienda de San Miguel.—Lastra ordena la prisión de los Carrera sin poderlo conseguir.—Captura de Luis Carrera.

José Miguel Carrera, después de haber entregado el mando del ejército a O'Higgins por haber sido destituído, se quedó todavía en Concepción durante algunos días hasta que por orden superior se vió obligado a dejar el cuartel jeneral a principios de marzo i a dirijirse a Penco acompañado de su hermano Luis i de una pequeña escolta. Se proponía esperar allí una oportunidad para marchar a la capital con seguridad. Los caminos circunvecinos eran recorridos sin cesar por guerrilleros enemigos. Creyó, pues, prudente antes de

partir tener noticias exactas sobre la situación de los realistas.

Gaínza tuvo conocimiento, por los numerosos espías que tenía en Concepción i otros puntos, del viaje de José Miguel Carrera i se propuso cruzarlo en el camino i apoderarse de su persona. Al efecto desprendió de su ejército ájiles partidas para que, desparramadas por los bosques i lugares cercanos a las sendas que podía tomar el jefe patriota, diesen mejor cumplimiento a sus planes.

Una de estas guerrillas volantes mandada por Clemente Lantaño, supo que Carrera estaba en Penco. Inmediatamente se propuso asaltar la casa en que, entregado en brazos de absoluta confianza, descansaba con tranquilidad. Al amanecer del 4 de marzo, Lantaño dió el ataque, mató a unos cuantos que quisieron oponerle resistencia i tomó prisioneros a José Miguel i Luis Carrera que fueron llevados a Chillán. Allí fueron reducidos a prisión, se les puso grillos i se les formó un proceso por revolucionarios contra el rei i el orden establecido.

El encarcelamiento de tan distinguidos patriotas fué por demás extricto i cruel hasta que se firmó el tratado de Lircai. Hecha la paz entre los belijerantes, se acordó por una de las cláusulas del tratado que los prisioneros de ambos ejércitos fueran puestos en libertad; pero por un arreglo secreto se convino que los Carrera fueran

embarcados en Talcahuano i enviados a Valparaíso a disposición del Supremo Gobierno. El objeto que se perseguía, era mandarlos fuera del país con una honrosa misión diplomática. Era un destierro por demás honorífico para ellos i útil para la patria, dados los servicios que el gran talento de José Miguel podía prestar a la revolución en el extranjero.

Mucho se ha dicho que O'Higgins, en el convenio privado que hizo con Gaínza, había estipulado que los Carrera fueran embarcados con dirección al Perú a fin de ser encerrados en la sombría cárcel del Callao. Esto no se ha probado por nadie i jamás por jamás se ha presentado documento o carta alguna que autorice tal especie infamante. Es una suposición nacida de los odios, resentimientos i animosidades que ardieron durante el período de nuestra revolución i que por felicidad la fría lápida del tiempo ha sepultado en parte. La posteridad, que mira con estoica calma los acontecimientos i pasiones del pasado, que analiza los hechos desde considerable altura e imparcialidad, no puede recojer nada que no esté comprobado de una manera clara i evidente. Ni la duda cabe cuando se trata de un hombre que se ha sacrificado por completo en bien de su país (1).

(1) El señor Benavente en su memoria sobre las *Primeras*

El acuerdo de enviarlos a Valparaíso no se alcanzó a llevar a cabo. Apenas se celebraron los tratados de Lircai, Gaínza puso a los Carrera en libertad bajo palabra de honor de no moverse de Chillán. Tan distinguidos patriotas creyeron llegado el caso de buscar una puerta de escape,

---

Campañas de la Guerra de la Independencia, dice, hablando del tratado de Lircai en lo que se refiere a la libertad de los prisioneros: «sin embargo, en artículos secretos fueron excluídos los Carrera, *los que debían ser embarcados en Talcahuano i remitidos a las Casas-matas del Callao: lo que participó O'Higgins al gobierno pidiendole su aprobación en oficio del mismo día* 3». Francamente sentimos que se hagan cargos de esta trascendencia sin que se acompañe cualquiera clase de prueba aunque más no fuera un indicio o una lijera presunción. En cambio copiamos a continuación notas que demuestran a las claras lo que pensaba O'Higgins. Con fecha 9 de mayo, escribió al Director Supremo la siguiente:

«Entre los tratados celebrados con el jeneral Gaínza se acordó que los prisioneros de una i otra parte debían restituirse a sus destinos; entre los nuestros se hallan los caballeros Carrera que también deben ser comprendidos, i para estos he tratado con el expresado jeneral Gaínza, *sean conducidos al puerto de Valparaíso a disposición de V. E.*, debiendo costearse su trasporte por cuenta del Estado. V. E. podrá ordenarme en este particular lo que mejor convenga a la mayor seguridad del reino, diciéndome lo más que debo obrar en este particular, para hacer a dicho señor Gaínza las prevenciones que V. E. tenga a bien dictarme. Por mi parte ninguna otra cosa puedo determinar con respecto a carecer de las instrucciones de V. E., i para que yo pueda en todo tiempo quedar a cubierto i el país libre de recelos, deseo se tomen en tiempo oportuno las medidas de

ya que se desplegaba con ellos tanta lenidad i ya que se les exceptuaba de la regla que sobre prisioneros de guerra habíase estipulado en los tratados.

Una noche asistieron a una reunión que daba La Fuente, Intendente del Ejército Español, previo el permiso que solicitaron del Comandante de la plaza de Chillán, Luis Urrejola.

---

seguridad que parezcan justas i sean del agrado de V. E.—Dios, etc. Talca, marzo 9 de 1814.

Bernardo O'Higgins.

Exmo. Supremo Director del Estado de Chile».

Para que no se dude i para que se vea a toda luz la verdad de lo sucedido, trascribo a continuación la nota que Gaínza envió a O'Higgins dándole cuenta de la fuga de los Carreras i confirmando en todas sus partes las ideas contenidas en el oficio copiado anteriormente:

«Celoso de cumplir exacta i relijiosamente, *en cuanto alcance nuestro convenio o tratado,* dirijí prontamente su orden para poner en libertad los prisioneros de Concepción i Chillán, previniendo al comandante de este segundo punto que lo es don Luis Urrejola, *que los Carrera debían embarcarse en Talcahuano* PARA VALPARAÍSO, de lo que debía cuidar.—Ahora que son las nueve de la noche, recibo carta de dicho Urrejola, dándome parte de que habiéndole pedido licencia dichos Carrera para hacer una visita a la señora Intendenta, se las concedió bajo palabra de honor; pero a las diez de la noche (ayer) le dieron parte de que se habían escapado después de haberle dicho o pedido permiso para ocurrir a mí en solicitud de licencia para efectuar su viaje por tierra a Santiago.—Aviso-

La esposa de La Fuente, doña María Loaisa, que simpatizaba con los Carrera, buscaba una oportunidad para proporcionarles la fuga. Se convino que ésta fuera esa misma noche, para lo cual la mencionada señora dió a José Miguel dos pistolas i los auxilios que tenía a mano.

Mientras los asistentes a la especie de tertulia se entregan placenteros a los encantos del baile, de la música i de la charla amigable, los Carrera dejan el salón, cruzan las calles de Chillán que estaban silenciosas i envueltas en las sombras de una noche oscura i brumosa, en seguida se lanzan a escape por los alrededores de la ciudad, se unen al teniente Manuel Jordán, al sarjento de dragones Pedro López, a un artillero i a un huaso que les iba a servir de guía, montan apresuradamente sobre caballos preparados con anticipación i corren al campo en busca de un camino

---

lo a V. S. sin pérdida de instante para su noticia i gobierno.—Dios, etc.—Trancas, 13 de mayo de 1814.

Gavino Gaínza

Señor jeneral don Bernardo O'Higgins».

No puede haber nada que demuestre de un modo más palpable los sentimientos que sobre los Carrera abrigaba O'Higgins. El señor Benavente habla de una nota del día 3. ¿Dónde está? I si existía ¿cómo relacionar esas ideas con las emitidas en la nota de 9 de mayo, seis días después, confirmada por la de Gaínza?

que los conduzca a Talca. La noche era nebulosa i el cielo, sin una estrella, se veía cubierto de densos vapores de agua que producían llovizna abundante.

Al anochecer del 14 de mayo se presentaron a la casa que en Talca habitaba O'Higgins. Allí alojaron hasta que a los pocos días se pusieron en marcha a la hacienda de San Miguel perteneciente a la familia de ellos. Desde este punto, el 19 de mayo, José Miguel envió a Lastra una carta avisándole su llegada.

Esta noticia produjo en los gobernantes de la capital la más honda consternación. Nadie se creyó seguro, porque creían ver asomar la anarquía por doquier.

Lastra, disimulando en parte, contestó a Carrera en los siguientes términos:

«Santiago i mayo 20 de 1814.—Mui señor mío i amigo:—Mil atenciones que me rodean han dilatado la respuesta al oficio i carta de U. fecha de ayer. Me son mui sensibles los padecimientos i malos ratos de U., i en realidad han obligado mi consideración, que ofrezco a U., para todo aquello en que no se comprometa la autoridad que ejerzo.—B. S. M. su amigo i servidor.

Francisco de la Lastra».

La alarma siguió en Santiago, los amigos de los Carrera se movían en todas direcciones, en

los salones había gran ajitación, en los círculos de gobierno se discutían cien proyectos diversos.

Al fin decidieron a Lastra a enviar un piquete de soldados con la orden de apresar a los Carrera. Estos, que por sus amigos tuvieron conocimiento de la persecución que se organizaba en contra de ellos, se ocultaron en los bosques, chozas o quebradas que encontraban a mano para escapar del poder de sus adversarios. Desesperados se pusieron en marcha hacia la cordillera para cruzarla; pero este plan no se pudo realizar por haberlo impedido una tempestad furiosa de nieve que con inusitada violencia se desencadenó cerrando los pasos de los Andes.

Vueltos a San Miguel entablaron relaciones secretas con sus partidarios de la capital, para lo que iban a esta ciudad i se reunían en casa de Pedro Villar, de Manuel Muñoz o de cualquiera otro de sus correlijionarios políticos. El piquete mandado por Lastra recorría entre tanto los extramuros de Santiago i aun rejistraba las casas sospechosas con la esperanza de hallar la tan buscada presa.

Una de las tantas veces que Luis Carrera con la osadía propia de su caracter varonil entró a la capital, fué reconocido i capturado en casa de la señora Ana María Toro por el teniente Blas Reyes. Como era de esperarse fué reducido a prisión.

CAPÍTULO V

José Miguel Carrera, de acuerdo con varios partidarios de la capital, hace los preparativos de una revolución.—Se conquista algunos cuerpos de la guarnición.—Golpe de Estado dado a las 3 de la mañana del 23 de julio de 1814.—Carrera se apodera del palacio de Gobierno.—Prisión de muchos patriotas.—En Cabildo abierto se nombra una Junta de Gobierno.—Destierro de varios jefes i ciudadanos.—El nuevo Gobierno aprueba los tratados de Lircai.—Causas de la revolución.

Los disgustos de los que de buena fe rechazaban los tratados de Lircai, de los opositores que siempre tiene un gobierno i de los que anhelaban empujar con más enerjía la revolución, crecieron en número en lugar de disminuir una vez que supieron que José Miguel Carrera se había fugado de la prisión i se encontraba en las cercanías de la capital. La exaltación subió poco a poco como hinchada ola impelida por el viento. Los conciliábulos se sucedían unos a otros en los hogares de los corifeos de la oposición. En la atmósfera de la política centelleaban los relámpagos precursores del rayo.

Lastra, de carácter bondadoso, un poco débil, cansado de los negocios públicos, abatido con los ataques incesantes de que era blanco i sin el temple que da la costumbre de resistir las asperezas i veleidades de las luchas políticas, vacilaba, tenía conocimiento de las conspiraciones que jerminaban a su lado i apesar de esto no se atrevía a ahogarlas en la cuna; sabía que mui luego se desencadenaría sobre él la rebelión que ya rujía en el espacio i en los oleajes de la cual el poder que investía se evaporaría como un sueño, i sin embargo le faltaba coraje para cortar el mal de raíz i detenerlo antes de que tomara cuerpo i fuera incurable.

Era juguete de las impresiones que aquejaban su corazón de chileno, al verse expuesto ante la opinión como enemigo de la independencia nacional por haber inspirado los tratados de Lircai.

José Miguel Carrera, audaz hasta la temeridad, revolucionario por temperamento, despechado por las persecuciones de que era víctima, ambicioso por naturaleza, lleno de cólera por los castigos con que lo amenazaban sus enemigos, por la prisión de su hermano, por las vicisitudes que le hacían soportar, por el abandono en que querían dejarle, i por la dolorosa situación que se le había creado, se propuso al fin arrojarse en los quemantes brazos de la revolución, no antes de haber medido bien el campo de sus próximas operaciones

i de reflexionar con la altivez que desplegó César al pasar el Rubicón.

Concebir el proyecto i ponerse en movimiento fué algo simultáneo en aquella cabeza llena de recursos, en aquel carácter lleno de avilantez i en aquel corazón lleno de pasiones.

Lo primero que había que hacer, era conquistarse las tropas que guarnecían la capital. Sin soldados nada se podía pensar ni resolver. Los amigos de José Miguel Carrera que hora a hora tenían citas con él, ya en el fondo de una quebrada, ya en la miserable cabaña de algún campesino, ya a toda intemperie, ya en un bosque, lo pusieron en relación con algunos oficiales entre los cuales figuraba Arenas que le aseguró el Cuartel de Artillería, depósito de las principales provisiones de guerra de Santiago.

Ayudaban a Carrera, incansable conspirador que tenía algo de la audacia de Catilina i algo del orgullo de Escipión el Africano, varios jefes distinguidos que, como Diego José Benavente, se habían cubierto de gloria en las primeras campañas. Más tarde se atrajo a varios oficiales que, como Toribio Rivera, Eujenio Cabrera, i el alférez Toledo, pertenecían a los cuerpos de la capital. Lo secundaron también con suma actividad, sirviendo de ajentes en aquella misteriosa maquinación, el tremendo fraile Julián Uribe, Manuel Novoa, Juan Esteban Manzanos, Manuel Muñoz

Urzúa, Marcelino Victoriano, Miguel Ureta i los hermanos Manuel, Carlos i Ambrosio Rodríguez.

Después de largas conferencias i de numerosos viajes, se acordó dar el golpe el 23 de julio. «A las tres de la mañana, dice José Miguel Carrera en su *Diario* que en copia tenemos a la vista, se resolvió debía ejecutarse la revolución. Arenas franqueaba el Cuartel de Artillería, el alférez Toledo el de Granaderos, i el teniente Toribio Rivera el de Dragones. Para posesionarse de ellos se encargaron los sujetos siguientes: el cura Uribe con su partida, a la Artillería; Miguel Ureta a los Granaderos, i para los Dragones el mismo Toribio Rivera, de acuerdo con su hermano Juan de Dios quien lo mandaba. Todo se ejecutó puntualmente. La actividad i decisión de Uribe lo allanaba todo.»

En efecto, a la hora convenida, el presbítero Julián Uribe se apoderó del Cuartel de Artillería e hizo apostar en la plaza varios cañones custodiados por milicianos traídos de San Miguel. Dueños los revolucionarios de los cuarteles de la ciudad i contando con la guarnición, apresaron al Director Supremo, Francisco de la Lastra, al brigadier Juan Mackenna, al ex–intendente de Santiago Antonio José de Irisarri i a otros conspicuos personajes adeptos a la administración caída.

Al amanecer, Carrera había tomado ya pose-

sión del Palacio de Gobierno e iniciaba su Dictadura.

Sus partidarios, deseando dar al movimiento un carácter popular i procurando revestirlo de cierto aire de legalidad, convocaron un Cabildo abierto, al cual asistieron muchos curiosos i los amigos de Carrera encabezados por Carlos Rodríguez, joven vehemente como su desgraciado hermano Manuel. La discusión no fué larga. No hubo más incidente que la enérjica protesta de los defensores del gobierno derrocado, Gaspar Marín i Manuel Antonio Recabarren, protestas que fueron ahogadas por los gritos de la multitud i las amenazas de los contrarios, por cuya razón se vieron obligados a abandonar la sala.

El Cabildo abierto nombró en el acto por aclamación una Junta de Gobierno compuesta de José Miguel Carrera, del Presbítero Julián Uribe i del teniente coronel de milicias Manuel Muñoz Urzúa.

El primer paso de la nueva Junta de Gobierno fué llamar del destierro a Juan José Carrera i enviar a Mendoza a comer el amargo pan de duro ostracismo a los principales i más influyentes sostenedores de la administración pasada, como ser Juan Mackenna, José Antonio de Irrisari, José Gregorio Argomedo, Hipólito Villegas, el coronel Fernando Urízar i ocho personajes más.

Dicen que cuando estos patriotas cruzaban los

hielos de la cordillera, se encontraron con Juan José Carrera a quien narraron los acontecimientos que habían tenido lugar en Santiago. Fué en ese momento cuando el altivo brigadier Mackenna, apostrofando al hermano del que lo enviaba al destierro con manifiesta injusticia, le dijo estas proféticas palabras:

—Ud. vuelve a Chile cuando nosotros salimos de él; *antes de cuatro meses todos los patriotas chilenos que escapen del campo de batalla vendrán a juntarse con nosotros.* Veo mui próxima la ruina de la patria i el triunfo de los godos (1).

Los procedimientos de la Junta que comenzaba desprendiéndose de notables auxiliares, daban derecho a una profecía tan siniestra como la dada por Juan Mackenna en la cumbre de los Andes.

La Junta recién constituida no tenía más que una voluntad, un pensamiento, una ambición: la voluntad, el pensamiento i la ambición de José Miguel Carrera.

El presbítero Uribe, unido al anterior jefe por una amistad i un cariño exajerados, era hombre que había errado su profesión. Había en él tela bastante para hacer un conspirador de inagotables recursos; pero de ningún modo un manso fraile. En su alma ardía una hoguera de pasiones

(1) Este dato fué contado por Antonio José de Irisarri al señor Barros Arana.

mundanas, sin una chispa de fervor relijioso. Tenía más de Bruto que de San Juan.

Muñoz Urzúa era un honrado comerciante que contaba con crecido caudal i que no haría más que lo que le ordenasen.

José Miguel Carrera a los pocos días de subir al poder escribió a O'Higgins una carta en estos términos:

—«Mi amigo: no sé si puedo aún hablar a Ud. en este lenguaje: lo fuí verdadero i no disto de serlo a pesar de los pesares. No sé si es Ud. o soi yo el loco i desnaturalizado chileno que quiere envolver a la patria en ruinas: lo cierto es que no procederé i que Ud. no debe proceder, sin que antes nos estrechemos e indaguemos la verdad. En manos de Ud. i mías está la salvación o destrucción de un millón de habitantes que tanto han trabajado por su libertad. Maldecido sea de Dios i de los hombres el que quiera hacer infructuosos tantos sacrificios. Salvemos a Chile o seamos odiados eternamente».

¿Cuál había sido la divisa del motín encabezado por José Miguel Carrera?

Exclusivamente los disgustos producidos por los tratados de Lircai. No podía existir otra dentro del patriotismo i de los hechos. No podía ser la dirección de la guerra, porque, aun cuando a nuestro juicio en los últimos tiempos nada podía ser criticado con justicia, estaba concluida i pasada

en autoridad de cosa juzgada por la sencilla razón que ya se había celebrado la paz. Las victorias sucesivas de Quilo, Membrillar i Quechereguas habían puesto al ejército patriota en oportunidad de tomar la ofensiva i de merecer justos aplausos.

Tenemos, pues, que el único motivo justificable a los ojos de la historia i de la posteridad, lo único que habría dado legalidad i prestijio a la revolución, era el que Carrera hubiese declarado nulos los pactos i hubiese levantado en alto la insignia de vencer o morir libres, pero nunca esclavos.

¿Qué pasó, sin embargo?

Que uno de los primeros actos de la Junta i en consecuencia de José Miguel Carrera, fué aceptar de un modo categórico los tratados de Lircai. Remitámonos a la prueba.

Constituido el gobierno revolucionario, se envió al Sur a Diego José Benavente con dos notas: una para O'Higgins i otra para Gaínza.

La de O'Higgins iba destinada a comunicarle el cambio de gobierno i a pedirle su aprobación i apoyo.

La de Gaínza no se ha conservado; pero hai otra que confirma la estraviada i que trascribimos a continuación:

«Sobre una silla de gobierno a que jenerosamente me han ascendido mis conciudadanos, i con toda la dignidad de su representación, aseguro a

V. S. que conozco la responsabilidad de mi comisión: que sé mis deberes: que nunca abusaré de su confianza. Chile será feliz en cuanto alcance a mis facultades: i quisiera cubrirlo, quisiera asegurarlo a costa de mi propia sangre.

«*A la entrada de gobierno escribió a V. S. la Junta* SU DEFERENCIA A LOS PACTOS QUE NOS IMPONE LA CAPITULACIÓN DE MAYO, I PROTESTA SIEMPRE SOLDAR SU CUMPLIMIENTO, si es posible enmendar sin indecencia la disolución que V. S. nos anuncia penosamente.

«Tales son los sentimientos que nos animan, *tal es mi verdadero empeño.* V. S. los leerá *más expresivos* en los pliegos que firma el gobierno.

«Bien convencido de las obligaciones de mi majistratura, no necesito para ellos la experiencia, el honor, ni el talento, de que V. S. me escribe con la larga franqueza que reconozco. Creo los recomendables de V. S., i todas sus virtudes dispuestas al mismo fin. Seremos pues felices, i llevaremos a los pueblos la quietud i la conveniencia enterando sus relaciones i su comercio.

«Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago 19 de agosto de 1814.

José Miguel Carrera.

Señor don Gavino Gaínza, brigadier i jeneral en jefe del ejército de Lima.»

Para mayor confirmación de lo que hemos sos-

tenido, reproducimos un Decreto i un Bando de la Junta de Gobierno, que contienen iguales ideas i sentimientos. Helos aquí:

Decreto del gobierno.

Santiago, agosto 19 *de* 1814.

«Visto con lo expuesto por el senado que representó al Directorio desde 4 de julio i ha repetido; por el cabildo; conforme al clamor jeneral, i en efecto de la conveniencia convencidas en diversos serios acuerdos del gobierno, se declara libre i franca la carga i salida de los buques anclados en Valparaíso, *i su comercio con los puertos del virreinato del Perú.* ¿Para qué la paz, si corren los años sin sentir su fruto? Las últimas comunicaciones del señor jeneral don Gavino Gaínza *ratifican la duración de nuestras capitulaciones.* Publíquese en bando esta providencia, imprímase, i circúlese al reino.

Carrera.—*Uribe.—Muñóz.—Díaz.*»

Bando.

«Silencio: las razones a la razón de la necesidad i la conveniencia. Desde hoi es libre la carga i salida de los buques anclados en Valparaíso i su comercio con los puertos del virreinato del Perú.

ASÍ HA DECLARADO EL GOBIERNO EN EFECTO DE LA CAPITULACIÓN DE MAYO, en atención a representaciones que ha repetido el Senado desde 4 de julio, a los informes del Cabildo, i al clamor jeneral. *Sientan el Perú i Chile el* FRUTO HALAGUEÑO DE UNA PAZ CELEBRADA TANTOS MESES HÁ, *descansen ambos pueblos* EN SU DURACIÓN *que ratifican las últimas comunicaciones del jeneral Gaínza.* Sala de despacho de Santiago, agosto 19 de 1814.

JOSÉ MIGUEL CARRERA.—*Julián de Uribe.—Manuel Muñoz i Urzúa.—Agustín Díaz,* Escribano de Gobierno.»

¿Puede darse una aceptación más explícita de los tratados de Lircai?

Imposible.

Por la inversa ¿hai algún decreto, oficio, carta o nota que haya mandado la Junta en contra de ellos?

Los parciales de Carrera, jamás han presentado ni un indicio siquiera de que se haya procedido contra dichos pactos. En balde hemos buscado hasta en la correspondencia privada de ese caudillo que nos ha proporcionado el señor Vicuña Mackenna.

Es un punto histórico, pues, que no admite dudas de ningún jénero el que José Miguel Carrera ratificó solemnemente los tratados de Lircai.

¿Qué motivos tuvo entonces para hacer la revolución? ¿Por qué atentó contra el orden establecido? ¿Qué móviles tan poderosos tuvo hasta para castigar con el destierro a distinguidos patriotas?

Ninguno que merezca los aplausos de los hombres que estudian los sucesos del pasado sin espíritu de círculo (1).

Mientras Carrera i la Junta se empeñan por organizar elementos de guerra i tropas, veamos lo que pasó en el ejército del Sur cuando se supo el cambio de gobierno.

---

(1) Con sobrada razón, dice el señor Vicuña Mackenna en una de las notas puestas a la memoria de Benavente:

«La revolución del 23 de julio, juzgada políticamente, no fué sinó un afortunado motín de cuartel. Habría sido noble i patriótica, tal cual el autor (Benavente) la pinta, si Carrera, correspondiendo a los móviles a que decía obedecer, hubiese declarado nulos los pactos de Lircai i hubiese roto la tregua a nombre de la independencia que invocaba. Pero documentos irrefutables publicados por el señor Barros Arana (los que ya hemos reproducido) ponen de manifiesto que Carrera se hizo cómplice del mismo doblez que reprochaba a sus enemigos, i aunque se preparaba como éstos para contrarrestar a Gaínza, escribió a éste haciéndole presente su deferencia a los tratados de Lircai, publicó bandos abriendo el comercio de los puertos de Chile a los del Perú, i *en todo lo ostensible sostuvo la política contra la cual había alzado el estandarte de una verdadera i funesta rebelión, causa inmediata del desastre de Rancagua i de la pérdida de Chile.*»

CAPÍTULO VI

Llega la noticia de la revolución de Carrera al Cuartel Jeneral de O'Higgins.—Se reune una Junta de Guerra.—Se acuerda marchar al norte a reponer el gobierno caído.—Al dirijirse a Santiago, O'Higgins no tuvo conocimiento del desembarco de Ossorio.—Carrera se prepara a resistir a O'Higgins.—Luis Carrera al mando de las tropas de la capital se atrinchera en Maipo.—Combate entre ambos ejércitos.—Derrota de O'Higgins.—Da éste orden para concentrar sus tropas.—¿Quién es responsable del combate de Maipo?

O'Higgins, vista la demora i los engaños de Gaínza para esquivar el cumplimiento de los tratados de Lircai, adiestraba su ejército i se preparaba con actividad a fin de abrir de nuevo las operaciones militares i de exijir por las armas el cumplimiento de compromisos contraídos solemnemente.

En esos días fué cuando llegó al campamento patriota Diego José Benavente, delegado de José Miguel Carrera i portador de la nota de que hemos hablado antes. Al mismo tiempo que ésta, O'Higgins recibió numerosas cartas de los amigos

de Lastra, de Mackenna i de los demás partidarios del gobierno caído.

Mientras Carrera pedía el reconocimiento de la Junta, los adversarios de él i compañeros de O'Higgins, pedían a éste que no prestase acatamiento a los revolucionarios i que, por la inversa, los resistiese por la fuerza.

O'Higgins, perplejo en los primeros instantes i temiendo obrar con precipitación, convocó el día mismo que llegó Benavente, es decir, el 27 de julio, una Junta de Guerra a la que invitó a los oficiales de su ejército desde el grado de capitán.

Al anochecer acudieron al punto designado los que habían sido citados. Al principiar la sesión, O'Higgins, poniéndose de pie, dijo las siguientes palabras:

—«Compañeros de armas, Respetables corporaciones, Ilustrísimo Cabildo i vecindario de Talca: Cuando contra mi voluntad fuí forzado en esta misma ciudad por el Gobierno del Estado, a tomar el mando en jefe del ejército hice un sacrificio a mis ideas liberales de no aspirar mandando a la libertad de mi país, mi objeto fué tomar las armas para vengar los ultrajes del país en que nací, empezar i concluir la campaña como un soldado honrado. Confieso que no me han sido insoportables las pasadas calamidades, ni los trabajos i congojas que he sufrido, cuando veo por ellas se ha conseguido todo el fin que no se debía esperar:

vosotros sois testigos que no recibí ejército ni caja militar en Concepción, sinó unos cuadros tristes i miserables de oficiales i soldados entregados a sí mismos; los salvé i los puse en el camino de la gloria i se han hartado de recojer laureles que todo el reino les ha ofrecido, al fin les he consultado unas ventajosas treguas (?) a sus fatigas i entre la abundancia i el orden existen cuatro mil guerreros en esta guarnición (aquí hai una exajeración). Yo no deseo proseguir más en el mando, pero tampoco quiero sacrificar la obediencia de un ejército virtuoso al capricho de un joven sin cordura: con el robo que ha hecho a la lejítima autoridad que nos mandaba, i opresión en que ha puesto la capital, no hai autoridad por ahora que pueda sustituir la que ha sido volada con escándalo. Por lo tanto, toda la soberanía i autoridad es a vuestra sola voluntad, yo soi el primero que la reconozco, i queriendo en mi retiro dar la prueba de mi obediencia i subordinación, os entrego los archivos de mis comunicaciones, i me ofrezco a la más escrupulosa residencia; también queda a vuestra deliberación contestar a la intimación del intruso gobierno; todo lo tenéis a la vista, i sea cual fuese lo que resolvéis, debéis contar con mi espada, obedeciendo a la autoridad que obedezcáis i nombréis.»

Al decir esto, presentó el archivo, colocó el bastón, insignia del mando, sobre la mesa que

había en la sala i se retiró para dejar completa libertad en las deliberaciones (1).

La junta de oficiales acordó sin oposición, no aceptar la renuncia de O'Higgins i dirijirse a Santiago a reponer el gobierno víctima de un motín.

El 6 de agosto comenzaron a salir las tropas de Talca i rompieron la marcha por escalones. Esta fué mui lenta e interrumpida a menudo con las estaciones que se hacían en los pueblos más importantes del camino.

Los parciales de Carrera han sostenido que O'Higgins se había puesto en connivencia con Gaínza para reponer el gobierno de Lastra, para lo cual el jefe realista le proporcionaría quinientos hombres. Benavente en su apasionada memoria llega a designar al que iba a mandar las tropas auxiliares i menciona a Elorreaga.

Nada, absolutamente nada hai que confirme tal aserto: ni documento, ni testigos, ni partes oficiales, ni corre en el proceso que se levantó por orden del virrei a Gaínza por haber celebrado los pactos de Lircai, ni aparece en las historias hechas por algunos realistas que estuvieron al lado de Elorreaga.

Pero hai más todavía. Basta confrontar unas

(1) Este discurso i demás detalles los he trascrito de las Memorias atribuidas al mismo O'Higgins i que en copia tengo en mi poder.

cuantas fechas para medir la extensión de la injusticia que hai en tal imputación. Según lo dice el mismo Benavente, el ejército de O'Higgins evacuó a Talca sucesivamente a contar desde el día 6 de agosto, en que salió la vanguardia mandada por Andrés del Alcázar, hasta el 13 que partió O'Higgins con el Estado Mayor i la retaguardia. El 26 se dió el combate de Maipo entre O'Higgins i Carrera.

Pues bien, Ossorio desembarcó en Talcahuano el día 13 de agosto i el 18 llegó a Chillán. Es el caso que uno de los primeros actos de Ossorio *fué nombrar a Elorreaga* jefe de los milicianos que debían formar la vanguardia del ejército reconquistador. ¿Cómo entonces podía este bravo oficial estar al mismo tiempo en dos partes? Hai en esto una coartada que no admite prueba en contrario.

No menos infundado es el cargo que hace el mismo Benavente a O'Higgins al sostener que éste al dejar a Talca sabía el desembarco de Ossorio i que a pesar de ello siguió su marcha para echarse en brazos de la guerra civil. «O'Higgins en su marcha, dice el historiador mencionado, iba recibiendo contínuas noticias del movimiento de los realistas, ya por don Ramón Urrutia que se correspondía con su hermano don Juan, ya por don Antonio Merino, Vallejo, Echagüe, Mardones, Echaurren i Palacios; pero nada podía conmover la *inflexibilidad de su resolución*».

Es de sentir que un escritor serio pueda estampar tales hechos, sin acompañar una prueba fehaciente que no dé lugar a dudas.

Volvamos a confrontar fechas.

O'Higgins dejó a Talca el 13 de agosto; el mismo día desembarcó Ossorio en Talcahuano. No habiendo telégrafo ¿podía el primero saber en el mismo día el desembarco del segundo?

Ossorio llegó a Chillán el 18 de ese mes; mandó de esta plaza a un parlamentario sólo el día 21. En esos momentos O'Higgins estaba próximo a Rengo. ¿Podía sin telégrafo saber estos movimientos?

Por respeto a la lójica, reanudemos los acontemientos.

El 26 de agosto, O'Higgins escojió entre su ejército un batallón, dos cañones i el escuadrón de dragones, i con ellos cruzó el río Maipo, dejando atrás el resto de sus fuerzas.

Al ver José Miguel Carrera que no había transacción posible, se propuso resistir con la fuerza. Con asombrosa actividad preparó las tropas que había en la capital, trajo en su auxilio las milicias de Aconcagua mandadas por Portus, movilizó la artillería i los granaderos que había, organizó en horas un rejimiento de voluntarios i acompañado de su hermano Luis se dirijió al llano de Maipo con la resolución de librar batalla campal.

El lugar escojido por Carrera era uno denomi-

nado Las Tres Acequias. En la parte que extendió su línea, había desmontes del canal de Ochagavía que estaba en construcción, desmontes que sirvieron al ejército de trincheras naturales i de reductos al abrigo del enemigo para colocar la artillería i los rifleros.

«La infantería, dice José Miguel Carrera en su *Diario*, apoyaba su derecha en la acequia que llaman de Ochagavía i componía el ala derecha de toda la línea. La artillería ocupaba el centro i toda la caballería la izquierda. La partida de la tercera división se colocó a la derecha i a vanguardia de la infantería. Doscientos hombres de caballería de Aconcagua reforzaron la izquierda».

El combate dió comienzo por una festinación del bravo capitán Ramón Freire, uno de los que mandaba la caballería de O'Higgins. Es el caso que dicho oficial fué encargado de reconocer el campo i posiciones enemigas con un piquete de alentados dragones. Luis Carrera, jefe de la vanguardia, había enviado por su parte guerrillas de milicianos para sondear las intenciones i movimientos del ejército del Sur. Ver Freire estas partidas i cargarlas i arrollarlas i perseguirlas, fué todo uno. Entusiasmado con su triunfo e impelido por su brioso carácter, siguió sableando hasta llegar al punto en que Luis Carrera tenía apostada su infantería.

Como era de esperarlo, los rifleros rompieron

sobre los dragones de Freire un mortífero fuego. Las punterías eran mui certeras a causa de que las hacían de mampuesto. El osado Freire, vaciló al principio i después se vió obligado a replegarse con pérdidas.

O'Higgins, impuesto de lucha tan desigual, avanzó a paso de carga con sus tropas. El combate duró como una hora. Fué en esos momentos cuando Diego José Benavente, a la cabeza de 250 fusileros montados, oblicuó hacia la derecha de la linea describiendo ancho círculo, i cargó bizarramente sobre el flanco izquierdo de O'Higgins, con el ánimo preconcebido de envolverlo i de desorganizar su retaguardia.

O'Higgins, visto el peligro que de sorpresa lo amagaba, ordenó en el acto a una parte de sus tropas que jirase por la derecha i a otra que diese frente a retaguardia para contrarrestar así los repentinos ataques de Benavente. Estas órdenes no fueron cumplidas por sus soldados, i en vez de seguir batiéndose se dispersaron en confusión, entregando el campo a José Miguel Carrera que no se atrevió a perseguir a los fujitivos. Inútiles fueron el valor i los esfuerzos de O'Higgins (1).

---

(1) Carrera describe en su *Diario* el combate de Maipo de este modo:

«Doscientos hombres en columna marchaban por nuestra derecha a distancia de media milla como amagando a envolver al

Carrera replegó sus tropas a las casas de Ochagavía con el ánimo de pasar allí la noche.

O'Higgins cruzó de nuevo el Maipo i apresuró la concentración de su ejército, haciendo para ello venir a marchas forzadas la Artillería que estaba en Rengo, a los Granaderos que vivaqueaban en el Mostazal i a los Húsares que descansaban muellemente en Rancagua. El objeto de esta repentina reunión de los cuerpos de su división, era presentar otra vez batalla, pero ya nó con un puñado de hombres como lo hizo en Maipo, sinó con todos sus soldados.

Los partidarios de Carrera inculpan con acerba

---

enemigo a retaguardia por su izquierda. Los ochocientos hombres de caballería de Aconcagua, a las órdenes de su coronel don José M. Portus, formaron una segunda línea a retaguardia de las divisiones.

«El enemigo cargó con su caballería sobre nuestros flancos i atacó el centro con su infantería sostenida por cuatro piezas de artillería. El ataque fué intrépido; pero al valor de nuestros soldados que sostenían la nueva causa i que aborrecían el yugo de nuestros destructores, hubieron de ceder los bárbaros, huyendo con más precipitación que los corredores de Cancha Rayada. La caballería de Portus cargó a la lanza, dividiendo su línea de batalla por derecha e izquierda de las primeras divisiones i con toda bizarría perseguía al enemigo. (Esto es un error.) La acción duró tres horas, si contamos el fuego de artillería durante la retirada de las dos primeras divisiones hasta Las Tres Acequias, en cuyo campo, que presenta unas hermosas llanuras, se destrozaron las fuerzas únicas de Chile, porque así lo quiso O'Higgins i sus secuaces.»

acritud la conducta de O'Higgins al resistir en Maipo.

Los parciales de O'Higgins a su vez hacen gravitar sobre la conciencia i el nombre de Carrera la responsabilidad de tan funesta guerra civil, causa verdadera de la ruina de la patria i de la reconquista española.

¿Qué hai de verdad en esto?

Analicemos a vuelo de pájaro algunos hechos.

El nombramiento de Lastra como Director Supremo ¿era legal?

Sí, por cuanto fué elejido por el sistema practicado i reconocido como ajustado a derecho en aquellos tiempos en que las elecciones no se hacían como hoi por voto popular.

El nombramiento de O'Higgins como jeneral del ejército ¿era legal?

Sí, por cuanto lo hizo la Junta de Gobierno que rejía los destinos del país.

La destitución de Lastra por un motín ¿era legal?

Nó, porque fué hecha por la fuerza i sin seguir la costumbre i el procedimiento que se aplicaba en esos casos.

¿Hai algo patriótico que justifique la revolución de José Miguel Carrera?

Nó, como lo hemos demostrado antes, al decir que aceptó los tratados de Lircai i dejó todo como estaba antes, salvo la clase de gobierno.

La resistencia armada de Carrera para defen-

der la situación creada con el golpe de Estado que dió én julio ¿es justa i legal?

Nó, sea que se mire el derecho o sea que se miren los grandes intereses de la patria en aquellos días en que la mitad del territorio estaba todavía en poder del enemigo.

La resistencia de O'Higgins ¿es legal?

A los ojos de la lei es justa i obligatoria; porque como jeneral del ejército de un gobierno estaba imperiosamente obligado a sostenerlo, como lo están los jefes de todo cuerpo o batallón cuando ven que la revolución atenta contra las instituciones i el orden establecidos. En cambio a los ojos del patriotismo i de las conveniencias nacionales, habría sido preferible abstenerse i unir las banderas, como más tarde se hizo cuando Chile se mecía ya sobre la boca de un abismo sin fondo.

Por eso la historia no puede aceptar sin beneficio de inventario los cargos que se hacen a O'Higgins. Hombre de orden, de paz i de gobierno, creyó prestar un servicio al país atacando a quien no creía apto para el desempeño de un puesto tomado por las bayonetas. Ambos caudillos son responsables de las consecuencias que trajo consigo la guerra civil; pero en la repartición de esa responsabilidad creemos estar en la justicia i en la más estricta equidad al darle un ochenta por ciento a Carrera i solo un veinte por ciento a O'Higgins.

CAPÍTULO VII

Llega al campo de O'Higgins un parlamentario de Ossorio.—Intimidación del jefe español.—Contestación de Carrera.—O'Higgins propone un arreglo amistoso a Carrera.—Primeras negociaciones entre ambos patriotas.—Entrevista de O'Higgins i Carrera.—Se establece la paz.—Proclama que juntos dirijen al ejército.—O'Higgins se dirije a Maipo a organizar su división.—Análisis del arreglo entre los dos jefes.

El jeneral del ejército del Sur, estaba vivamente preocupado en la concentración de sus tropas, diseminadas en ancha zona de territorio, cuando vinieron a darle cuenta de la llegada de un oficial realista.

Al principio no le dio importancia al hecho; pero, luego que se puso al habla con él, supo que se llamaba Antonio Pasquel i que era un parlamentario enviado, en compañía de un corneta, por Ossorio que hacía pocos días había desembarcado en Talcahuano con numeroso ejército. Venía en comisión para entregar una nota que en el fondo era un ultimatum. O'Higgins conversó largo rato con Pasquel a quien había conocido antes

en el sur, i, después de recojer abundantes noticias de la nueva expedición, le dijo que nada podía hacer i que marchase a Santiago a donde enccntraría a quien entregar los pliegos de que era portador, para lo cual le ofrecía toda clase de facilidades.

Al amanecer del 27 de agosto estaba Diego José Benavente ocupado con la tropa de su mando en la honrosa misión de enterrar a los muertos habidos en la acción de Maipo, «cuando por el lado de Cerro Negro se oyó el sonido de una corneta, cuyo instrumento no se había adoptado entre nosotros. Reconocida esta ocurrencia se encontró al oficial Antonio Pasquel»....

Presentado éste a José Miguel Carrera, puso en sus manos una nota de Ossorio, que, como muestra de las costumbres de la época, la trascribimos a continuación:

«Habiendo desaprobado en todas sus partes el Excmo. señor virrei de Lima el convenio celebrado en 3 de mayo último entre don Bernardo O'Higgins, don Juan Mackenna i el brigadier don Gavino Gaínza, por no tener éste tales facultades, ser contrario a las instrucciones que se le dió, a la nación i al honor de sus armas i habiendo en consecuencia tomado yo el mando de ellas en este reino, debo manifestar a US. que si en el término de diez días contados desde esta fecha no me contestan estar prontos a deponerlas inmediatamente,

a renovar el juramento hecho a nuestro soberano el señor don Fernando VII, a jurar obedecer durante su cautividad la nueva constitución española i el gobierno de las cortes nacionales i admitir el que lejítimamente se instale para el reino, daré principio a las hostilidades, i si, por el contrario, dan desde luego las órdenes i toman todas las providencias necesarias para que tengan efecto mis justísimas proposiciones, les ofrezco nuevamente un perdón jeneral i olvido eterno de todo lo sucedido, por más o menos parte que cada uno de los que hayan estado mandando haya tenido en la revolución.

«Supongo a Uds. poseídos de los sentimientos que caracterizan al hombre de bien, i amante de la felicidad de su patria, en cuyo concepto espero que mirando por ella abrazarán los partidos que la misma razón i relijión dictan, evitando la efusión de sangre i desastre de los pueblos de este desgraciado país, haciendo a Uds. responsables ante Dios i el mundo, de las funestas resultas que son consiguientes al errado i equivocado sistema que contra toda probabilidad, sin la menor esperanza de buen éxito quieren seguir i sostener.

«Autorizado como estoi para el perdón i olvido de lo pasado, puede tener efecto una reconciliación verdaderamente fraternal, a que me hallo pronto; más, si ciegos a la voz de la naturaleza, no diesen oídos a mis ofrecimientos me veré pre-

cisado a usar de la fuerza i poner en práctica los grandes recursos que para obrar ofensivamente tengo a mi disposición, en cuyo caso, ni Uds. ni los particulares, ni todo el reino tendrá que quejarse de los funestos resultados que les sobrevengan, por no haber reflexionado con tiempo en su bienestar.

«Yo, los oficiales i tropa que hemos llegado a este reino, venimos o con la oliva en la mano, proponiendo la paz, o con la espada i el fuego, a no dejar piedra sobre piedra en los pueblos que sordos a mi voz quieran seguir su propia ciega voluntad.

«Abran todos, pues, los ojos, vean la razón, la justicia i la equidad de mis sentimientos, i vean al mismo tiempo, si les conviene, i prefieren a su bienestar el exterminio i desolación que les espera, si no abrazan inmediatamente el primero de los partidos.

«Con el capitán don Antonio Pasquel, portador de ésta, espero la citada contestación.

«Dios guarde a Uds. muchos años.—Cuartel jeneral de Chillán, a 20 de agosto de 1814.

«*Mariano Ossorio.*

«A los que mandan en Chile».

Impuesto Carrera del contenido de este reto

audaz i perentorio, i a la vez de las palabras poco parlamentarias con que explicó el alcance de ellas Pasquel, envió en el acto a éste a la cárcel i contestó a Ossorio en términos que hablan mui alto de su carácter altivo, de su fe inquebrantable en la justicia de la causa de Chile i de su profundo orgullo como hombre i como ciudadano. Copiamos a continuación la respuesta, para que el lector se imponga por completo de los detalles i de los acontecimientos que se acercan con demasiada rapidez:

«Los enemigos del pueblo americano cada día presentan nuevas pruebas en su conducta siempre contradictoria, de que un interés particular i el encono del espíritu privado, son la única regla de sus procedimientos. Chile había sacrificado a los deseos de la paz cuantos hasta la época de las capitulaciones fueron manifestados por el virrei de Lima, que en todas sus partes las han desaprobado, según el oficio de Ud. de 20 del corriente. Un nuevo reconocimiento de Fernando VII, i el de la rejencia, i la remisión de diputados que sancionasen la Constitución, alejaba hasta las apariencias del título de insurjentes que se ha querido hacer valer para saciar en la sangre de los hijos del país el odio implacable de los que sin duda nos han considerado como un grupo de hombres sin derechos, indignos de ser oídos, i despojados de todas las prerrogativas de un pueblo.

«Cuando Ud. trata nuestro sistema de erróneo i

absurdo desearíamos saber ¿cuál es el que Ud. sigue? No puede ser el de la obediencia a Fernando VII, a la rejencia, ni a la constitución española, supuesto que se anulan los pactos comprensivos de este reconocimiento. Ud. tampoco se presta al de los gobiernos populares que durante la cautividad del rei (que rompió el vínculo que recíprocamente unía a los vasallos a un centro común) era el único adoptable a las circunstancias, i se aceptó en España con la instalación de las juntas provinciales. Así es necesario confesar que el solo sistema de Ud. es el de la desolación i la muerte con que nos amaga, negando hasta el tratamiento que inspira la cortesía, i enviando un conductor tan insultante que el gobierno ha empeñado toda su moderación para no escarmentar su insolencia, como la del coronel Hurtado que ha fugado quebrantando las obligaciones que le imponía su condición en rehenes. En lugar de aquél hemos dejado a éste, i el conductor es el trompeta.

«Por otra parte, la comunicación de Ud. no está acompañada de más credencial que su palabra desacreditada otra vez en la falsa intimación al Huasco.

«*La Gaceta* orijinal del Janeiro que le adjuntamos, le avergonzará en la complicada conducta que preside las operaciones de los antiguos mandatarios de América. Fernando VII anula la cons-

titución de las cortes i decretos de la rejencia: deja constituidas las autoridades hasta la resolución de un nuevo congreso, i declara reos de lesa majestad a los que defrauden los efectos de esta resolución. Tales son nuestros invasores: i la nueva agresión de Ud. le hará criminal delante de Dios, del rei i del mundo entero; si en el momento no desiste (desamparando nuestro territorio) de un proyecto vano, i que será confundido a impulsos del gran poder a que se ha elevado la fuerza de Chile, puestos en movimiento los copiosos recursos de que un gobierno débil no supo aprovecharse oportunamente. Su oficio de Ud. ha sido una proclama excitadora del valor i enerjía de nuestras tropas, i de los dignos pueblos que están resueltos a repulsar la invasión con el último sacrificio.

«Haga Ud. el que es debido a la relijión, a la justicia i a la humanidad, evitando la efusión de sangre, i las desgracias consiguientes a su escandalosa e injusta provocación, de que le hacemos responsable: i tenga Ud. por efecto de nuestra jenerosidad esta contestación; cuando no siendo Ud. de mejor condición que el jeneral Gaínza, se atreve sin credenciales a dirijirnos otras proposiciones, al paso que aquél no se ha creído facultado para las que celebró bajo la garantía del comodoro Hylliar que documentalmente acreditó la autoridad para mediar, i la que había conferido al

jeneral Gaínza ese mismo virrei que hoi anula sus tratados. Esto más parece una farsa que una relación entre hombres de bien i de honor.—Dios guarde a Ud. muchos años.—Santiago, 29 de agosto de 1814.

«José Miguel de Carrera.—*Julián Urivi.—Manuel de Muñoz i Urzúa.*

«A don Mariano Ossorio».

O'Higgins que, tanto en sus actos públicos como en los privados, tenía siempre por divisa *la patria*, que sobre el mar ajitado de sus pasiones hacía flotar siempre el propósito de servirla con desinterés, i, que al través de las sombras de sus debilidades i flaquezas colocaba siempre como estrella fija el amor a Chile; apenas tuvo conocimiento del desembarco de Ossorio, sepultó en lo más hondo de su alma los deseos de presentar nuevo combate, echó a tierra sus justos resentimientos i escribió en la misma noche a Carrera una carta en la que le decía que estaba resuelto a entrar en cualquier arreglo i tomar el puesto que se le designase a costa de salvar al país. Esta nota fué llevada a su destino por el coronel Estanislao Portales.

El 31 de agosto contestó Carrera por el mismo conducto en términos vacilantes i vagos.

O'Higgins le hizo entonces nuevas proposiciones, dominando en todas ellas el vehemente anhelo de tranzar las rencillas habidas, de abrir ancha tumba a las disenciones del pasado con sus cóleras, sus enconos, sus pequeñeces i sus miserias.

Casimiro Albano, que medió en las negociaciones habidas entre ambos caudillos, sostiene en la *Memoria* que le encomendó la Sociedad de Agricultura, que O'Higgins le dio para Carrera el siguiente recado:

—«Dígale Ud. a Carrera, en fin, que en nada miro mis empleos cuando se trata de salvar el país de la suerte que le amenaza. Un lugar en sus filas, aunque sea de soldado, es cuanto ambiciona O'Higgins».

Estas palabras son un destello del noble corazón de tan ilustre i benemérito patriota i soldado.

No hai que olvidar que quien suplicaba de este modo, tenía bajo sus órdenes tropas suficientes para imponer por la fuerza su voluntad. En Maipo se habían batido sólo sus vanguardias.

Para acentuar más sus intenciones escribió a Carrera la siguiente carta que pone de manifiesto su hidalguía:

«Cuando dicté el oficio que condujo el coronel don Estanislao Portales, creí preparado el corazón de US. a cualquier sacrificio que se diese en ventaja del reino: en aquellos momentos palpitaban aún los cadáveres de las inocentes víctimas sacri-

ficadas en aquella aciaga tarde, i creí un deber mío aprovechar la ocasión que me pareció favorable: entre tales anuncios me prometía que US. propusiese algún expediente capaz de conciliar la diverjencia ya total de los ánimos. Por el oficio que contestó nada de esto descubro; pero como en él se refiere US. a lo que debe decirme verbalmente el enviado, lo he examinado escrupulosamente sobre este objeto sin alcanzar el logro que me lisonjeaba. En tal combinación congregué la oficialidad del ejército desde las más pequeñas graduaciones, por cuyos votos han sido siempre nivelados mis pasos, i después de oídos sus dictámenes, i de varios debates que tuvieron algunos interesados en vengar la sangre derramada, se adoptó por la totalidad el medio humano i conciliatorio de aproximar las fuerzas del ejército a la capital en igual distancia a la que debe estar el ejército del mando de US.: que en tal disposición de las fuerzas, que no puedan violentar la elección, se elija por el pueblo un gobierno provisorio, presidiendo dicha elección con facultades de calificar los votos el cabildo depuesto, siendo precisa condición que a esta asamblea libre no concurra individuo alguno de los dos ejércitos, i que se restituyan inmediatamente para que sancionen este acto en unión de los demás los ciudadanos que estuvieren expatriados por sus particulares opiniones: que establecido el gobierno en los térmi-

nos propuestos, estoi pronto a entregarle el mando sean quienes fueren los electos. Yo no temo que US. se resista a tan justas proposiciones que combinan la liberalidad de nuestro sistema i el bien del reino con el ahorro de mucha sangre inocente que debería derramarse de otro modo. Espero satisfactoria la contestación de éste con el teniente coronel graduado don Venancio Escanilla, que a este efecto pasa a esa ciudad.—Dios guarde a US. muchos años.—Hacienda del Hospital, 31 de agosto de 1814.

«*Bernardo O'Higgins.*

«Señor brigadier don José Miguel de Carrera».

El jefe revolucionario contestó rechazando las proposiciones de su adversario i exijiendo del patriotismo de él una entrevista para arreglar definitivamente los puntos en desacuerdo.

Aceptada la idea de Carrera, los dos insignes patriotas se reunieron el 2 de setiembre a medio día en un lugarejo de los callejones de Tango. Allí se reconciliaron i se acordó en definitiva que José Miguel Carrera quedaría de Jeneral en Jefe, conservando O'Higgins el mando de su división que se designó como la primera que debía entrar al fuego en defensa de la patria. (1)

(1) Carrera describe en su *Diario* la conferencia con su com-

El 3 de setiembre se presentaron a la capital, se pasearon del brazo por las avenidas principales, se alojaron en una misma casa i firmaron juntos una entusiasta proclama al pueblo i al ejército que terminaba con estas palabras:

«Conciudadanos, compañeros de armas, abrazaos i venid con nosotros a vengar la patria, a afianzar su seguridad, su libertad, su prosperidad con el sublime triunfo de la unión.» (2)

---

petidor, en los siguientes términos:

«A las once del día nos juntamos en los callejones de Tango, que era el paraje destinado. Aunque tratamos hasta oraciones, ni yo sé lo que nos quitó tanto tiempo. O'Higgins puso todo su esmero en que pusiéramos a Pineda de vocal de la Junta por Concepción, separando para esto a Uribe; pero viendo que me oponía con razones sólidas i que no cedería, me dijo por último, que su oficialidad estaba contenta con que se destruyese la Junta i fuese yo director. Le expuse otras muchas razones i nos separamos comprometiéndose él escribir a Uribe para que cooperase a este paso. Cuando llegué a mi cuartel encontré mui alarmada la jente porque recelaban de mi tardanza i mucho más porque me vieron salir sólo con una ordenanza i un ayudante. Entregué a Uribe la carta de O'Higgins que contestó en los términos que acordamos, negándose claramente a entrar en otra composición que no fuese reconocer la Junta i recibir de ella su palabra de echar un velo de todo lo pasado».

(2) He aquí esta famosa pieza histórica:

«¿No habría sido una gloria para los enemigos de la causa americana ver empeñada la discusión civil en que se prometían ser los terceros de la discordia i los árbitros de nuestra suerte? ¡Infames! Ese bárbaro cálculo de nueva agresión i la franca comunicación de nuestros sentimientos han abierto las puertas

Pasadas las manifestaciones de alegría i regocijo, el 5 de setiembre O'Higgins cruza las calles de la capital i al galope de su caballo se dirije a Maipo a unirse con su división para organizarla i ser el primero en salir al encuentro de los famosos Talaveras i probarles que para ser héroe no se necesita ni táctica ni disciplina, basta con tener en el pecho un corazón que reboza amor a la

---

del templo de la unión, sobre cuyas aras hemos jurado solemnemente sacrificarnos por el solo sistema de la patria, i consagrarle el laurel de la victoria, a cuya sombra augusta se escribirá el decreto que ha de fijar su feliz destino. Hemos sellado ya el pacto de una eterna conciliación. El ejército de la capital está identificado con el restaurador del sur: un mismo deseo, un mismo empeño, un mismo propósito anima el corazon de nuestros jenerales i de toda la oficialidad. La seguridad personal de ésta, de sus puestos i mérito, es garantida sobre nuestro honor. Nada exijimos de la probidad que les caracteriza, sinó aquella deferencia más obligatoria que jenerosa al voto de la justicia i de la unidad. Ella es la que precide las deliberaciones del Gobierno: su instalación queda sancionada, i el espíritu sólo se reanima para resistir con dignidad a unos invasores que en la desaprobación de los tratados de paz nos han justificado a la faz del mundo. Ellos no pueden señalar el motivo de la guerra. La hacen sólo para saciar su odio implacable con la sangre americana. Mancharán sus manos sacrílegas en la inocencia de las vítimas; pero ese mismo furor es el que reclama imperiosamente la venganza de nuestras armas, i la cooperación de todo el que no quiera cambiar el noble título de ciudadano por la humillante i feroz cobardía de aquellos espíritus turbulentos que se han entregado a la única pasión del bajo rencor. Si hai entre nosotros almas tan ruines i execreables, avergoncémonos de que hayan nacido sobre el mismo suelo que profanan nues-

patria, i en el alma una voluntad que no se arredra ni ante la muerte ni ante los peligros.

Sin duda que en los arreglos que mediaron después de Maipo, la palma del patriotismo, de la elevación de miras i del desinterés se la lleva O'Higgins. Este jefe contaba «en el momento de la reconciliación sinó más tropas, más aguerridas que las de Carrera» (Vicuña Mackenna).

En verdad en el combate anterior sólo puso en línea el batallón de Infantes de la patria, el escuadrón de Dragones de Freire, dos cañones i algu-

---

tros agresores: cuéntese con estos en la lista proscripta de los enemigos de la patria: jamás tengan lugar en el libro cívico de los verdaderos hijos de Chile; i abandonados a una escomunión civil, perezcan envueltos en la infamia i el remordimiento. La muerte será el término preciso del que recuerde las anteriores disenciones condenadas a un silencio imperturbable. En la memoria de los hombres jenerosos no queda un vacío para especies capaces de entibiar la cordial fraternidad que nos vincula. Con ella volamos a extinguir el fuego de ese resto de tiranos que ha protestado no dejar piedra sobre piedra en el precioso Chile. Compatriotas, se acerca el diezìocho de Setiembre; el aniversario de nuestra rejeneración repite aquellos dulces días de uniformidad que sepultaron la noche del despotismo. Acordaos que nuestro valor supo renovarlos en la invasión de Pareja, enérjicamente repulsada por la conformidad de los defensores del pueblo chileno. Conciudadanos: compañeros de armas, abrazaos i venid con nosotros a vengar la patria, i afianzar su seguridad, su libertad, su prosperidad en el sublime triunfo de la unión. Este será el título de la victoria, i con él ha de celebrarla la aclamación universal.—Santiago, 4 de setiembre de 1814.

José Miguel Carrera.—Bernardo O'Higgins».

nas guerrillas de caballería. En cambio dejó atrás a los granaderos, a los húzares, el parque con el resto de la artillería i otra sección de dragones. En una palabra O'Higgins contaba con elementos para batir con éxito a Carrera i vencerlo. José Miguel Carrera no disponía más que tropa indisciplinada i recién formada. Estos hechos se confirmarán mejor cuando más adelante estudiemos la composición del ejército que se iba a batir en Rancagua.

Conocido ésto, O'Higgins fué todo corazón i todo nobleza al ceder a cuanto se le exijió, es decir, a que se le entregara sólo el mando de una división, sin darle participación alguna, ni a él ni a sus amigos, en el gobierno. Olvidó sus ambiciones, para no pensar más que en la patria.

Carrera, por el contrario, en lugar de estrechar entre sus brazos a O'Higgins para formar entre los dos un gobierno i en lugar de aceptar cualquier otro temperamento que hubiese siquiera en apariencias disfrazado sus ardientes deseos de mando, se mantuvo inflexible, exponiendo así al país a seguir en una guerra civil de incalculables consecuencias.

La lójica de los sucesos i la justicia hacen aparecer como un jigante en aquellas circunstancias a O'Higgins, i a Carrera sólo como un soldado que se dejó llevar demasiado lejos por su ambición personal.

CAPÍTULO VIII

Abascal desaprueba los tratados de Lircai i envía a Ossorio.—Antecedentes del coronel Mariano Ossorio.—Desembarco en Talcahuano.—Organiza el ejército en cuatro divisiones.—Luis Urrejola.—Ildefonso Elorreaga.—José Ballesteros.—Manuel Montoya.—Rafael Maroto.—Manuel Barañao.

¿Por qué venía Ossorio del Perú en són de guerra, siendo que estaban vijentes los tratados de Lircai?

Una vez que el virrei Abascal tuvo conocimiento de los tratados de Lircai i una vez que se impuso del contenido de ellos, los desaprobó con enfado i se propuso organizar una división para someter a sangre i fuego el reino de Chile. En el acto se puso a la obra, escojió 550 hombres del magnífico Rejimiento de Talaveras que hacía poco había llegado de España al mando del coronel Rafael Maroto, 50 artilleros i un buen número de oficiales. Acopió abundante dinero para el pago de las tropas i gran cantidad de pertrechos de

guerra, como ser municiones, fusiles, cañones i sables.

Preparada la división i las provisiones, las embarcó en el navío *Asia* i dio el mando en jefe al coronel de artillería Mariano Ossorio que recibió instrucciones terminantes para romper los tratados de Lircai i someter incondicionalmente a Chile.

Ossorio que gozaba en Lima de reputación mui superior a sus méritos personales, era sevillano. Había nacido en la hermosa Sevilla el año 1770. En Segovia recibió alguna educación i después se dedicó a la carrera de las armas. Se batió i ascendió con rapidez en la guerra de la independencia de España habiéndose encontrado en el sitio de Zaragoza. Más tarde, en 1812, se dirijió al Perú, en donde se ganó la amistad, el cariño i hasta la veneración de Abascal.

En Lima era considerado como valiente i sobre todo como instruido. Su valor lo demostraba con la cicatriz de una herida grave que recibió en la pierna derecha en uno de los combates que hubo en el sitio de Zaragoza. Su competencia la probaba con las lecciones de matemáticas que recibió con provecho en Segovia.

Ossorio era de buen carácter. Su corazón predispuesto a la bondad i a la compasión. En benignidad i sentimientos, era mui superior a la mayor parte de los jefes que en América sostenían

la causa real. Se había conquistado en la camarilla del virrei i entre la buena sociedad limeña cierta encumbrada nombradía por las batallas en que se había encontrado, por la habilidad que poseía para insinuarse por medio de agasajos i ocurrencias festivas, i por la fama que sin motivo a veces rodea al hombre que llega de tierras lejanas con decoraciones i títulos.

Estamos lejos, mui lejos de creer que tuviera talento militar suficiente para cumplir la árdua misión que se le confiara. No pasaba de ser un oficial mediocre, de cierta instrucción teórica i de alguna práctica administrativa en el ejército. Carecía de la audacia, de la viveza intelectual, de la rápida concepción, del ojo esperto i sereno, de la pericia extratéjica i de la avilantez de carácter, que constituyen el fondo del caudillo i del jefe. De mejor corazón que el que aparece en la historia a pesar de las crueldades que por debilidad permitió en la era luctuosa de la reconquista española, injenioso a veces en la conversación familiar, picante en sus expresiones, de naturaleza flexible i fácil de dejarse arrastrar por las impresiones del momento, hombre de corazonadas i por lo mismo temible: Ossorio dejó trás sí huellas que le son poco favorables como soldado i como gobernante.

Reconocido en el puesto de jefe de la división, leídas las instrucciones perentorias que le dio

Abascal i que han visto la luz pública en *El Pensador del Perú*, se encaminó al Callao i se embarcó con destino a Chile. El 13 de agosto ancló en la bahía de Talcahuano i el 18 del mismo llegó a Chillán a incorporarse al ejército de Gaínza. En esta ciudad fué recibido como libertador entre vítores, aplausos, abrazos i flores. Asistió a un gran *Te Deum* que prepararon los relijiosos del Colejio de Propaganda i se alojó con su tropa en el convento de los mismos.

Pasadas las horas de júbilo i contento, inició sus operaciones con sorprendente actividad. Organizó dos escuadrones de caballería i distribuyó su ejército en cuatro divisiones cuya composición, que sacamos en parte de la *Revista de la guerra de la independencia de Chile* redactada por el coronel del ejército realista José de Ballesteros, es como sigue:

VANGUARDIA (1)

	Plazas
Coronel Elorreaga con milicianos........	200
Teniente coronel de milicias Quintanilla con su escuadrón Carabineros de Abascal.	150
Coronel Carvallo, con su batallón de Valdivia..................................	502
Coronel Lantaño, batallón de Chillán....	600
Total...................	1452

(1) En el libro de Ballesteros hai un grave error de suma en

La caballería constaba, pues, de 350, a las órdenes de Elorreaga.

La infantería de 1,102, al mando en jefe de Carvallo.

Además tenía la vanguardia 4 cañones de campaña.

PRIMERA DIVISIÓN

Jefe, coronel de ejército, José Ballesteros, con batallón voluntarios de Castro.....	800
Batallón Concepción, mandado por José Vildósola..........................	600
Total....................	1400

Con 4 cañones de campaña.

SEGUNDA DIVISIÓN

Jefe, coronel de ejército, Manuel Montoya, con el batallón de Chiloé............	500
Batallón auxiliar de Chiloé.............	550
Total....................	1050

Con 4 cañones de campaña.

esta división, debido a los correctores de prueba, porque en el orijinal que está en la Biblioteca en manuscrito, no existe. En el libro se dice que la vanguardia constaba de 2,964, siendo sólo 1,452.

TERCERA DIVISIÓN

Jefe, coronel de ejército, Rafael Maroto, con el batallón Talaveras............	550
Dos compañías del Real de Lima al mando del comandante Velasco..........	200
Escuadrón de Húsares a las órdenes del comandante Manuel Barañao..........	150
Total....................	900

Con 6 cañones de campaña.

Ballesteros en su libro padece un error al sostener que los Talaveras constaban de 600 plazas, siendo que en el Callao se embarcaron sólo 550.

Además había en las cuatro divisiones 120 artilleros al servicio de las piezas.

Reasumiendo tenemos:

Infantería con....................	4,302	plazas
Caballería con....................	500	id.
Artillería con 18 cañones i........	120	id.
Total............	4,922	plazas

Tanto el señor Barros Arana como Ballesteros han padecido una equivocación de suma al sostener que la infantería realista constaba de 4,352 soldados i no de 4,302 como decimos más arriba.

Para convencerse de esto, basta exponer los sumandos i ejecutar la operación, cosa que hacemos a continuación:

Batallón Valdivia	502
Id. Chillán	600
Voluntarios de Castro	800
Id. de Concepción	600
Batallón de Chiloé	500
Auxiliar de id	550
Talaveras	550
Real de Lima	200
Total	4,302

La caballería se descomponía así:

Milicianos de Elorreaga	200
Escuadrón Abascal de Quintanilla	150
Escuadrón de Húsares de Barañao	150
Total	500

El mando superior estaba distribuido en esta forma:

Jefe principal, Mariano Ossorio.

Jefe de estado mayor, Luis Urrejola.

Comandante de la vanguardia, Buenaventura Carvallo (1).

(1) Ossorio en el parte de la batalla de Rancagua dice que el jefe de esta división era Elorreaga. Es un error.

Comandante de la 1.ª división, José Ballesteros.
Id. de la 2.ª id. Manuel Montoya.
Id. de la 3.ª id. Rafael Maroto.

Las caballerías reconocían como jefe a Ildefonso Elorreaga.

Casi todos los jefes divisionarios i varios oficiales subalternos del ejército invasor, eran notables por sus glorias militares adquiridas en las dos primeras campañas, por los talentos desplegados en ellas i por sus eminentes cualidades de hombres de combate i de empresa.

Ya conocemos a Ossorio. En cuanto a Urrejola era un jefe mui honorable por sus bellas prendas personales, por su hidalguía i principalmente por su jenerosidad para con el vencido. Era un gran organizador i mui diestro en el manejo de la administración interior de un ejército.

En la vanguardia descuella en primer lugar el intrépido coronel Ildefonso Elorreaga que, después de admirables campañas i de empresas propias de leyenda, murió como un héroe en Chacabuco; le sigue el rudo i áspero guerrillero Clemente Lantaño más audaz que intelijente; i figura después en alto grado por su enerjía i tenacidad Antonio Quintanilla que fué el último defensor de la causa real en Chile.

En la primera división es digno de mencionarse José Ballesteros a quien debe la historia estudios hechos con imparcialidad acerca de los aconteci-

mientos principales de las campañas que se sucedieron a contar desde 1813 hasta 1826. Es autor de la *Revista de la guerra de la independencia de Chile* que manuscrita compró el gobierno i que más tarde en 1851 se publicó por la imprenta del Estado. El manuscrito está en la Biblioteca en dos tomos, el primero describe a Chile con sus producciones, clima, recursos, población i jeografía; i en el segundo las campañas de la independencia desde 1813 a 1826. Esta segunda parte es la que está publicada.

En la 2.ª división aparece Manuel Montoya, excelente oficial que acompañó a Pareja en su invasión i que siguió batiéndose con Sánchez, Gaínza i Ossorio.

En la 3.ª división brilla en primer término el altivo coronel de Talaveras, Rafael Maroto, jefe orgulloso, valiente, mui ajustado a la ordenanza i a la disciplina, enérjico hasta la exajeración, sereno en el peligro i de un carácter sin doblez, propio de los caballeros antiguos. Al lado de él i a sus órdenes estaba el bravo i leal Manuel Barañao que se cubrió de heridas i de gloria en los asaltos de Rancagua.

La inspiración, el plan intelijente, el nervio i el alma del ejército realista, no estaban en Ossorio, sinó en los excelentes i experimentados oficiales que hemos delineado al correr de la pluma.

CAPÍTULO IX

Ossorio emprende su marcha al norte.—Plan de los realistas.—Se recibe orden de Abascal para reembarcarse i hacer arreglos de paz.—Ossorio reúne una junta de oficiales.—Se acuerda desobedecer al virrei i seguir.

Preparado el ejército, Ossorio dió el 28 de agosto la orden de moverse hacia el norte. La marcha se hizo con suma lentitud por campos humecidos por las lluvias. Sin obstáculo se cruzó el famoso Maule, una de las formidables defensas naturales de Chile, i se siguió por lugares despoblados i sin enemigos. Sólo el 29 de setiembre se acampó en la hacienda de la Requínoa.

Las intenciones del jefe realista eran manifiestas: batir a los patriotas a donde los encontrase. La moral i disciplina del ejército eran inmejorables. Venía a las órdenes de oficiales que inspiraban a la tropa plena confianza i contaba con cuerpos aguerridos como los Talaveras, las compañías del Real de Lima, el Chiloé, el Concepción i el de

Castro. El ardor de los soldados se había aumentado con la falta de resistencia que encontraban a su paso i con la certidumbre que tenían de pelear con tropas bisoñas, divididas por disensiones recientes.

Al llegar a la Requínoa, Ossorio recibió orden terminante de Abascal de volverse lo antes posible al Perú, tratando con los patriotas de cualquier manera. Le exijía de un modo perentorio que se reembarcase con los Talaveras i otras fuerzas disponibles, porque el virreinato estaba seriamente amagado por los arjentinos que habían obtenido varias victorias en el Alto Perú. La reconquista de Chile no le importaba ya; lo que le preocupaba ahora con urjencia era la seguridad de su propio territorio expuesto a ser víctima de los insurjentes. Se trataba de la vida o muerte del Perú.

Ossorio no se atrevió a resolver por sí solo el oscuro problema que venía a arrojar negras sombras a su espíritu pusilánime, a su carácter vacilante i a su conciencia timorata.

Cosa curiosa! Ossorio no veía el secreto de la victoria en la hoja de su espada o en las bayonetas de sus lejiones, sinó en las mandas que hacía a los santos, en las fervorosas oraciones que dedicaba con el candor de un anacoreta a la virjen del Rosario i en la activa participación que daba en las batallas a la divina providencia. Más espe-

raba de las nubes de incienso, que del rojizo humo que los cañones despiden en el fragor de las batallas.

Abrumado con la responsabilidad de la empresa que tenía entre manos, convocó un Consejo de Oficiales i expuso el contenido de las órdenes recibidas de Abascal, a fin de que le diesen su opinión sobre el partido que era conveniente adoptar. Los jefes que lo rodeaban, como lo hemos dicho, eran osados, valientes i pundorosos. En sus pechos no cabía ni el temor, ni la duda. Luchaban por convicción profunda, por el sumiso respeto que tenían a su rei i porque sentían correr por las venas la sangre ardiente del soldado que busca ansioso el peligro i que halaga como ideal querido, morir afirmado sobre una espada de combate.

La clase de respuesta se presume en tales hombres. Acordaron desobedecer al virrei, apurar la marcha, cruzar lo antes posible el Cachapoal i atacar al enemigo sin perder un segundo de tiempo.

El plan estaba trazado, los cornetas dieron el toque de atención i marcha, la hora de la prueba sonaba en el reloj de los acontecimientos.

CAPÍTULO X

Los patriotas preparan la defensa.—Trabajos en la capital.—Medidas de la junta de Gobierno.—Se pone a precio la cabeza de Ossorio.—Se da libertad a los esclavos que se incorporen al ejército.—Estado moral del ejército patriota.—Opiniones diversas sobre esta materia.—Se distribuyen las tropas en tres divisiones.—Opiniones encontradas sobre el número de soldados de cada división.—O'Higgins ocupa la plaza de Rancagua.—Juan José Carrera con la segunda división acampa en la chacra de Valenzuela.—Luis Carrera con la tercera se estaciona en los Graneros de la Compañía.

Mientras en el campo realista se desarrollaban estos sucesos, los patriotas hacían desesperados esfuerzos para organizar la resistencia.

Santiago se transformó en bullicioso i activo taller en el que se trabajaba día i noche; en los hogares más conspicuos las señoras cosían ropa para el ejército; en los cuarteles se disciplinaba e instruía sin descanso a los reclutas; de las ciudades vecinas llegaban auxilios i continjentes que eran tomados bajo la responsabilidad de jefes que los adiestraban en el ejercicio de las armas i en maniobras militares; en la maestranza se preparaban

pertrechos de todo jénero, se componían fusiles viejos, se adaptaban al servicio otros, se fabricaban bayonetas, sables, municiones i demás pertrechos de guerra; en los salones de las familias principales se animaba a los oficiales i se les profetizaba días de gloria i de heroísmo; en el campamento de Maipo, escojido por O'Higgins para su división, las tropas hacían ejercicios i evoluciones mañana i tarde i se alistaban para el combate con entusiasmo indescriptible. Era un movimiento vivaz i continuo.

La Junta de Gobierno ponía en juego toda clase de medios para estimular el patriotismo, para proporcíonarse recursos i para aumentar el número de plazas del ejército. Para llenar en parte el vacío de las arcas públicas, se mandó imponer una contribución de 400,000 pesos a los españoles i chilenos enemigos de la causa o sospechosos de tales, se usó de la plata labrada que había en las iglesias i conventos, i se ordenó el pago inmediato de sus deudas a los que debían al Estado. Esto no es todo: se dieron bandos i decretos tremendos contra los que de algún modo atentaban contra la patria o favorecían al invasor.

Así, por bando de 20 de setiembre, se declaró al jefe invasor i a los que lo acompañaban traidores a la patria i al rei, i se ofreció seis mil pesos por la cabeza de Ossorio i mil pesos por la de cada uno de sus oficiales principales. Al mismo tiempo

se les negó el fuego i el agua en razón de que emprendían una agresión sacrílega.

Igual firmeza desplegaron los miembros de la Junta contra los que se pasaban a los realistas. Al capitán Vega que ejecutó esta acción, lo pusieron fuera de lei i en el decreto que tal cosa estipulaba se leen las siguientes implacables órdenes:

«Todo ciudadano está autorizado para matarlo como enemigo público. La patria le niega el agua i el fuego. El que le preste auxilio padecerá el mismo suplicio.»

Por otro bando se mandó que el que tuviese arma de chispa, debía entregarla en el acto a la autoridad designada al efecto, so pena de mil pesos de multa a los que tenían como pagar o de cien azotes a los que no podían hacerlo.

Para aumentar las tropas se ofreció completa libertad al esclavo que se afiliase en el batallón de injenuos que se mandó organizar, se pidieron voluntarios a las poblaciones cercanas, se enviaron emisarios a las ciudades para hacer traer a los milicianos en estado de marchar al combate, i se escribió a San Martín, gobernador de Mendoza, pidiéndole de nuevo que enviase en socorro de Chile i con la mayor presteza posible al batallón Auxiliares de Buenos Aires que a las órdenes de Las-Heras había venido antes, i que se tuvo que volver por los tratados de Lircai.

Sin embargo, a pesar de tan laudables empeños, de tanto gasto de buena voluntad i de enerjía, de tantas manifestaciones de unión i concordia; el hecho es que ardía en el fondo de los espíritus la llama de los resentimientos, de los recelos, de las desconfianzas mutuas i hasta del odio entre dos partidos rivales cuyas divisiones serían en gran parte la ruina de la patria. No podían ser hoi amigos sinceros los que ayer se habían batido con encarnizamiento; no podían confiar uno en otro, siendo que todavía estaban calientes los cadáveres de Maipo i frescas las heridas de los que, escapando con vida, no salieron ilesos de aquella lucha fratricida.

Las revoluciones no pasan por el corazón del hombre sin dejar huellas como ave lijera al cortar la superficie del agua; por el contrario lo atraviesan desgarrándolo a su paso.

Si de sondear la conciencia de los patriotas nos ponemos a analizar su disciplina, su armamento, sus pertrechos i su organización militar, nos encontraremos con cosas que entristecen i que son un augurio de lo que va a realizarse, signos precursores de un desastre seguro, fatal e inevitable.

Siendo nuestro único propósito al escribir este libro, hacer un verdadero proceso de los hombres i de los hechos de aquella época histórica, tomando en cuenta las opiniones de los protagonistas de

aquel trance sangriento i de los que después han escrito como polemistas o narradores imparciales, no se extrañe que al discutir cualquier punto oscuro o grave copiemos los juicios emitidos i los comparemos i confrontemos hasta llegar a conclusiones que estimamos justas, desapasionadas i sin ninguna predisposición contra jefes i patriotas que admiramos con todo el poder de nuestra gratitud.

«Chile, dice el señor Barros Arana en su *Historia jeneral de la Independencia*, estaba esquilmado con la guerra, los soldados desertaban de las filas de su ejército, i su armamento era tan reducido i malo que según una nota de O'Higgins, el 8 de setiembre (1814), la infantería de su mando, que alcanzaba a 897 hombres, tenía sólo 697 fusiles i muchos de éstos inservibles».

«Había batallones, dice don Miguel Luis Amunátegui en su notable obra *La Dictadura de O'Higgins*, que se componían de criados, recién sacados del servicio doméstico, que nunca habían hecho fuego ni aun con pólvora. Casi todos ellos sólo tenían de militares las gorras, i no habían aprendido otra disciplina que marchar mal i por mal cabo. El armamento era digno de lo demás; muchos no llevaban ni aun fornituras».

«Para resistirlo (al ejército realista), dice Benavente en su memoria sobre las *Primeras Campañas de la Revolución de la Independencia*, sólo

contaban los patriotas con los desmoralizados restos de las tropas que habían combatido en Maipo, con algunos reclutas de 15 días i con un armamento tan malo que quedaba inútil en dos horas de fuego».

No se olvide que Benavente es juez ocular en la materia, porque era uno de los oficiales predilectos, en compañía de su hermano José María, de José Miguel Carrera i uno de los que tenían mando superior en dicho ejército.

Gay, en su *Historia Física i Política de Chile*, Carrera en su *Diario*, O'Higgins en diversos oficios a la Junta i en las *Memorias* que se le atribuyen, don Benjamín Vicuña Mackenna en varias partes del *Ostracismo de O'Higgins* i en las notas puestas a la memoria de Benavente, i cuantos han escrito sobre el estado del ejército patriota están acordes en las ideas emitidas por los tres historiadores cuyas opiniones hemos insertado más arriba.

Conviene que se tenga mui presnte, para dar clara solución a graves problemas estratéjicos que dilucidaremos mui luego, un hecho indiscutible i pasado ya en autoridad de cosa juzgada, i esa verdad histórica es, que el ejército patriota estaba desmoralizado, sin disciplina, sin armamento completo i en su mayor parte formado con reclutas de 30 días que no sabían lo que era una batalla.

Por lo demás, las tropas se distribuyeron en tres divisiones que se descomponían de la siguiente manera:

PRIMERA DIVISIÓN

(Vanguardia)

	Plazas
Artilleros	84
Batallón núm. 2	177
Id. núm. 3	470
Dragones	280
Milicias de caballería	144
Total	1,155

Comandante en jefe—Bernardo O'Higgins.

SEGUNDA DIVISIÓN

(Centro)

Artilleros	84
Granaderos o núm. 1	664
Caballería de milicias	1,253
Total	2,001

Comandante en jefe—Juan José Carrera.

TERCERA DIVISIÓN

(Retaguardia)

Artilleros	84
Infantes	195
Húsares nacionales.............	687
Total................	966

Comandante en jefe—Luis Carrera.

El jeneral que mandaba las tres divisiones era José Miguel Carrera.

Antes de proseguir, confesamos que en la enumeración anterior hemos seguido los datos que da en su *Diario Militar* José Miguel Carrera.

Sin embargo, hai acerca de estas cifras encontradas ideas i juicios. A fuer de imparciales creemos necesario reproducir aquí las opiniones más caracterizadas imitando así el proceder de los señores Amunátegui en *La Reconquista Española,* aunque hayamos tomado por base del conjunto i composición del ejército patriota a Carrera en lugar de Benavente, a quien siguen tan minuciosos historiadores.

PRIMERA DIVISIÓN

Autores.	
Diego Barros Arana..................	1,100
Miguel Luis i Gregorio V. Amunátegui...	1,155

Diego José Benavente........................	1,155
José Miguel Carrera........................	1,155
Bernardo O'Higgins en la memoria que se le atribuye........................	500
El padre Guzmán........................	900
José Ballesteros........................	900
Estados pasados por O'Higgins el 24 de setiembre........................	961
Apuntes de Juan Thomas, publicados por el señor Vicuña Mackenna...........	550
Benjamín Vicuña Mackenna, en una nota puesta en *El Ostracismo de O'Higgins*..	550

SEGUNDA DIVISIÓN

Barros Arana........................	1,800
Señores Amunátegui........................	1,861
Benavente........................	1,861
José Miguel Carrera........................	2,001

O'Higgins señala 400 infantes i cien artilleros. No especifica ni el número total ni el de las caballerías.

El padre Guzmán se limita a señalar el cuerpo de granaderos, sin otro detalle.

José Ballesteros sólo coloca 700 granaderos.

Los *estados* están incompletos, porque se circunscribe Juan José Carrera a decir que cuenta con 48 artilleros i 625 granaderos, sin decir cuantos soldados de caballería posee.

TERCERA DIVISIÓN

Barros Arana........................	1,000
Señores Amunátegui..................	915
Benavente...........................	915
José Miguel Carrera.................	966
O'Higgins...........................	1,500
El padre Guzmán.....................	2,000
José Ballesteros....................	2,000

Arreglado i distribuído el ejército, las divisiones se pusieron poco a poco en movimiento.

El 20 de setiembre ocupó O'Higgins la plaza de Rancagua i procedió a levantar trincheras de adobes.

El 27 del mismo acampó Juan José Carrera con la del centro en la chacra de Valenzuela, a un paso de Rancagua.

I el 30 José Miguel i Luis con la tercera se acuartelaron en los Graneros de la hacienda de la Compañía.

CAPÍTULO XI

Opiniones diversas que hai sobre los planes de batalla.—Plan de O'Higgins.—Plan de Carrera.—Documentos que comprueban la existencia de dichos planes.—Notas de O'Higgins.—Lo que Carrera dice en su *Diario*.

Por la disparidad de opiniones que tienen los que han narrado el sitio de Rancagua en cuanto al número de soldados i a la cuota que de estos correspondió a cada división, se podrá colejir las diverjencias que habrá acerca del plan, detalles i episodios de aquella memorable i grandiosa acción de armas. Pocos son los que han escrito a este respecto libres de las influencias poderosas de los dos partidos que, desde la destitución de los Carrera del mando que ejercían en el ejército antes de los pactos de Lircai, se diseñaron con rojos colores en la vida política del país: hablamos del *carrerino* i del *ohigginista*.

Por esta razón, i para no aparecer ni siquiera como sospechosos i sí como neutrales en la solu-

ción de los enmarañados problemas con que a cada paso nos vamos a encontrar, procuraremos exponer con lealtad los diversos juicios, i no daremos nuestra opinión sin que previamente los hayamos confrontado con perfecta calma i serenidad.

Los caudillos del ejército patriota, José Miguel Carrera i Bernardo O'Higgins, concibieron dos planes de campaña, acordes en un punto i opuestos en la base fundamental de ellos.

El de O'Higgins tenía dos faces diversas:

1.ª Defender el paso del Cachapoal i

2.ª En seguida, encerrarse en Rancagua i luchar allí hasta vencer o morir.

El de Carrera se componía a su vez de dos partes principales:

1.ª Defender el paso del Cachapoal, en lo que estaba de acuerdo con su rival, i

2.ª Presentar en seguida la batalla definitiva en la Angostura de Paine.

Comprobaremos estas afirmaciones.

O'Higgins en nota de 14 de setiembre, desde Maipo, escribió al jeneral en jefe el siguiente oficio:

Número 327.

«Exmo. Señor: Las reflexiones que hace el teniente coronel don Bernardo Cuevas en carta que a V. E. adjunto, sobre el interés que debe tomar el enemigo en posesionarse de la villa de Ranca-

gua, son mui conformes a razón i a lo mismo que otra vez tenía insinuado a V. E. en este particular. El punto de Rancagua es de suma importancia para aquél, i *para nosotros no hai otro igual en todo el reino.* Se puede hacer en él una vigorosa defensa sin esponer mucha tropa, ni aventurar la acción aun cuando nuestra fuerza sea la quinta parte menor. Estamos todavía en tiempo de poderlo salvar; pero para ello se han de activar tanto las cosas que antes de dos días pueda marchar el ejército hacia aquel destino.

«Dios guarde a V. E. muchos años.

Maipo, setiembre 14 de 1814.

Bernardo O'Higgins.»

Acentuando más sus ideas, el jefe de la vanguardia escribió en el mismo día otra carta en términos más claros, i discutiendo siempre el plan de dar batalla en Paine. Héla aquí:

«Señor don José Miguel Carrera.

Setiembre 14.

(ocho de la mañana.)

«Mi amigo:

«Nos toma el enemigo el único lugar de defensa, el punto de Rancagua: desde el momento que

suceda, casi preveo la infeliz suerte de Chile. Las Angosturas de Paine no son suficientes para contenerlo. *Hai otro camino por Aculeo,* que aunque difícil para artillería gruesa, no lo es para la de montaña, i *dirijiéndose por él pueden dejar burlada la división de las Angosturas.* Ya es tiempo de reunir el grande ejército. USTED DEBE OCUPAR EL LUGAR DE JENERALÍSIMO: ES PRECISO SALVAR A CHILE A COSTA DE NUESTRA PROPIA SANGRE: YO A SU LADO SERVIRÉ YA DE EDECÁN, YA DIRIJIENDO CUALQUIERA DIVISIÓN, PEQUEÑA PARTIDA O MANEJANDO EL FUSIL: es necesario para la conservación del Estado no perdonar clase alguna de sacrificios. El influjo de Ud. en el ejército, alguno pequeño mío reunido, será alguna ayuda. *Si aguardamos al enemigo en el llano de Maipú, soi de dictamen es ventajoso a los piratas,* así por el mejor manejo de armas en las nuevas tropas invasoras, como porque las nuestras se corromperán en Santiago i se desertarán a sus casas. Rancagua es el punto que debe decidir nuestra suerte. No quiero demorar el correo.

«Adios, mi amigo, soi el de siempre.

Bernardo O'Higgins.»

En esta carta está de manifiesto el plan, las nobles intenciones, gran patriotismo i levantado corazón de este jefe que después de la defensa del Roble fué declarado por su rival el primer soldado de Chile.

Iguales ideas expresaba en otras notas fechadas el 18, 21 i 22 de setiembre. Para que se siga conociendo el temple de alma de este oficial cuyo valor personal es lejendario en nuestro país, léase lo que decía en la del 18:

«Con mil hombres de infantería, trescientos de caballería de fusil; igual número de lanceros, la culebrina de a ocho i el obús, yo soi responsable a que el enemigo no penetrará (en Rancagua) jamás.»

En otro oficio del 22, desde Rancagua, dice:

«Si llega el caso de que toda la fuerza del enemigo, avance sobre esta villa, *i yo presuma con fundamento que no pueda resguardarla con la que está a mi mando*, haré la retirada hasta la Angostura en los mismos términos que V. E. me ordena en carta de hoi, *aunque el verificarlo con orden es lo más difícil para nuestras tropas por su impericia militar*. Estoi cierto de la actividad infatigable de V. E. i que sólo su celo podrá salvar a la patria en las críticas circunstancias. *Es ciertamente este punto el mejor que presenta el reino para hacer una defensa con ventajas*, i sería mui sensible perderlas; pero si las circunstancias así lo exijen i la prudencia lo dicta, me veré en la precisión de retirarme hasta encontrar el refuerzo.»

Esta nota es contestación a una que le envió Carrera i que en lo principal decía:

«Si son iguales los enemigos, i tenemos la for-

tuna de impedir su progreso a Rancagua (por medio de la defensa del Cachapoal?) antes de unirnos, *este será el mejor punto para sostenernos.* Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, aunque sea doloroso perder una posición tan favorable, por no perderlo todo.»

El plan de Carrera, que ya se manifiesta mui a las claras en la carta anterior, tenía, como hemos dicho, un punto de contacto con el de O'Higgins, —la defensa del paso del Cachapoal;—i la discrepancia consistía en el lugar en donde debía hacerse la resistencia definitiva. Mientras el jefe de la vanguardia optaba por Rancagua, el jeneralísimo prefería la Angostura de Paine.

Demostremos estos asertos.

José Miguel Carrera en su *Diario*, dando cuenta que el día 24 de setiembre había salido de Santiago la segunda división al mando de su hermano Juan José, agrega:

«Recibió las mismas órdenes que O'Higgins para REPLEGARSE A LA ANGOSTURA en caso de no poder IMPEDIR EL PASO DEL CACHAPOAL.»

En estas tres líneas está encerrado todo su plan de campaña.

A fin de ser más explícito, adelantaremos un episodio del drama que se acerca, a fin de que se conozcan con exactitud las ideas del jeneral en jefe. Hablando en su *Diario* del efecto que pro-

dujo en él la noticia de que Ossorio había cruzado sin obstáculos el Cachapoal, dice:

«Encargué a mi ayudante el coronel Sota que fuese a Rancagua con la posible brevedad i dijese a los jefes de las divisiones: —*que por el camino de la Compañía se retirasen a la Angostura*, aun cuando les fuese préciso clavar toda la artillería i perderla con las municiones; que serían sostenidos por la 3.ª división que distaba sólo una legua.»

Aunque la confesión de parte es prueba plena; sin embargo, para que no se crea que podemos dar una falsa interpretación a las palabras de Carrera, expondremos la opinión de algunos distinguidos historiadores.

«Era el plan de Carrera, dice Benavente que era uno de los íntimos amigos de José Miguel i que pertenecía a la 3.ª división, *defender el paso del caudaloso Cachapoal*, i en caso de ser forzado por el enemigo, *replegarse sobre la Angostura de Paine.*»

«Su plan (el de Carrera) para conseguirlo era sencillo, dicen los señores Amunátegui en la *Reconquista Española. Disputarían a los realistas el paso del Cachapoal;* i en caso de ser rechazados, *se replegarían a la Angostura de Paine*, que a causa de la naturaleza del terreno, si Ossorio cometía la imprudencia de atacarla, sería las Termópilas de Chile.»

«El jeneral Carrera, por su parte, dice el señor

Barros Arana, pensaba de mui distinto modo. Menos resuelto i decidido que O'Higgins, él creía que su deber le mandaba demorar una acción decisiva, para disciplinar sus tropas i burlar al enemigo. Su plan de campaña se reducía a *disputar a los realistas el paso del Cachapoal;* i en caso que éstos lo forzasen, los insurjentes debían *replegarse al sitio denominado la Angostura de Paine,* estrecha garganta de terreno plano, cortada por dos cordones de cerros bajos.» (1)

Constatados de un modo evidente los planes de ambos jefes, pasamos a estudiarlos a la luz de la lójica, de la conveniencia militar i de los claros preceptos de la estratejia.

---

(1) El señor Vicuña Mackenna, tanto en su obra *Ostracismo del jeneral O'Higgins,* publicada en 1861, como en la *Vida del capitán jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins,* dice: «Carrera había designado como el punto en que debía darse la batalla el desfiladero de Paine; *pero O'Higgins insistía que debía defenderse la dilatada línea del Cachapoal.*» Sigue todavía disertando en el sentido de que era de O'Higgins, *solamente,* el plan de defender el paso del Cachapoal. Las opiniones i documentos que hemos reproducido, demuestran que Carrera, *con más enerjía que O'Higgins,* sostenía la conveniencia de impedir el paso del Cachapoal i prueban a la vez el error involuntario en que ha caído el ameno historiador i fecundo publicista.

CAPÍTULO XII

Análisis del plan de defender el paso del Cachapoal.—Este río es vadeable i de difícil defensa.—Defensa en la Angostura de Paine.—Descripción del terreno.—Hai dos caminos más que unen a Rancagua con Santiago.—La defensa en la Angostura es inaceptable.—Defensa en el río Maipo.—Batalla campal en el llano del mismo nombre.—Ambos proyectos son contrarios a la estratejia.—Paralelo de ambos ejércitos belijerantes.—Opiniones de algunos escritores sobre estos puntos.—Defensa en Rancagua.—Estudio de esta localidad.—Es preferible este lugar al de Angostura.—Paralelo de ambos puntos.

1.°—DEFENSA DEL CACHAPOAL

Como lo hemos dicho, esta idea fué aceptada principalmente por Carrera i casi incidentalmente por O'Higgins.

El Cachapoal es un río larguísimo, que de ordinario lleva poco caudal de agua i que es vadeable aun en el rigor del invierno. Es preciso que haya creces mui abundantes, que las lluvias hayan caído con suma frecuencia i que el deshielo de las nieves de la cordillera haya sido mui violento, cosas todas excepcionales cuando se habla de este

río, para que el paso sea difícil, peligroso i en consecuencia fácil de interceptar. El cauce es poco profundo; la anchura cerca de Rancagua no es excesiva, ni aun en la estación más cruda del año. Su corriente, aunque estrepitosa a veces, de ordinario no es rápida. Su lecho se abre sobre valles anchurosos i sólo en su nacimiento se desliza encajonado entre montañas escarpadas. Nosotros hemos atravesado a caballo este río indistintamente en los meses de agosto, setiembre, octubre i diciembre, sin que jamás hayamos trepidado ni encontrado tropiezo digno de mención.

En los días que iba a verificarse el paso del Cachapoal por Ossorio i la defensa de los patriotas, el río, para mayor desgracia, arrastraba poco caudal de agua i su cauce tenía naturalmente poca profundidad. En balde Carrera mandó cerrar las bocas-tomas de los canales de regadío que tenían su punto de arranque en el río; porque el crecimiento de las aguas fué casi imperceptible.

En aquel entonces, se podía cruzar el Cachapoal por tres vados distintos: el de la *Ciudad* que casi enfrenta al pueblo de Rancagua, el de *Robles* que está ubicado como a tres millas más al sur del anterior i el de *Cortés* o las *Quiscas* que se inclina al oeste a gran distancia de los otros. Pero no hai que olvidar que el río, no sólo poseía tres vados violentamente separados por la naturaleza, sinó que a causa de que el derretimiento

de las nieves no comenzaba aún en esa época, era vadeable sin peligro por cualquier punto de su dilatado cauce.

Conocidos estos hechos i sabido que los patriotas contaban apenas con 4,122 hombres, en su mayor parte reclutas, para contrarrestar a 5,000 soldados casi todos veteranos i bien acondicionados, se puede llegar a la conclusión que la defensa del Cachapoal era un error estratéjico de alta trascendencia.

Hai que tener mui presente, que es un principio de táctica que no admite discusión i de aquellos que se miran como axiomas, el que no deben defenderse ríos vadeables por cualquier punto i de dilatada extensión como el Cachapoal cuyos pasos principales están desparramados en un rádio de cerca de tres leguas de largo. Tampoco aconseja la previsión militar que se pretenda impedir a viva fuerza el paso a un ejército veterano, lleno de elementos de movilización, dotado de excelente artillería i ájil caballería, con otro formado de milicias, sin recursos, sin Estado Mayor organizado i sin la disciplina que puede indistintamente convertir a un cuerpo de tropas o en ave que vuela o en trinchera que resiste.

Estas consideraciones sencillas i claras nos inducen a estimar desacertado el plan de defender el paso del Cachapoal.

2.°—DEFENSA EN LA ANGOSTURA DE PAINE

Esta fué propuesta por Carrera i sostenida con tesón i porfía inauditos.

La Angostura de Paine, que con más poesía que verdad llaman las Termópilas de Chile los señores Amunátegui, es una estrecha planicie de 45 a 50 metros de ancho encerrada entre dos ramales de cerros bajos que arrancan su nacimiento, el uno de la cordillera central i el otro de la cordillera de la costa. Es una garganta de tierra que comunica los fecundos i dilatados llanos de Santiago i Rancagua. Uno de los brazos de montaña que casi la circundan i que forma uno de sus flancos trae su oríjen del cordón sur del gran macizo central del Maipo.

En donde pensaba fortificarse Carrera i situar su ejército, era en las laderas que caen sobre el plano de la Angostura.

El fin estratéjico que se perseguía con ahinco, era defender la entrada de la capital, haciendo cruzar los fuegos de cañones colocados sobre trincheras naturales o artificiales i de fusiles apuntados a mampuesto, sobre el enemigo que tuviese la suficiente petulancia i osadía de atravesar por el estrecho desfiladero.

Este plan de operaciones sería magnífico si no pudiese ser burlado por el enemigo de un modo fácil i hacedero. Carrera olvidaba colocar en la

ecuación de su proyecto, dos factores de absoluta importancia: olvidaba que cerca de la Angostura de Paine había dos caminos que seguían en su curso las líneas mas hondas de dos bajíos de los cerros vecinos. Esos pasos eran el de Aculeo i el de Chada. El ejército realista tenía, pues, medios cómodos o para caer sobre Santiago sin disparar ni recibir un solo tiro o bien para atacar a discreción a los patriotas atrincherados en Paine, ya por sus flancos, ya por retaguardia, ya por ámbos puntos a la vez, pudiendo en este último caso amagar la vanguardia con guerrilleros ájiles i espertos.

¿Podía escaparse esto a los realistas que en su mayor parte eran chilenos de nacimiento i que habían vivido muchos años en el país?

Imposible. El señor Barros Arana, condensando una conversación que tuvo con Manuel Barañao, jefe del escuadrón de Húsares del ejército de Ossorio i que se cubrió de gloria en Rancagua, dice en su *Historia Jeneral de la Independencia* lo que sigue:

«El sitio de la Angostura, en efecto, presentaba grandes ventajas para la resistencia; pero don José Miguel olvidaba que podía verse colocado entre dos fuegos, sin poder evitar su derrota, si el enemigo tenía la precaución de flanquear sus posiciones, haciendo desfilar sus infantes por las serranías inmediatas; i era preciso que los jefes

realistas fuesen mui torpes para que no aprovechasen esta circunstancia.» En una nota puesta a este acápite, el señor Barros dice lo siguiente: «conversación con el señor don Manuel Barañao.»

Así lo pensaba O'Higgins, al enviar a Carrera la nota fechada el 14 de setiembre que hemos copiado antes i que en lo que hace referencia a este punto decía:

«Las Angusturas de Paine no son suficientes para contenerlo (al enemigo). HAI OTRO CAMINO POR ACULEO, que aunque difícil para artillería gruesa no lo es para la de montaña, i dirijiéndose por él PUEDEN DEJAR BURLADA LA DIVISIÓN DE LAS ANGOSTURAS.»

¿Qué exclamaciones no habría empleado O'Higgins, si hubiese recordado que además del camino de Aculeo, existía el de Chada?

Es incuestionable, pues, que el lugar elejido por Carrera choca con los más claros principios de la estratejia, i con el propósito que perseguía de impedir a los realistas que tomasen la capital sin que previamente librasen un combate con los patriotas, estando éstos en posición mas ventajosa que la de los asaltantes.

El señor Vicuña Mackenna expresa iguales ideas en una de las notas puestas a la Memoria del señor Benavente i que dice:

«Mayores ventajas ofrecía indudablemente la Angostura de Paine; pero esta posición, *que era*

fuerte ficticiamente, tenía dos caminos por sus flancos QUE PERMITÍAN AL ENEMIGO BURLARLO COMPLETAMENTE; a saber, el de Aculeo de que habla O'Higgins i el de Chada por el lado opuesto.»

Estos antecedentes nos conducen lójicamente a considerar esta parte fundamental del plan de Carrera como contrario al arte militar i al objetivo que se perseguía al adoptarlo con preferencia. Allí habría sido despedazado nuestro ejército de un modo lastimoso i sobre todo cuando se sabe que carecía de buena infantería, de poderosa artillería i de sólida disciplina, base de una defensa o de un ataque.

Los patriotas se habrían colocado en una situacion lamentable, por cuanto dejaban expeditos al enemigo dos caminos: el primero, de poderse tomar a Santiago sin disparar un tiro cruzando por los caminos laterales que se abren en los flancos de la Angostura de Paine; i el segundo, de dar plenas facilidades al enemigo para envolver entre dos fuegos a los patriotas de los cuales no se habría escapado uno solo ni siquiera para contar lo sucedido.

3.°—DEFENSA EN EL RÍO MAIPO I BATALLA CAMPAL EN EL LLANO DEL MISMO NOMBRE

Plan subsidiario sostenido por Carrera, según lo aseguran los señores Benavente i Amunátegui,

i además el mismo José Miguel en documentos irrefragables.

El señor Benavente dice que el plan de operaciones de Carrera se descomponía en cuatro fases: 1.° defensa del paso del Cachapoal; 2.° forzado este paso por los realistas, dar combate en las Angosturas de Paine; 3.° vencido aquí, sostener la línea del río Maipo; i 4.° «*en último caso el llano del mismo nombre, i sobre el que podíamos presentarnos más fuertes en caballería.*»

Los señores Amunátegui, explicando con el anterior escritor los detalles del proyecto de Carrera, agregan:

«Si eran obligados a abandonar estas posiciones (las de Angostura), *podía aún hacerse en el río Maipo* un último esfuerzo para contenerlo (al enemigo), *i dar la batalla en el llano del mismo nombre,* que presenta campo i anchura para las maniobras de la caballería en que abundaba el ejército. Quien conozca la destreza en el caballo de nuestros campesinos, concebiría que con 363 dragones i 1,900 milicianos armados de lanza había para una carga que los realistas se habrían visto apurados para contrarrestar.»

Antes de pasar adelante, permítasenos decir que la serie de defensas i luchas sucesivas, en el Cachapoal primero, en seguida en Paine, después en el río Maipo i en fin en el llano del mismo nombre en el que se daría una batalla campal,—i

todos estos combates, avances, repliegues, concentraciones i cambios, verificados con reclutas de treinta días en buena parte i además desmoralizados i divididos:—no pasa de ser un sueño de artista, una de las mil ilusiones que brotan de la fantasía de un jefe que se entrega en brazos de la imajinación. Ni con tropas como las prusianas i al mando de Moltke, se podrían con éxito ejecutar a tiro de pistola del enemigo evoluciones tan trascendentales i movimientos tan complicados.

¡Defender un río, batirse en una garganta, defender otro río i después presentar una batalla campal, i esto con 4,122 soldados contra 5,000!...

Descartemos también de la discusión la defensa del paso del Maipo, por adolecer con creces de los defectos de estratejia del Cachapoal antes especificados, para concretarnos a la batalla campal en el llano del mismo nombre. Para mayor abundancia, supongamos que no existen los anteriores proyectos i supongamos que no está en tabla más que éste, pura i llanamente.

¿Habría sido acertado i plausible?

No vacilamos al sostener que este proyecto, siendo menos expuesto a percances i adoleciendo de menos errores militares, si es cierto que habría cubierto la bandera de Chile con aureola de luz i de gloria, no por ello habría dejado de entrañar noventa probabilidades por la total destrucción del ejército patriota.

Basta, para llegar a esta conclusión, comparar los elementos que habrían decidido el combate, los que se descomponen como sigue:

Posiciones: iguales para ambos combatientes a causa de que el terreno era plano:

Armamento: mui superior en número i calidad el de los realistas.

Número de soldados: mil más los invasores.

Moralidad: excelente la del enemigo, pésima la nuestra.

Disciplina: irreprochable la del ejército de Ossorio, pésima en jeneral la de los insurjentes.

Infantería: realista 4,352; patriota 1,506.

Artillería: realista 18 cañones; patriota 15.

Caballería: realista 500; patriota 2,364.

Del cuadro anterior se desprende que para una batalla campal los patriotas no contaban más que con caballería; pero, en esta materia era más el número que la calidad. Contaba apénas con 280 dragones aguerridos i veteranos, los restantes, es decir, 2,084 eran milicianos de Aconcagua, de Santiago i de pueblos vecinos, con malos sables, sin cuadros completos de oficiales, sin pericia alguna, sin más arma que el lazo i la lanza, sin rudimentos de táctica, sin organización, i reclutas hasta decir basta. Era una gran masa de huasos traídos de los campos i de las haciendas, muchos de los cuales conocían por vez primera la capital. Menos podrían conocer el manejo de las armas,

las evoluciones de caballerías reunidas en cuerpo, los peligros de un combate, los secretos de una carga a tiempo, la oportunidad precisa para concurrir a protejer la línea en los puntos que cede, flaquea o se rompe, los misterios i problemas, en fin, que tiene una gran batalla en sus múltiples cambios i repentinos vaivenes.

Además ¿qué habría podido ejecutar la caballería contra cañones bien colocados i contra cuadros de infantería erizados de bayonetas?

I sépase que estas consideraciones han sido hechas en la hipótesis que los realistas se hubiesen lanzado a campo abierto, al medio de un vasto llano; pero, a nadie se le oculta que, conociendo el fuerte de los patriotas, habrian tenido cuidado de escojer las faldas de algún cerro o un terreno escarpado para colocar el centro de las operaciones. En tal emerjencia los enormes escuadrones de los insurjentes, se habrían visto perplejos i habrían sido el blanco escojido de los diez i ocho cañones de Ossorio. (1)

(1) Para reforzar más nuestra argumentación i a fin de refutar la opinión sustentada especialmente por los señores Amunátegui que hacen algún hincapié en la conveniencia de una batalla campal, reproducimos lo que los mismos historiadores sostienen en la misma obra:

«Estamos tan persuadidos de que todos los nuestros cumplieron perfectamente con su deber, que avanzamos más todavía; si la desunión no hubiese existido entre los dos caudillos *la acción*

Para que se mida mejor la situación adelantaremos un episodio del combate que se acerca. Cuando el comandante Portus con sus 1,253 milicianos de caballería, al comenzar la batalla de Rancagua, se acercó al pueblo con la intención de unirse a la 1.ª i 2.ª división que comenzaban a encerrarse en la ciudad, bastaron unos cuantos cañonazos i unos pocos disparos de la infantería realista para hacerlo huir en confuso desorden en medio de un pánico indescriptible, llegando los soldados despavoridos i dispersos, unos al campamento de la 2.ª división i otros a los campos de alrededor.

Aquí llega el caso de preguntar a los señores Amunátegui, si creen que las enormes caballerías patriotas habrian podido batirse en la An-

---

se habría siempre perdido. Es preciso no dejarse engañar por los nombres. El ejército realista, con excepción de algunos jefes, de los Talaveras, del Real de Lima i de una parte de la artillería, se componía de chilenos, como el ejército patriota. Ahora bien, cuando combaten chilenos contra chilenos ¿qué es lo que podrá decidir la victoria? El número i la disciplina. *Los realistas eran más numerosos i más aguerridos; a no ser que hubiera sobrevenido una de esas raras casualidades que todo lo trastornan,* SUYO DEBÍA SER EL TRIUNFO. Es verdad que los insurjentes los resistieron por dos días sin interrupción, que hicieron flaquear sus filas, que llegaron a rechazarlos. ¿pero qué puede concluirse de eso? También es verdad que como los otros eran superiores, volvieron a la carga, los repelieron a su turno i les obligaron al fin a ceder.»

gostura de Paine! Si dan tanta importancia a una carga de los dos mil i tantos caballos que a sus órdenes tenía Carrera ¿cómo pueden sostener la defensa en Paine? ¿Qué habrian hecho las caballerías en una garganta cruzada por un estero i que apenas tiene cincuenta metros de anchura?

Iguales consideraciones pueden hacerse respecto de Rancagua; pero los hechos i la práctica probaron que en aquella defensa los trescientos caballos con que pudo contar O'Higgins hicieron prodijios i permitieron ejecutar una de las retiradas mas heroicas que recuerda la historia americana.

Pero si en el horizonte no había una esperanza efectiva de victoria a campo raso, dados la organización i elementos de los belijerantes, ¿qué convenía más?

Creemos que para el ejército patriota no cabía, dentro de la estratejia, dentro de la lójica inflexible de los hechos i dentro de la conveniencia del momento, más camino que buscar un punto fortificado para equilibrar con barricadas la diferencia en el número, en el armamento, en la disciplina i en las facilidades de movilización.

De acuerdo con nosotros están los planes de campaña, en sus partes dominantes, de los dos caudillos: O'Higgins señalaba Rancagua para salvar a la patria; Carrera la Angostura de Paine.

En el fondo ambos se atrincheraban.

4.°—DEFENSA DE RANCAGUA

Esta idea es, como se sabe, de O'Higgins.

Nos toca analizar este plan que por la corriente veloz de los sucesos, fué el que se puso en práctica.

Halagamos la idea de haber probado que una batalla campal era imposible dentro de las probabilidades de victoria que había en aquellas horas de discordia i desorganización en el ejército patriota. Tampoco podía sostenerse a lo serio, la cadena de defensas, marchas, repliegues i combates que ideó Carrera a fin de que se verificasen sucesivamente, unos después de otros, en no interrumpida solución de continuidad.

¿Qué es lo único, pues, que flota sobre tantos proyectos jenerosos, sobre tantas ilusiones de estratejia, sobre tantos sueños que mui luego la mano helada de la realidad disipaba al nacer como disipa el viento de la mañana las brumas de la noche?

El atrincheramiento i nada más que el atrincheramiento.

Había sonado la hora de cumplir al pie de la letra el lejendario lema del soldado chileno: vencer o morir.

La ciudad de Rancagua mirada como centro militar para establecer un sitio i resistir el empuje de un grande ejército, es a todas luces malo. No había fortificaciones que merecieran tal nombre, se le podía bombardear por los cuatro pun-

tos del compás, había como cortarle el agua con suma facilidad, los edificios eran de material lijero i en consecuencia inflamables, era según se llama en táctica un *cul-de-sac*, como espiritualmente lo recuerda el señor Vicuña Mackenna en la *Vida del Jeneral O'Higgins.*

Esto es mui exacto; pero dada la imposibilidad en que estaba el ejército patriota para presentar una batalla campal, dada la carencia completa de medios de locomoción, dada la tremenda disyuntiva impuesta por la fatalidad de vencer o morir; francamente creemos que para empresa de esa magnitud Rancagua proporcionaba ciertas ventajas.

Es preciso saber i recordar que O'Higgins no pensaba en un sitio como el de Chillán o Talcahuano; lo que buscaba ansioso era un lugar donde batir a los realistas hasta conseguir vencerlos o, en el caso contrario, morir como Sansón envuelto con la mayor parte de sus enemigos.

O'Higgins quería cumplir lo que entrañan las palabras que dijo en una memorable batalla: *vivir con honor o morir con gloria.*

Ahora preguntamos ¿qué punto sería mejor para ofrecer una resistencia desesperada, la única lójica en aquellos momentos de angustia i amargura para la patria, Paine o Rancagua?

Estimando defectuosos los dos, nos inclinamos i consideramos menos malo el segundo, es decir, Rancagua.

En la Angostura los patriotas podían ser tomados entre dos fuegos, sin oponer resistencias naturales i sin poder hacer grandes daños a los asaltantes;—en Rancagua los defensores podían asilarse en las casas, tejados, fosos, calles i plaza, pudiendo en cambio dar fuego a mampuesto i a mansalva.

En la Angostura el combate habría sido cuestión de pocos momentos, tanto porque las caballerías insurjentes no habrían podido batirse a falta de espacio, como porque la infantería encajonada en el fondo o en las laderas que caen a la garganta no habría podido luchar con ventaja sobre guerrillas colocadas en las alturas inmediatas que obrarían simultáneamente i de acuerdo con cuerpos i divisiones que atacarían por vanguardia i retaguardia;—en Rancagua el enemigo estaba obligado a romper sus fuegos desde respetable distancia so pena de ser despedazado como sucedió cada vez que emprendió asaltos durante la batalla que se acerca.

En Paine no cabía una resistencia larga i tenaz por carecer de buenas trincheras i porque la naturaleza de las cosas exijía que el problema se resolviese en el espacio de tiempo que bastase para destruirse alguno de los belijerantes;—en Rancagua se podía i se pudo luchar cerca de dos días, i se habría podido prestar a golpes habilísimos de mano como los que durante la noche del

uno al dos de octubre no quiso emprender José Miguel Carrera, como luego veremos.

En Paine los patriotas habrían perecido o caído prisioneros todos sin poder inferir graves daños a los realistas:—en Rancagua, por el contrario, podían morir todos también, pero ejecutando en el enemigo una mortandad espantosa, al extremo de que el triunfo de éste sería igual al que hizo esclamar a Pirro:«otra victoria como esta, i estoi perdido.»

El asalto de la Angostura de Paine no tendría más dificultades que las que se encuentran en un combate común i vulgar;—el de Rancagua es de aquellos que rechaza por peligroso la táctica militar, porque el enemigo no resiste en un punto determinado i no se encuentra agrupado en líneas extendidas en un espacio fijo, sinó que está desparramado en ventanas, techos, patios, balcones i tejados, circunstancia por demás expuesta a fracaso para el vencedor cuyo ejército tiene que perder su cohesión i su orden para batir en detalle a los adversarios que se defienden i atacan a la vez en cien puntos diferentes.

Resumiendo, nos parece que los planes de ambos jefes adolecían de gravísimos errores militares; pero, en la imperiosa obligación de optar por algunos de ellos, preferimos el que elije para quemar el último cartucho la plaza de Rancagua.

CAPÍTULO XIII

¿O'Higgins desobedeció al encerrarse en Rancagua?—Opinión del señor Vicuña Mackenna.—Carrera permitió tácitamente el atrincheramiento en Rancagua.—Opinión del señor Benavente.—Opinión del señor Barros Arana.—Nota dirijida por Carrera a O'Higgins sobre la cuestión debatida.—No hubo orden.

Habiendo existido discrepancia en las opiniones de ambos jefes, fluye de por sí una duda. ¿O'Higgins desobedeció a Carrera al encerrarse en Rancagua?

El señor Vicuña Mackenna con su franqueza habitual dice en la *Vida del Jeneral O'Higgins*:

«Por lo demás, la batalla de Rancagua considerada militarmente, no es sinó un absurdo *i una insubordinación del brigadier O'Higgins*, que no era ya el jeneral en jefe, sino un comandante de división, sujeto a superiores facultades.»

No hemos podido encontrar ni nadie ha citado documento oficial alguno que justifique este cargo hecho por tan honorable historiador.

¿Dónde está la orden perentoria de José Miguel Carrera en la cual se dijera a O'Higgins que se replegase a Paine? ¿Dónde el mandato formal i categórico?

En ninguna parte.

Lo que hubo entre ambos, como lo demuestra la serie de notas i cartas que reproducimos en el capítulo once, fué diferencia tranquila de opiniones i de ideas; pero al fin, implícitamente i en el hecho, Carrera aprobó el plan, sea por galantería, sea porque triunfaron las razones de su rival, sea por temor de que hubiese un choque entre los dos, sea por cualquier otro motivo.

Si no aprobó la defensa del Cachapoal i de Rancagua ¿por qué permitió sin protesta que O'Higgins ocupara esa ciudad i la atrincherara el 20 de setiembre, es decir, once días antes que llegara Ossorio? ¿Por qué envió en la misma dirección a la 2.ª división de Juan José Carrera? ¿Por qué él, personalmente, en compañía de su hermano Luis, se puso también en marcha hacia el mismo punto?

En apoyo de nuestra opinión, citaremos algunas autoridades históricas dignas de fe i de crédito.

Don Diego José Benavente, exaltado apolojista de Carrera, declarado adversario de O'Higgins i uno de los jefes de la caballería de la 3.ª división que decidió con hábil maniobra el combate de

Maipo, en su memoria sobre *Las primeras campañas de la guerra de la independencia*, dice:

«No pudo el jeneral Carrera resistir a tanto empeño, u oponerse a tantas seguridades como daba O'Higgins, ya fuera porque llegase a desconfiar del acierto de sus planes, ya por no digustar a un jefe con quien acababa de reconciliarse. A pesar de sus convicciones i sin revocar por un momento las órdenes dadas, *quedó fijado el punto de Rancagua para la defensa, i por consiguiente para nuestra ruina.*»

El señor Barros Arana en su *Historia jeneral de la Independencia*, a la letra agrega:

«Sea por la convicción de la ineficacia de su plan, o por una prueba de deferencia al parecer de O'Higgins, *el jeneral Carrera aceptó al fin la propuesta de este jefe para posesionarse de Rancagua antes que el enemigo pasase el Cachapoal. Allí debía colocarse con la división de su mando, fortificarse, defender el paso del río, i sostenerse si era atacado en el pueblo, hasta que las divisiones del centro i de retaguardia llegasen en su socorro.*»

El señor Vicuña Mackenna no funda en ningún documento su aseveración. Es mui posible que se haya apoyado en lo que se deja vagamente traslucir en las cartas de Carrera copiadas antes i en una que otra expresión vertida por el mismo en su Diario; pero, en la nota que se trasparenta más el pensamiento de Carrera, es en la que dirijió a

O'Higgins el 20 de setiembre i que en lo principal dice :

«Si son iguales los enemigos, i tenemos la fortuna de impedir su progreso a Rancagua antes de reunirnos, *este será el mejor punto para sostenernos.* Si las fuerzas enemigas avanzadas no se presentan con esta ventaja, la prudencia dicta replegarse, *aunque sea doloroso perder una posición tan favorable, por no perderlo todo.*»

Pues bien, esta nota no envuelve ninguna orden perentoria, es sólo una instrucción *condicional* i *potestativa.* Si ciertas cosas se verificaban, O'Higgins sería el juez para decidir si convenía o nó ejecutar tales i cuales operaciones: he aquí el fondo de esta carta.

CAPÍTULO XIV

O'Higgins hace construir trincheras en Rancagua.—Carrera manda fortificar la Angostura de Paine.—Se envía al capitán Freire i a Cuevas a reconocer al enemigo.—Se unen las dos primeras divisiones del ejército patriota.—Se ocupan los vados principales del Cachapoal.—Marcha de Ossorio.—Cruza el ejército realista el río.—Juan José Carrera se encierra en Rancagua.—O'Higgins se encierra tras él.—Derrota i fuga de la caballería de Portus.—Plan de Ossorio.—Número exacto de los defensores de Rancagua.

En cumplimiento del plan adoptado, O'Higgins ocupó la villa de Rancagua el 20 de setiembre i procedió a construir trincheras de adobe.

José Miguel Carrera, por su parte i en prevision de que en el curso de los acontecimientos pudiese adoptarse su proyecto primitivo, dió orden al injeniero Isidro Pineda de fortificar con dos baterías la Angostura de Paine. El 13 de setiembre dió comienzo a estos trabajos de defensa.

Antes de estos sucesos, O'Higgins había enviado 50 dragones al mando del bravo capitán Ramón Freire a fin de reconocer al enemigo. Este

osado oficial cruzó el Cachapoal i a galope tendido llegó hasta San Fernando en cuyo lugar tuvo que detenerse i más tarde replegarse por haber llegado al mismo pueblo la vanguardia realista en su marcha ascendente hacia la capital.

Vuelto Freire se unió en Rancagua con 150 milicianos mandados por el teniente coronel Bernardo Cuevas i ambos oficiales siguieron sus osadas exploraciones espiando sin cesar i con ojo alerta los movimientos de los realistas, dando aviso de lo que creían de alguna utilidad para los jefes patriotas i acechando hasta los más ocultos pasos del ejército de Ossorio.

El 21 de setiembre lo dedicó O'Higgins a estudiar con detención los pasos del Cachapoal, a preparar las obras de defensa que creía compatibles con las circunstancias especiales del terreno i a colocar algunas partidas de caballería en los vados principales.

Una vez que la 2.ª división llegó a los alrededores de Rancagua, O'Higgins fue en persona a ver a Juan José Carrera para discutir con él los mejores medios para defender el paso del Cachapoal. Al efecto, ambos jefes hicieron un minucioso reconocimiento en las dos orillas i en el cauce del río, i acordaron después de detenido exámen que la primera división defendiera el vado de la *Ciudad*, la segunda el de los *Robles* i la tercera el de *Cortés* o las *Quiscas*.

Mientras mandan comunicar a José Miguel Carrera esta determinación para que ordene a Luis que vaya con sus tropas a ocupar el punto que se le había designado en la defensa del Cachapoal, hacen que el capitan Rafael Anguita se dirija con veinte dragones al vado *Cortés* para estar de observación i para dar inmediato aviso de cualquiera cosa digna de tomarse en cuenta.

El 30 de octubre en la tarde, O'Higgins i Juan José Carrera estaban con sus divisiones en sus puestos respectivos, i la 3.ª permanecía fija i en descanso en los Graneros o Bodegas del Conde, a tres leguas de Rancagua. Mui luego una noche oscura como una tumba cubre con sus negras sombras el horizonte i los campamentos. El silencio que reina por doquier es sólo interrumpido por el veloz correr de las turbias aguas del Cachapoal sobre su cauce pedregoso. No hai una estrella en los cielos ni una fogata en los vivac.

Ossorio, que había levantado su campo ese mismo día, se propuso cruzar el río al amanecer para no ser sentido ni molestado por los patriotas. Después de haber conferenciado con los conocedores del terreno i con habitantes de la vecindad, ordenó al ejército que intentase el paso por el vado de *Cortés*.

Las cuatro divisiones realistas, fuertes de cinco mil hombres, rompieron la marcha en perfecto orden i simetría desplegadas en compactas colum-

nas de ataque i guarnecidas por compañías lijeras de caballería. La formación era como en día de parada en un campo de maniobras. A la cabeza de la vanguardia reconocían el camino i servian de batidores 50 granaderos mandados por el capitán Joaquín Magallar; seguían, doscientos pasos más atrás, 25 Zapadores de Talaveras a las órdenes del subteniente Domingo Miranda, i sucesivamente a iguales distancias marchaban los Húsares de la Concordia de Barañao, las cuatro divisiones con sus cañones i municiones, i cerraban la retaguardia del ejército el escuadrón carabineros de Abascal dirijido personalmente por el experto i activo Ildefonso Elorreaga, i además una pequeña partida de Dragones. Los flancos de las columnas en movimiento eran protejidos por grupos de caballería que caminaban a un cuarto de legua de ellas. Era prohibido fumar, hablar en alta voz, prender fuego i abandonar las líneas respectivas.

Quien hubiera mirado a esas horas por el lado sur del Cachapoal no habría divisado en medio de las densas tinieblas de la noche más que negras masas que se ajitaban en orden regular i casi matemático, i no habría escuchado otro ruido que el que producen las patas de los caballos, las ruedas de los cañones i los pies de los soldados al chocar con las piedrecillas i guijarros que cubren las riberas de un río.

Reconocido el vado de *Cortés* o las *Quiscas* por

las avanzadas, el ejército realista cruza el río sin ser sentido por los patriotas i sin obstáculo de ningún jénero. Sólo al amanecer del 1.° de octubre, cuando las primeras luces de la mañana comenzaban a despuntar en el horizonte i cuando las primeras sonrisas de la aurora se dibujaban en el cielo, el capitán Anguita percibe el movimiento efectuado por el enemigo i da aviso inmediato a O'Higgins. Este a escape manda a José Samaniego para que informe de lo sucedido al jeneral en jefe, informe que se dió en estos términos: «el jeneral O'Higgins me encarga diga a Ud. que el enemigo ha pasado el río por el vado de abajo. Que ha mandado salir los Dragones para contenerlo i que se dispone a encontrarlo, para lo que ha avisado al comandante de la 2.ª división para que lo sostenga.»

No contento con esto, pocos momentos después, O'Higgins hace decir a Juan José Carrera que se junte a la primera división i manda a su ayudante Juan de Dios Garai para que de nuevo se dirija al jeneral en jefe para darle detalles de lo sucedido. (1)

(1) Estos datos por demás minuciosos los hemos tomado del *Diario* de Carrera, i de los *Apuntes* de don Juan Thomas publicados en la *Vida del jeneral O'Higgins* por el señor Vicuña Mackenna. Pero no ha dejado de llamarnos la atención lo que el mencionado Thomas dice en los siguientes acápites:

«A las nueve de la noche llega al cuartel jeneral de O'Hig-

Ossorio, al encontrarse a la orilla opuesta, ordenó que su ejército se colocase en dos líneas de batalla apoyando la derecha en el río. Mandó también que una partida de caballería a las órdenes del teniente coronel Pedro Asenjo i otra a las del capitán Leandro Castillo, de cien hombres cada una, fuesen por la izquierda a amagar las

---

gins, situado en el vado de la *ciudad, un espía con la noticia de que Ossorio intentaba pasar el río aquella misma noche,* pues había dicho a su Estado Mayor: *mañana comeremos en Rancagua.* En el acto da aviso a Carrera con su ayudante Garai i le ruega envíe la división de su hermano Luis al vado de Cortés que está desguarnecido, pues sólo lo ocupa el capitán Anguita con veinte Dragones.

«A las doce de la noche le avisan las avanzadas de aquel vado que el enemigo amaga pasar el río en esa dirección.

«Al amanecer llega otro dragón con la noticia de que el enemigo ha comenzado ya a pasar por aquel vado.

«El jeneral O'Higgins *trasmite inmediatamente este aviso al jeneral en jefe, rogándole se acerque a la ribera del río* para presentar batalla al enemigo según el plan acordado con Juan José Carrera.»

No hemos encontrado prueba alguna que pueda autorizar lo que sostiene el señor Thomas, que en el fondo es un ataque contra O'Higgins por no haber colocado su división en el vado de *Cortés* apenas tuvo conocimiento de que Ossorio pensaba cruzarlo, i también es un grave cargo contra el jeneral Carrera por no haberse dirijido en el acto con la tercera división a ocupar dicho punto estratéjico, que se la había señalado con anticipación por los jefes de la 1.ª i 2.ª Esto nos faculta a no aceptar dichos cargos i a creer que O'Higgins sólo tuvo al amanecer, i cuando ya los realistas habían pasado el río, conocimiento de esta operación.

líneas patriotas, mientras el grueso de las tropas invasoras tomaba reposo i se preparaba para la gran batalla. Después de corto descanso, en espesas columnas por divisiones rompieron de nuevo la marcha i dieron comienzo a un rápido movimiento de avance con el ánimo preconcebido de envolver a Juan José Carrera, cortarle la retirada e impedirle la unión con su hermano Luis.

Creyendo O'Higgins que el propósito de Ossorio era lanzarse contra la 3.ª división patriota que tenía su campamento en los Graneros de la hacienda de la Compañía, brilló en su mente como un rayo de esperanza la idea de dejar marchar al enemigo para caer en seguida a fondo sobre su retaguardia i tomarlo así entre dos fuegos. Para que el jeneral en jefe de los insurjentes no fuese sorprendido con estas maniobras, O'Higgins encargó a su ayudante Juan de Dios Garai que le dijera lo que había i le impusiera de los propósitos aparentes de los realistas, para que tomara sus precauciones. (1)

---

(1) Carrera en su *Diario* da cuenta en estos términos de la circunstancia que recordamos:

«A poco andar recibí oficio de don Juan de Dios Garai, ayudante de O'Higgins, noticiándome a nombre de su jefe, que todo el ejército enemigo había pasado en la noche. Que la dirección de la columna *era como para atacar la tercera división,* i que los Dragones i la caballería de Aconcagua les picaban la retaguardia. Por este parte hizo alto la columna, se rompieron cercos, se formó la línea de batalla, se avanzaron guerrillas para

Pero los inspiradores de Ossorio eran mui experimentados i cautos para envolverse con sus propias manos en una red de fuego. Al hacer el hábil movimiento converjente que confundió al jeneral patriota, se proponían evitar la unión de las dos primeras divisiones con la 3.ª i obligarlas a encerrarse en Rancagua. Por eso, arrastrándose como colosal serpiente hacia el norte, el ejército realista que ocupaba vasto espacio de terreno, se apresuró a tomar posesión de los caminos que unían el pueblo mencionado con la capital, impeliendo así a O'Higgins i a Juan José Carrera a replegarse casi en desorden a las trincheras de la ciudad. (1)

---

reconocer al enemigo i los Húsares formaron la vanguardia para sostenerla.»

(1) También nos ha llamado la atención en sumo grado lo que Juan Thomas, en sus bellos apuntes sobre la batalla de Rancagua, dice acerca de estos preliminares:

«*Día 1.° de octubre.* Luego que amanece, i descubriendo que a su frente sólo amaga pasar el río una guerrilla destinada a encubrir el movimiento del enemigo sobre el vado de *Cortés*, el jeneral O'Higgins se pone en movimiento por la ribera a reunirse con Juan José Carrera en su posicion de los *Robles*.

«*Mas, con gran sorpresa, encuentra que la división de aquel se ha retirado.* Conjetura que lleva la dirección del pueblo, porque el enemigo, pasando por el vado de *Cortés*, se ha interpuesto entre esta división i la de las Bodegas (la 3.ª). Para cerciorarse se adelanta hacia el vado de *Cortés* i avista al enemigo formado en batalla, habiendo pasado el río todo sus cuerpos sin la menor resistencia.

«Frustrado el plan de defender el río que había sido su obje-

El despliegue i avance del ejército realista, hecho con una maestría i destreza admirables, fué por demás imponente.

En estos preliminares de la batalla, fué cuando el coronel Portus, jefe de los 1,253 milicianos de Aconcagua pertenecientes a la 2.ª división, al replegarse ésta sobre Rancagua con Juan José Carrera, se vió bruscamente separado del resto del ejército i entonces, perseguido de cerca por las avanzadas enemigas, dio grandes rodeos i al fin sus soldados se dispersan i huyen en pleno desorden en dirección a las Bodegas del Conde en donde estaba el jeneral en jefe patriota con la 3.ª division.

Este era un triste presajio, i entre los antiguos habría sido mirado como un augurio fatal que ha-

---

to favorito, el jeneral O'Higgins vacila sobre si debería replegarse a las divisiones de José Miguel i Luis Carrera, tomando el camino de Chada, o sobre la de Juan José que supone encerrada en la villa. En estos momentos i cuando sus guerrillas comenzaban a empeñarse con las del enemigo, llega a galope tendido el capitán Labbé, ayudante de Juan José Carrera, i le da aviso de que este se encuentra encerrado en el pueblo i le llama en su socorro.»

Estos datos se contradicen con el plan que tenía O'Higgins de encerrarse en Rancagua, para lo cual había levantado trincheras i tomado precauciones desde el 20 de setiembre, i parecen querer probar que la causa del repliegue a dicha ciudad fué Juan José quien, abandonando el vado de *Robles*, se fué con su división desde temprano a la villa i a la vez había mandado suplicar a O'Higgins que fuese en su socorro.

bría hecho vacilar i ¡quién sabe si huir! a toda una lejión romana; pero los defensores de Rancagua sabían que cuando es preciso defender la patria, no hai ni presajios ni augurios, sólo hai fuego en el corazón, coraje en el pecho, fuerza en el brazo i fe inextinguible en el alma.

Hai que restar, pues, del número de defensores de Rancagua, los 1,253 milicianos de Portus. Esta pérdida reducía las divisiones de O'Higgins i de Carrera a sólo 1,903 hombres, que se descomponían así: 168 artilleros al servicio de nueve cañones, 424 soldados de caballería entre dragones i milicianos, i 1,311 infantes entre granaderos i reclutas. (1)

Teniendo el enemigo 5,000 plazas, el combate iba a iniciarse a razón de un patriota contra cerca de tres realistas.

---

(1) El señor Barros Arana sostiene que «O'Higgins no tenía a sus órdenes más que mil setecientos hombres entre artilleros, dragones e infantes.» Hai que tener presente que este escritor no sigue el número que Carrera da a las divisiones patriotas en su *Diario* i que nosotros hemos seguido; pero aún así creemos que hai un error de cuentas en su obra. Según él la 1.ª división constaba de 1.100 hombres i la 2.ª de 1,800 i las caballerías que con Portus huyeron 1,153. Restando de 2,900, suma total de ambas divisiones, los 1,153 milicianos, da un total de 1,747 i no 1,700 como dice el señor Barros.

CAPÍTULO XV

Descripción de la ciudad de Rancagua.—Descripción i número de las trincheras mandadas construir por O'Higgins.—Distribución que éste da a sus tropas i cañones en la plaza.—O'Higgins toma el mando en jefe de la ciudad.—O'Higgins hace colocar banderas negras.—Despliegue de las fuerzas enemigas.—Distribucion que Ossorio da a sus tropas.—Rodea la ciudad con las cuatro divisiones.

La ciudad de Rancagua era en aquel tiempo un villorrio de corto número de habitantes, edificado, a un paso del rumoroso Cachapoal, sobre un valle dilatado i hermosísimo alfombrado de rica i variada vejetación, dividido en su mayor parte en grandes haciendas, cubierto de bosques profundos, encajonado entre montañas de regular altura i unido al de Santiago por la Angostura de Paine. Las casas eran de adobes, de tabiques o de otro material más lijero aún. En los alrededores i extramuros se empinaban numerosas chozas pajizas en donde vivía mucha jente pobre i menesterosa.

Este fué el lugar escojido por O'Higgins para hacer una defensa memorable i sublime.

22

La plaza principal de Rancagua mide una cuadra cuadrada de superficie i desembocan en ella cuatro calles en lugar de ocho como sucede en las demás de la República. Tiene la forma de la figura jeométrica denominada *cuadrado* que, como se sabe, consta de cuatro lados iguales i de cuatro ángulos rectos. Pues bien, las calles que afluyen a la plaza mencionada, en vez de abrirse entrada en los ángulos de las esquinas, penetran por el centro de las líneas laterales cortándolas perpendicularmente por mitad.

El 20 de setiembre había ordenado O'Higgins construír en las cuatro calles anteriores, pero a una cuadra más adelante de la plaza, trincheras especiales con adobe, barro i maderas, que tenían más o menos un metro de altura i el espesor necesario para resistir proyectiles de poco calibre, no así de cañones de sitio que por felicidad no poseía el ejército invasor. Estas especies de barricadas habían sido levantadas en la pequeña lonja de terreno en donde las primeras calles de atravieso, más inmediatas a la plaza, se cruzan i cortan horizontalmente con las que desembocan en ella. De aquí por qué cada trinchera tenía tres frentes: uno que miraba hacia la prolongación en línea recta de la calle que se unía a la plaza, otro que miraba a la derecha de la calle atravesada, i el tercero a la izquierda del mismo punto.

O'Higgins distribuyó sus doce cañones i sus

tropas de la siguiente manera: la trinchera de la calle de la Merced, al norte de Rancagua, la confió al capitán Santiago Sánchez a cuyas órdenes puso cien soldados i dos cañones; la de la calle de San Francisco, al sur, la puso al mando de los capitanes Antonio Millán i Manuel Astorga con doscientos hombres i tres cañones; la de la calle de Cuadra, al oeste, la entregó al capitán Francisco Molina con dos cañones i ciento cincuenta patriotas; i la de la calle del este fué dada al capitán Hilario Vial con otros dos cañones i cien infantes. En la plaza se colocó el resto de las fuerzas i la caballería mandada por Ramón Freire i el capitán Rafael Anguita, a fin de acudir al punto más amagado o más en peligro. (1)

Para protejer las obras de defensa de la ciudad

---

(1) En esta distribución he seguido al señor Barros Arana, porque él la ha tomado de los datos de viva voz que le dieron Antonio Millán, Maruri, Freire i otros oficiales salvados de la batalla. En la memoria atribuída a O'Higgins, se describe la distribución de las tropas de la siguiente manera:

«Una división de trescientos infantes con cuatro piezas de artillería puso (O'Higgins) al frente de la calle de San Francisco a una cuadra de la plaza mayor, al mando del capitán Manuel Astorga. Doscientos hombres con dos cañones colocó al lado opuesto en la boca-calle de la Merced a las órdenes del capitán don Santiago Sánchez. Cien infantes con otras dos piezas de artillería colocó en la boca-calle del oriente al mando del capitán don Hilario Vial; i otras dos piezas con ciento cincuenta hombres destacó al occidente de la plaza al mando del capitán don Francisco Molina i el resto de las divisiones quedó en la

e impedir que el enemigo atacase por las calles circunvecinas, desparramó por sobre los tejados i tapias de las casas i sitios cercanas a las trincheras, numerosos fusileros encargados de dar fuego de manpuesto i hacer imposible los asaltos con éxito.

En varios edificios hizo perforar las murallas i abrir troneras en los tabiques, colocando en los huecos intrépidos guerrilleros que tenían la misión de secundar la defensa jeneral de la ciudad.

O'Higgins, por su parte, espada desnuda i a caballo, esperaba la hora del ataque rodeado de sus ayudantes Astorga, Flores i Urrutia. (2)

---

plaza mayor, de reserva.»

Juan Thomas en sus bellos i mui interesantes *Apuntes* pinta así la distribución i los preparativos de la defensa:

«De los doce cañones que poseen ambas divisiones, coloca dos en cada trinchera *i los restantes los deja en la plaza* (esto es una equivocación manifiesta) de respeto, así como el parque i reserva de infantería. Corona las torres de las iglesias i los tejados de las casas anexas a las trincheras, con pelotones de fusileros i destaca otra parte de la infantería a la protección de los cañones detrás de los parapetos; asigna a cada trinchera sus jefes, encomendando la de la calle del sur formada junto a la iglesia de San Francisco a los capitanes Astorga i Millán; la opuesta del norte al capitán Sánchez; la del este al capitán Vial; i la del oeste al capitán Molina. Sitúa la caballería en unos corrales espaciosos al mando de los capitanes Freire i Anguita, i él mismo toma su puesto en la sala de Cabildo, con sus ayudantes Astorga, Urrutia i Flores.»

(2) El valor i la serenidad de O'Higgins en la batalla es pro-

A las nueve de la mañana del sábado 1.° de octubre la defensa de Rancagua estaba organizada.

Hasta ahora hemos visto que era O'Higgins quien daba las disposiciones del combate, siendo que Juan José Carrera era jefe más antiguo i en consecuencia le tocaba por la ordenanza el mando supremo del ejército. Sin embargo lo que pasó fué que al entrar con su división a Rancagua, Juan José se dirijió a O'Higgins i le dijo:

—Jeneral i amigo: Ud. tiene toda la fuerza a su mando, pues, aunque no tengo órdenes para entregarle mi división, considero que Ud. le dará la dirección acertada que siempre acostumbra i porque sé que mis granaderos lo han de seguir a Ud, a donde quiera guiarlos. (1)

---

verbial. San Martín hablando del coraje de este jefe, desde Francia en carta particular decía:

«O'Higgins tenía *el valor del cigarrito,* esto es, era capaz en medio de un combate, cuando las balas llevaban la muerte a todos lados, de preparar su cigarro i de fumarlo con tanta serenidad como si estuviera en su habitación, enteramente libre de temor.»

Su émulo, José Miguel Carrera, había también dicho de O'Higgins en el parte oficial del combate del Roble, que era «un soldado capaz en sí solo de reconcentrar i unir heroicamente el mérito de las glorias i triunfos del estado chileno.»

(1) Palabras puestas en los apuntes atribuídos al mismo O'Higgins.

Según Juan Thomas, las que dijo Juan José Carrera al jefe de la 1.ª división fueron:

O'Higgins, por más ilusiones que se formara del valor de los suyos i de un auxilio de la 3.ª división, no pudo menos de comprender que Rancagua, dado el número de los enemigos i la dispersión de las milicias de Portus, era, en lugar de una prenda de victoria, una tumba grande como su heroísmo e inmensa como su amor a la patria.

Por eso hizo poner en las banderas más visibles que flameaban en las torres i trincheras de la ciudad, negros crespones en señal de que ni daba ni recibía cuartel. Aquellos emblemas del color de la noche, más parecían adornos de un funeral. Eran a la vez, un reto desesperado al enemigo i el triste luto que con anticipación ponían los hijos a la madre patria antes de morir cubiertos de glorias inmortales entre las ruinas i el incendio de Rancagua.

El miedo no cabía en O'Higgins. No esquivó el mando, lo aceptó gozoso porque ya había tomado la resolución inquebrantable de vencer o morir. I esta resolución no era hija de un arrebato del momento: era la consecuencia lójica de aquella

—«Aunque yo soi brigadier más antiguo, Ud. es el que manda.»

El señor Barros Arana, refiriéndose a este incidente, dice:

«El brigadier Carrera, sea por un acto de deferencia por el jefe de vanguardia, o, lo que es más probable, porque no se hallaba con ánimo para dirijir la resistencia, cedió a O'Higgins la parte que le correspondía en el mando de las tropas.»

alma que en los peligros parecía recibir de los cielos sublimes inspiraciones i de aquel soldado que en medio del fuego i del bullicio del combate sentía crecer sus facultades, ensancharse la vida, dilatarse el corazón. O'Higgins, como el mar, era imponente cuando las tormentas se desencadenaban sobre él.

Antes que la batalla empezara, el héroe de Rancagua subió a la alta torre de la iglesia de la Merced, desde la cual se dominaba el campamento español i a la vez se divisaba allá en lontananza los vivac de la 3.ª división, a fin de penetrarse del plan de ataque de los realistas i de seguir los movimientos de José Miguel Carrera en el caso que viniese a socorrer a la plaza. Devoraba el espacio con sus miradas i observaba las maniobras del enemigo con la estoica calma de un valiente i con la impasible serenidad de espíritu que debe tener un jefe en los peligros. Impuesto de los propósitos de su adversario, bajó de la torre, dejó de vijía en ella a un oficial i subiendo de nuevo a caballo arregló las últimas disposiciones.

Los subalternos de O'Higgins, entusiasmados con la voluntad del jefe, esperaban ansiosos la hora de morir por la libertad e independencia del país que los vió nacer.

¿Qué hace entretanto Ossorio?

Lanza sus cuatro divisiones sobre las cuatro calles que dan a la plaza, coloca parte de sus ca-

ballerías a las órdenes de Elorreaga i Quintanilla en la cañada de Rancagua, i él con su estado mayor se sitúa en una casa del lado sur de la población, fuera de todo peligro. Elorreaga tenía la misión de impedir con sus escuadrones las comunicaciones de la plaza sitiada con la capital i de estar alerta a cualquier movimiento sospechoso que hiciese la 3.ª división.

Las fuerzas realistas fueron distribuidas de este modo:

A Maroto, Velasco i Barañao con los Talaveras, el Real de Lima, los Húsares de la Concordia i seis cañones, que hacían un total de novecientos hombres, se les confió el ataque de la trinchera que defendía la calle de San Francisco. Como antes hemos dicho los patriotas tenían en este punto a los capitanes Millán i Astorga con doscientos defensores i tres piezas de artillería.

Lantaño i Carvallo a la cabeza de mil dos infantes de los batallones Valdivia i Chillán i además cuatro cañones, penetraron por la calle de la Merced a batir al capitán patriota Sánchez con sus cien rifleros i dos piezas de artillería.

Montoya con las mil cincuenta plazas de los dos batallones de Chiloé i cuatro cañones se prepara para asaltar la trinchera que cierra el paso de la calle de Cuadra al oriente i que está a cargo del capitán Molina con ciento cincuenta patriotas i dos piezas de artillería.

En fin el coronel Ballesteros, con cuatro cañones i los batallones Concepción i voluntarios de Castro que sumaban mil cuatrocientos soldados, rompió su marcha en dirección a la calle del oriente cuya barricada estaba defendida por el capitán Hilario Vial con dos piezas i cien infantes.

CAPÍTULO XVI

Ossorio corta el agua de la ciudad.—Se da la orden de ataque.—Son las diez de la mañana.—Carga de los Talaveras.—Son despedazados por los defensores de la trinchera de la calle de San Francisco.—Altivez de Maroto.—Pericia de los patriotas.--Las demás divisiones son derrotadas también en el primer asalto.—Actitud de O'Higgins.—Indignación de Ossorio al saber la derrota de los Talaveras.—En despecho ordena a Barañao una carga con los Húsares.—Barañao carga con sus caballos i es destruído por la metralla.—Barañao se rehace i dispersa sus soldados por las casas i techos.—El capitán San Bruno construye una barricada protejido por Barañao.—Barañao recibe una herida grave.—Admirable salida de Maruri e Ibáñez.—Destruyen parte de la barricada enemiga.—Pasan a cuchillo a una partida de Talaveras i vuelven a la plaza.—Documentos sobre este suceso.—Maruri es hecho capitán en el campo mismo de batalla.—Concluye el segundo asalto de los realistas con seria derrota.--Al anochecer emprenden un tercer ataque i de nuevo son rechazados.—La ciudad de Rancagua durante la noche del primer día de combate.

Antes de principiar el ataque jeneral, Ossorio tuvo la previsión de cortar la acequia que suministraba agua a la ciudad, con lo cual reducía a morir de sed al ejército patriota i a los habitantes de la villa. El jefe realista, apenas tuvo conocimiento que en la ciudad se habían puesto en las

banderas tricolores, negros crespones, se sonrió i ridiculizó lo que él llamaba petulancia de los sitiados. Estaba tan confiado en el poder irresistible de su ejército, en el valor i pericia de sus oficiales, i abrigaba tal desprecio por las tropas de O'Higgins, que creía de buena fe que le bastaría presentarse a la plaza para rendirla.

Los hechos van a probarle lo contrario.

A las 10 de la mañana del 1.° de octubre, Ossorio imparte con sus ayudantes la orden de que las cuatro divisiones, que ocupan ya sus puestos de combate, se lancen a la carga en columnas cerradas de ataque.

Los jefes divisionarios no se hicieron dar segunda orden. En el acto arreglan sus tropas i se dirijen llenos de varonil entusiasmo al asalto de las trincheras.

Es mui digno de llamar la atención la carga de los Talaveras. Su activo i orgulloso comandante, el coronel Rafael Maroto, español desde la bota al kepi, hizo que su cuerpo, formado en columna cerrada i fusil al brazo como en día de ejercicio, marchase a posesionarse de la trinchera sur. Al cruzar Maroto por delante del jefe del Real de Lima, este le dijo:

—Mi coronel ¿cómo ataca Ud. en columna cuando estamos sobre las trincheras?

El altivo Maroto, con tono agrio i ceño adusto, le contestó diciéndole: —«que a un jefe español no

se le hacían advertencias i que los bigotes le habían salido en la guerra contra Napoleón.»

En honor de la verdad, Velasco tuvo más respeto por la estratejia al hacerle la pregunta al comandante de los Talaveras. Si asaltar trincheras con infantes lanzados en columna cerrada es un arrojo sobrehumano, no deja por ello de ser también una monstruosidad en táctica militar.

El hecho es que los bravos defensores de la trinchera sur, luego que a lo lejos de la calle de San Francisco notaron el avance impasible de los Talaveras, cargaron de metralla hasta la boca de los cañones i, poniendo de mampuesto los fusiles, hicieron las punterías con la mayor certeza posible. En esta situación quedaron en profundo silencio, esperando con fría calma que el enemigo estuviese a tiro de pistola.

Cuando esto se verificó, a la voz de *¡fuego! ¡fuego!* dada simultáneamente por los capitanes Astorga i Millán, salió de la trinchera un torrente de balas de fusil i de metralla que cayeron, como puestas con la mano, al frente de las espesas columnas de los Talaveras. Estos al principio se detuvieron, después vacilaron, i al fin, acribillados, hechos pedazos, procuran salvarse i huir. Esta tarea no era tan sencilla. Envueltos ellos mismos en la angosta calle como entre las mallas de una red, sofocados por el humo de la pólvora, aturdidos con el estampido de los cañones dis-

parados a boca de jarro, detenidos los unos por los otros en medio de la mayor confusión, seguidos de cerca por el fuego incesante de los patriotas, tropezando con los cadáveres i heridos que caían de momento en momento: aquellos bravos tuvieron que esperar que los de retaguardia volviesen atrás i se corriesen por las calles circunvecinas. En cambio los de vanguardia, abandonando sus filas, se apoyan como pueden en las paredes, se ocultan los unos trás de los otros i se arrastran por el suelo hasta conseguir despavoridos refujiarse en las casas i calles laterales.

Mientras parte de la primera división realista sufría tal descalabro, los que atacaban las trincheras del norte, oriente i poniente, después de poner en juego un valor extraordinario fueron despedazadas por los patriotas que imitaban a los defensores de la calle de San Francisco en heroísmo i habilidad. Entre los asaltantes merecen especial atención los capitanes Marqueli i Casariego que llegaron con su tropa a las mismas barricadas i tuvieron que ser espulsados con la culata de los fusiles i la punta de las bayonetas.

O'Higgins con sus ayudantes, durante este primer asalto jeneral, corría en todas direcciones, alentaba a los débiles, hacía recojer a los heridos para conducirlos a una casa que estaba al frente de la iglesia de la Merced i que había sido destinada para hospital de sangre, mandaba personal-

mente auxilios a los lugares más amagados, entusiasmaba a los bravos de las trincheras con su palabra, su ejemplo, su patriotismo.

Este primer ataque duró cerca de una hora, teniendo los sitiadores que replegarse no antes de haber dejado el campo sembrado de cadáveres.

Ossorio, que charlaba tranquilamente con varios oficiales del Estado Mayor en una casa que había escojido para guarecerse i descansar mientras sus valientes soldados morían en sus puestos, tuvo mui luego conocimiento de la derrota de los Talaveras. Su cólera no tuvo valla. Se desbordó como torrente comprimido en su alma i lleno de despecho, ciego de furor, llama al bizarro Manuel Barañao comandante de los Húsares de la Concordia i le da de palabra la terrible orden de cargar a caballo, tercerola a la espalda i sable en mano, sobre la trinchera de San Francisco, advirtiéndole que arrancase i clavase los cañones que allí había.

Esta enormidad estratéjica, sin nombre en la historia de los errores militares, demuestra de sobra la pequeñez de miras que como soldado i jefe tenía Ossorio.

El intrépido Barañao tuvo que obedecer, aunque con experto juicio comprendió que se le lanzaba al fondo de un abismo sin salida. En tan dolorosa emerjencia, perora a su escuadrón, lo organiza como puede, i diciendo a Maroto que esta-

ba cerca de él,—*de esta suerte se pelea en América*,—se dirije a carrera tendida sobre la trinchera saltando cadáveres, pedazos de madera i cuanto obstáculo encuentra a su paso.

Como era de esperarse, Millán i Astorga en lugar de intimidarse se sonrieron al ver aquella barbaridad de Ossorio. Inmediatamente los cañones i fusiles de la trinchera vomitan sobre el ardoroso Barañao una lluvia de fuego que lo dispersa i lo hace jirar sobre sí mismo para buscar protección en las calles de atravieso. Barañao se cubrió de gloria cargando a la cabeza de sus Húsares; pero nada consiguió.

Ossorio hablando de esta carga, se expresa así en su parte oficial:

«Luego que el tiempo lo permita daré a V. E. la noticia correspondiente, ciñéndome por ahora a recomendar a V. E. a los jefes de las divisiones, al valiente Barañao que a la cabeza del Escuadrón con el fusil a la espalda i sable en mano entró a escape por la calle que mira al sur, en donde fué herido gravemente por una bala de metralla en el muslo izquierdo, habiéndolo sido antes su caballo por una de fusil.»

Estos desastres probaron a los realistas que Rancagua no era presa tan fácil de tomar i que era preciso emprender el asedio de la plaza de un modo más en armonía con los preceptos elementales de la táctica militar.

El primero en pensar i obrar así fue Barañao, quien mandó echar pie a tierra a sus Húsares, los hizo salir a los tejados i allí, agazapados i protejidos por los aleros, dió la voz de fuego contra los defensores de la trinchera sur. Fué en esos momentos cuando tan digno oficial, honra del ejército enemigo, recibió la herida grave de que habla Ossorio i que lo imposibilitó para seguir al frente de sus tropas.

Casi junto con Barañao i protejido por éste, el capitán de Talaveras Vicente San Bruno, tan famoso más tarde por las atrocidades i crímenes que cometió durante la luctuosa Reconquista Española en expiación de los cuales fué fusilado por los patriotas después de Chacabuco, San Bruno, decimos, valiente por naturaleza, cruel hasta el delirio, hábil como soldado i fanático como buen español de aquella época, se puso a construir a una cuadra de la trinchera mencionada una especie de barricada o reducto compuesto de vigas, líos de charqui, muebles i troncos, i colocó sobre ella cañones resguardados por sus tropas. (1)

Concluída la tarea, a las dos de la tarde se rompen los fuegos por ambos lados, a la vez que se

(1) Ossorio en el parte oficial de la batalla recomienda especialmente a este capitán i dice: «Al capitán don Vicente San Bruno que a fuerza de mucho trabajo construyó una trinchera en ella (en la calle del sur) para contrarrestar la del enemigo.»

da comienzo al segundo asalto jeneral de las divisiones realistas.

O'Higgins tuvo en esta circunstancia una escapada que el vulgo apellidaría milagrosa i providencial. Estaba cerca del hospital de sangre de que hemos hablado, censurándole acremente a un cirujano Morán su falta de valor al ocultarse durante el primer ataque, cuando «una bala de cañón pasa por entre ambos sin herirlos.»

Después de este incidente, O'Higgins siguió su camino con dirección a la trinchera de San Francisco. Allí tuvo conocimiento de la barricada construida por San Bruno i comprendió con facilidad el gran peligro que había en dejarla en pie. Resolvió entonces ejecutar una salida para arrasarla.

Al efecto llama al denonado subteniente de la lejión de Arauco Nicolás Maruri i al alférez de Dragones Francisco Ibáñez, les da cincuenta soldados escojidos (1), les señala con su espada el

(1) En el número de hombres que llevó Maruri hemos seguido lo que dice su hoja de servicios que, en compañía de varios certificados de suma importancia, nos ha facilitado su hijo el teniente coronel don Juan Maruri. El documento mencionado, después de enumerar los varios encuentros en que se encontró, dice: «i en el sitio de Rancagua en el que se distinguió por su valor i arrojo, mui particularmente en una salida que hizo al mando de *cincuenta hombres*, atacando una trinchera enemiga defendida por más de cincuenta hombres, los mismos que fueron ...

punto que deben atacar, los anima con su voz, hace descargar a un mismo tiempo los tres cañones de la trinchera para que los asaltantes salgan protejidos por el humo, i les dice que confía en que han de clavar la batería enemiga.

Aquel puñado de hombres inspirados por un amor sublime a la patria i movidos por un heroísmo que sólo dan la desesperación i un respeto caballeresco por el honor de la bandera que se defiende, se lanzan como leones embravecidos sobre la barricada, acuchillan con su afiladas bayonetas a los Talaveras, principian a destruir las empalizadas i se preparan para clavar los cañones cuando San Bruno, alentando con el ejemplo a sus soldados, los hace volver a la carga en mayor número i obliga a Maruri a buscar su salvación en las casas vecinas i en las calles laterales.

Millán entretanto barre con sus piezas la calle e impide así el avance del enemigo i la reconstrucción de la barricada. O'Higgins presencia

---

pasados a bayoneta, apoderándose de dicha fortificación con su artillería, demás armamento i municiones, por este hecho de armas, fué distinguido en el acto con el grado de capitán.»

En la memoria atribuída a O'Higgins se dice que Maruri e Ibáñez llevaron cien hombres, que los Talaveras eran cien, i que los cañones tomados fueron dos i que el primero era *teniente* i el segundo *capitán*. Estos son errores manifiestos como lo probaremos reproduciendo más adelante un certificado del mismo O'Higgins, otro de José Miguel Carrera i otro del coronel Francisco Calderón.

en persona esta lucha de titanes desde la trinchera patriota, i organiza con increíble actividad los medios para protejer la retirada de Maruri. Como puede, por encima de los tejados o por el interior de las casas, envía a aquel heroico oficial una granada de mano, algunas municiones i el aviso de que los realistas le preparan una emboscada.

En verdad, San Bruno no era hombre que se dormía sobre sus laureles. Rechazado el ataque de los patriotas, resuelve impedirles la vuelta a la plaza, cortándoles la retirada i batiéndolos hasta exterminarlos. Prepara con dicho objeto una partida de Talaveras, les da un cañón i los manda por dentro de las casas a fin de salir de atravieso a Maruri cuando intente replegarse a la trinchera de Millán. El oficial designado para ejecutar este golpe de mano, cumplió al pie de la letra las instrucciones i, cruzando cercas i tapias horadadas al efecto, se pone en acecho en el patio de una casa.

Maruri, por anuncio de O'Higgins i por inspección personal, tuvo pleno conocimiento del plan de San Bruno i tuvo la feliz inspiración de sorprender a los Talaveras en su propio escondite. Concebir tan audaz proyecto, prueba elocuente del excepcional temple de alma de aquel bravo oficial, i ponerlo en práctica sobre la marcha, fué obra de segundos.

Acompañado de los sobrevivientes del asalto de la barricada realista, escaló los tejados de las casas, i arrastrándose en profundo silencio, se colocó en las alturas de los techos que rodeaban el patio en donde los Talaveras, arma al brazo i lanzafuego encendido, esperaban ansiosos el momento de cumplir su misión.

Una granada de mano arrojada al medio del patio por el mismo Maruri i que al estallar en mil pedazos produjo un estrépito horrísono, fué la señal de ataque de los patriotas i el despertar de los realistas sorprendidos. Tras del estallido de la granada, viene el fuego de los rifleros i tras de éste los osados insurjentes bajan bayoneta calada i acuchillan a cuanto talavera encuentran a su paso, escapando sólo dos.

Realizado este verdadero prodijio, Maruri volvió a la ciudad trayendo consigo un cañón, dos prisioneros i laureles inmortales. O'Higgins lo estrechó entre sus brazos i lo hizo capitán sobre el campo de batalla. (1)

---

(1) Copiamos a continuación, para que no se crea que hai hipérbole en esta narración, tres certificados que sobre Nicolás Maruri dieron tres próceres de nuestra independencia i que orijinales tenemos en nuestro poder:

«El conocido valor i arrojo con que se distinguió don Nicolás Maruri bajo de mis inmediatas órdenes en Chile contra el ejército expedicionario de Lima, en las acciones de Guilquilemu, Quilacoya, Gomero, el Roble i Quilo, lo hicieron acreedor, de la

Igualmente rechazados fueron las divisiones en las otras trincheras, después de dos horas de un batallar encarnizado i sangriento. Este segundo asalto terminó a las cuatro de la tarde.

---

clase de sarjento que era, a subteniente del batallón de Penco; se halló en los ataques del Quilo, Tres Montes i Quechereguas, se señaló en la batalla i ataques de Rancagua extraordinariamente, i en particular, en la salida que hizo de mi orden, con cuarenta i cinco hombres, contra una trinchera a distancia de dos cuadras de nuestra línea, sostenida por más de cincuenta hombres enemigos a los que pasó a la bayoneta, tomándoles el puesto i quitándoles la artillería, municiones i armamento que me entregó en la plaza; por cuya acción a nombre de la patria le concedí el grado de capitán de ejército que fué después aprobado, i a pedimento del interesado para que haga el uso que le convenga, le doi el presente certificado en Buenos Aires a 6 de junio de 1815.

Bernardo O'Higgins.»

He aquí el segundo certificado:

«Don Nicolás Maruri me pide informe de sus servicios i empleos en Chile.

«De la clase de sarjento del batallón de milicias de infantería fué ascendido a la de subteniente del batallón veterano de Concepción por haber manifestado su buena disposición en la acción de Guilquilemu, contra las tropas del rei en el mes de agosto de 1813. Se halló en la acción de Quilacoya i en la de Gomero, en el Roble, en el Quilo, en los Tres Montes, i en Quechereguas. En el sitio que Ossorio puso a Rancagua se comportó con un valor extraordinario e hizo una salida con poco más de cuarenta hombres contra una batería sostenida por más de cincuenta hombres; la tomó, pasó a cuchillo la tropa, i entregó el cañón con un tambor, i varias tercerolas. Por esta acción que es supe-

El radiante sol que durante varias horas había iluminado aquel campo de lucha i de exterminio, poco a poco, sin sentir, se hunde en el horizonte, dejando tras sí arreboles de oro que a su vez son disipados por las sombras de oscura i tenebrosa noche.

---

rior a lo que parece en el papel, se le concedió grado de capitán, grado a que ascendió con tanta más razón, cuando no se conocían entre nosotros premios por los servicios militares.

«Su patriotismo es mui acreditado i es su presencia interesante en las líneas americanas.

José Miguel Carrera.»

He aqui el tercer certificado de nuestra referencia:

«Don Francisco Calderón, coronel i comandante del batallón de infantería núm. 2 i mayor jeneral en el ejército de la patria de Chile.

«Certifico que don Nicolás Maruri, teniente de mi cuerpo, fué graduado de capitán, consecuente a una salida que hizo en el sitio de Rancagua contra lo sitiadores, a quienes con la mayor intrepidez quitó un cañón, mató a los que lo defendían i con sólo cuarenta hombres impuso en aquella salida terror al enemigo. Este oficial fué incorporado en mi cuerpo, por infinitas acciones distinguidas en que se halló desde la entrada del enemigo en Chile, por su constancia en las fatigas, por su acreditado i extraordinario arrojo en las acciones de guerra, i por su conducta i ascendrado patriotismo que todo junto hacen un hombre de los más beneméritos, i acreedores a la gracia de los que aman la libertad i sean verdaderos patriotas: a su pedimento le doi este en Buenos Aires a 20 de agosto de 1815.

Francisco Calderón.»

Mientras los cielos parecen pedir silencio i reposo, los realistas reúnen de nuevo sus tropas i al anochecer dan un tercer asalto, tan infructuoso i tremendo como los anteriores. Se estrellan impotentes contra las bayonetas de los patriotas.

A las nueve de la noche, hora en que terminó este esfuerzo tenaz de parte del enemigo, el campo de batalla ofrece un tristísimo espectáculo. Las calles están senbradas de cadáveres; a los pies de las trincheras i principalmente en la calle de San Francisco están éstos amontonados formando piras. Las murallas i la tierra están salpicadas de sangre. En los hospitales provisorios jimen centenares de heridos. La ciudad a esas horas sólo es alumbrada por las rojizas llamaradas de los incendios que en varios puntos se declaran a causa del bombardeo i del enemigo que intencionalmente enciende varias chozas i casas. Negras e inmensas columnas de humo, coloreadas por los reflejos de aquellas hogueras, se levantan i confunden a grandes alturas.

¡Pobre Rancagua!

Durante aquella noche de angustias i dolor, los patriotas siguen impasibles en su obra de defender la plaza. Rehacen las trincheras casi destruidas con la metralla; apagan como pueden el fuego del incendio; aumentan los medios de resistencia; recojen las municiones que comienzan a escasear; beben las últimas gotas de agua a fin de apagar

la quemante sed que que los devora; recojen los muertos, i prestan cariñosos auxilios a los heridos.

¡Qué cuadro tan digno de un pincel, inspirado por el jenio i el patriotismo!

Los realistas en cambio horadan las murallas con el objeto de avanzar las operaciones del sitio; hacen nuevas barricadas; distribuyen por doquier centinelas para evitar sorpresas nocturnas; i estudian afanosos la manera de concluir con los valientes que palmo a palmo defienden el estrecho espacio de tierra en que se sustentan sus banderas, postrer refujio de la patria moribunda, tumba gloriosa de los últimos sostenedores de la gran causa de la independencia nacional.

CAPÍTULO XVII

Balance del combate del 1.° de octubre.—La victoria estaba de parte de los patriotas.—Junta de guerra en Rancagua.—Se acuerda enviar un aviso a la 3.ª división.—Sale un dragón de la plaza i llega a donde José Miguel Carrera.—Consejo de guerra de los realistas.—Ossorio acuerda levantar el sitio i repasar el Cachapoal.—Protesta de sus oficiales.—Suspende la orden al saber el estado de la plaza.—Contestación de José Miguel Carrera.—Estudio de las causas de la paralización de Carrera i de la 3.ª división.—Carrera pudo atacar de sorpresa a media noche.—Pudo atacar en el principio del día.—No son atendibles sus disculpas.

Balanceando con imparcialidad los sucesos i episodios de los combates del día 1.° de octubre, se llega a la lójica conclusión de que la victoria estaba de parte de los patriotas. Hasta esos instantes la plaza permanecía en poder de ellos i los enemigos habían sido totalmente vencidos en los asaltos emprendidos.

Es cierto que las municiones escaseaban, que el agua hacía falta, que las provisiones de boca disminuían de un modo alarmante; pero también es cierto que el corazón de los defensores estaba

entero, el deseo de pelear intacto, los soldados i oficiales en sus puestos, las trincheras firmes como al principio, inquebrantable la voluntad de no ceder una pulgada de tierra, el enemigo no había recojido ni una esperanza de victoria i las banderas envueltas en negros crespones seguían anunciando con elocuente lenguaje que los que allí estaban sosteniéndolas fusil o lanzafuego en mano, abrigaban como al comienzo del sitio la estoica resolución de vencer o morir.

Casi a un tiempo hubo en ambos ejércitos una junta militar para estudiar la situación.

O'Higgins reunió en la casa del cura a los jefes de mayor graduación i a los valerosos capitanes de las trincheras. En esa junta se discutió el estado de la plaza i, después de cortas i varoniles palabras dirijidas por el jeneral, quedaron acordes en defenderse hasta el último trance, en no capitular en ningún caso i en dirijir un aviso a José Miguel Carrera para que viniera en socorro de la ciudad.

Todos se preguntaban con la palabra o con el pensamiento:

¿Por qué no viene la tercera división?

¿Dónde estará acampada?

¿Habrá sido sorprendida i derrotada por alguna división realista?

¿Estará todavía estacionada en las Bodegas del Conde?

¿Se habrá replegado a la Angostura de Paine,

para dar así cumplimiento al plan de José Miguel Carrera?

¿Pensará dar un asalto nocturno cuyo éxito no puede dudarse por un solo instante?

Dudas i más dudas. Sombras en el espacio i sombras en los corazones.

O'Higgins para saber a qué atenerse, resolvió mandar un emisario al jeneral en jefe. Un dragón, un heroico dragón cuyo nombre por desgracia no ha conservado la historia, se ofreció para ir disfrazado de mujer al campamento de la 3.ª división.

O'Higgins tomó un papel de cigarro i escribió:

—«Si vienen municiones i carga la 3.ª división, todo es hecho.» (1)

El dragón sale por los albañales de la ciudad i se dirije con plausible audacia al campamento de la 3.ª división.

Al mismo tiempo que estos incidentes pasaban en la ciudad, en el cuartel jeneral realista tenían lugar otros de no menos trascendencia.

Ossorio, que al comenzar el sitio miraba con desprecio a los patriotas, al anochecer del 1.° de octubre su espíritu, sumerjido en un mar de cavi-

---

(1) En el contenido, tanto del aviso de O'Higgins como de la contestación de José Miguel Carrera, hemos seguido el *Diario* de este último. Don Juan Thomas en sus *Apuntes* dice que el papel de O'Higgins decía: «si carga esa división todo es hecho.»

laciones, temores i dudas, fué víctima de los mayores tormentos morales i sufrió los vértigos que se sienten cuando se contempla el fondo de un precipicio. Había desobedecido las órdenes de Abascal; porque, en vez de reembarcarse se habia lanzado al ataque de las trincheras de Rancagua; en vez de enviar a los Talaveras en proteccion del virreinato amagado por el sur, los había diezmado en los asaltos del día; i en vez de pactar con los insurjentes de cualquier modo, había roto los tratados de Lircai i hecho imposible un convenio. Todas estas ideas i muchas más se ajitaban en continuo vaivén en su alma apocada, en su carácter irresoluto, en su naturaleza sin enerjía i en su cabeza sin recursos i sin inspiraciones.

Después de perplejidades impropias de un soldado i de un jefe, resolvió levantar el sitio i volver al sur para embarcarse con dirección al Perú i cumplir así las órdenes terminantes de Abascal. (1)

Los oficiales, sin embargo, que rodeaban a Ossorio eran de un temple superior i conocían más a fondo los deberes que impone el honor militar comprometido en una acción en que el número,

(1) «La resistencia, dice el señor Barros Arana en su obra citada, que había encontrado (Ossorio) le hacía vacilar; i su debilidad le aconsejó el mal arbitrio de retirarse con sus fuerzas, dejando a los enemigos dueños del campo que él abandonaba.»

la fuerza i los elementos ofensivos estaban de parte del que quería dejar la victoria a los contrarios. Dentro de las imperiosas exijencias del valor, de la delicadeza i de la hidalguía, preferían quebrar en mil pedazos las espadas antes de retroceder.

Fuera de estas observaciones, hicieron ver a Ossorio que, si el ejército realista abandonaba el sitio, sería atacado por retaguardia al cruzar el Cachapoal i ellos nada podían esperar de una tropa sorprendida i desmoralizada con el solo hecho de huir al frente del enemigo entre la vergüenza de una derrota. (1)

La retirada se habría quizás llevado a cabo, a pesar de tan fuertes razonamientos; «pero, por desgracia, se pasaron en la noche dos soldados patriotas que descubrieron la verdadera situación de las tropas de la plaza i la escasez de recursos que comenzaba a experimentarse entre los sitiados.

---

(1) «En la noche del 1.°, dice José Ballesteros en su obra, los jefes de división, tuvimos orden del jeneral Ossorio, comunicada por el coronel Urrejola, para desamparar el sitio i retirarse con sus divisiones a inmediaciones del río Cachapoal que no pudo verificarse por estar ya avanzados a la plaza i que de ejecutarlo en aquella tenebrosidad, habría sido perseguido el ejército realista por el jeneral O'Higgins reunido a don José Miguel Carrera que, con su numerosa caballería, se hallaba a poca distancia de la plaza i entonces no hubiera quedado un solo realista para contar la trajedia.»

Con esta noticia, nadie, ni Ossorio mismo, volvió a pensar en la retirada.» (1)

José Miguel Carrera entretanto que seguía impasible acantonado en los Graneros de la hacienda de la Compañía, que escuchaba el terrible vocear de la batalla de Rancagua i que veía en el horizonte los siniestros resplandores del incendio que quemaba en varios puntos la ciudad, recibió el papel de O'Higgins de que el intrépido dragón mencionado fué portador i le contestó en una esquela i con el mismo soldado lo siguiente:

—«Municiones no pueden ir sinó en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división; Chile para salvarse necesita un momento de resolución.»

Iguales cosas confirmó de palabra al dragón. (2)

A las 2 de la mañana llegó a la ciudad el intré-

---

(1) Barros Arana. Esta noticia no la hemos podido encontrar en ninguno de los libros i papeles que hemos consultado, lo que nos induce a creer que ha sido dada verbalmente por los oficiales realistas a quienes el señor Barros consultó para redactar su obra.

(2) El señor Benavente en su Memoria sostiene que lo que de palabra dijo Carrera había sido: «Diga Ud. que esta división no puede encerrarse en la plaza; pero que mañana atacará para que salgan las de adentro.»

Los señores Amunátegui dicen que Carrera hizo al dragón esta advertencia: «le encargó (al dragón) de palabra dijese a O'Higgins i a su hermano, que a su parecer no quedaba otro arbitrio sinó intentar una salida a viva fuerza para reunírsele.»

pido emisario con la contestación. Tan fausta nueva encendió el entusiasmo de los sitiados i duplicó sus esperanzas de victoria. Con indescriptible regocijo se pusieron a la obra de aumentar los medios de defensa i de prepararse para secundar a José Miguel Carrera.

Antes de seguir analizando las operaciones de este sitio memorable i mientras ambos belijerantes toman un lijero reposo, llega el momento de hacerse preguntas indispensables para conocer el curso de los sucesos.

¿Por qué José Miguel Carrera, durante todo el primer día de combate, estando sólo a tres leguas de Rancagua, no dió un paso, un solo paso para protejer la plaza?

¿Por qué se quedó en inexplicable inamovilidad?

Nos ha extrañado que los señores Amunátegui digan que Carrera «*no se atrevió a escribir*», i que en consecuencia toda la contestación dada al papel de O'Higgins había sido verbal. Nos basta, para probar lo contrario, copiar lo que dice Carrera en su *Diario:*

«El dragón salió saltando tapias i era mui posible que a su vuelta lo tomase el enemigo, porque tenía circunvalada la plaza: por eso no quise contestar por escrito *sinó lo mui preciso.*—POR ESCRITO LE HABLÉ ASÍ: (las palabras que hemos insertado en el texto de la narración.)

El señor Juan Thomas se salta algunas palabras de la contestación de Carrera al decir en sus *Apuntes* que la respuesta fué: «Al amanecer hará sacrificios esta división.»

¿Por qué no envió siquiera partidas de reconocimiento?

¿Por qué no preparó alguna emboscada?

¿Por qué, en una palabra, no intentó nada, absolutamente nada para socorrer las divisiones encerradas que morían como espartanos en sus puestos, entre las llamas de un incendio colosal, la desesperación de sed devoradora i los proyectiles de un bombardeo incesante?

Dice en su *Diario* que apenas supo que Ossorio había cruzado el Cachapoal, había enviado a escape a su edecán Rafael de la Sota para ordenar a O'Higgins i a Juan José que se replegasen a la Angostura de Paine, aun a costa de perder artillería i municiones.

De la Sota corrió a comunicar la orden terminante; pero tuvo que volverse sin llenar su cometido por serle imposible entrar al pueblo circunvalado ya por los realistas.

Salvo esta orden i un avance de las caballerías de la 3.ª división que no fué notada por el enemigo i que no tuvo más objeto práctico que recojer los restos de las milicias de Portus de que hemos hablado, José Miguel Carrera no hizo, lo repetimos, nada, absolutamente nada.

¿Pudo hacer algo?

Si pudo hacer ¿por qué no lo llevó a cabo?

I de haber podido emprender cualquier ataque, ¿habría habido probabilidades de victoria?

Para resolver estos enigmas con imparcialidad i pleno conocimiento de causa, es preciso recordar la situación del ejército realista. Basta echar una ojeada a los desastres experimentados en el día i basta saber el efecto que ellos produjeron en el ánimo de Ossorio, para comprender el estado de los sitiadores.

José Miguel Carrera pudo, a contar desde las diez del día, hora en que comenzó el combate, hasta las once de la noche, hora en que recibió el aviso de O'Higgins, emprender dos clases de operaciones militares diversas en su naturaleza, en sus resultados i en sus probabilidades de éxito.

O se decidía por un ataque por retaguardia en pleno día, exponiéndose con ello a los percances i veleidades de una verdadera batalla campal, i pudiendo contar para la cumplida realización de su propósito con un ataque combinado de las tropas disponibles de la plaza; o bien, esperaba las altas horas de la noche para dar una sorpresa a los realistas en su propio campo, en lo cual sería ayudado por salidas simultáneas de los sitiados.

Si el primer proyecto no le daba todas las seguridades, el segundo a nuestro modo de entender habría sido coronado con los lauros de un éxito brillante. (1)

---

(1) Con sobrada razón dice el señor Barros Arana, después de describir las escenas que tuvieron lugar en el campo realista cuando Ossorio dió orden de levantar el sitio, lo siguiente:

Un repentino asalto en medio de las sombras de la noche sobre una tropa rendida de cansancio por los tremendos combates del día, aterrorizada por los percances recibidos i decepcionada al ver que las esperanzas de obtener una victoria se habían convertido en tristes pavesas, era un triunfo casi seguro.

¿Qué horrible confusión no habría habido entre los realistas al verse sorprendidos por retaguardia i tomados entre dos fuegos, es decir, los de Carrera i los de O'Higgins que no se habrían dejado esperar?

Esto nos parece fuera de toda discusión.

¿En qué se ocupó Carrera durante el 1.° de octubre?

Según él en movimientos encaminados a evitar ataques del enemigo que sólo existieron en la fantasía de unos cuantos ilusos que creían encontrar un cuerpo de tropas realistas en las agrupaciones de rocas de las montañas vecinas, en unas cuantas partidas de caballería de los mis-

---

«En aquellos momentos de angustia i confusión para los realistas, cuando la inmensa superioridad numérica no había podido salvarlos de verse rotos i desconcertados, una carga de la tercera división del ejército insurjente habría bastado para destruirlos completamente. Estaba ésta acampada en los graneros de la hacienda de la Compañía, a tres leguas de Rancagua: desde allí se oían perfectamente los cañonazos de la batalla, pero no se movió ni una sola partida para socorrer a los sitiados.»

mos patriotas i en otros espejismos propios de imajinaciones acongojadas por los fantasmas de un temor exajerado. (1)

---

(1) Damos la palabra al mismo Carrera en su *Diario:*

«Avancé (luego que supo el comienzo de la batalla) la Guardia Nacional para que incomodase al enemigo con guerrillas, i este cuerpo tomó posesión de todos los potreros i fincas inmediatas a la Cañada (de Rancagua).—El coronel Benavente me dió parte de una columna enemiga que por el camino de Machalí, se dirijía como para la cuesta de Chada.—Un escuadrón de caballería de los Húsares se destinó al reconocimiento, i como confirmase el primer parte, me ví en la necesidad de mandar la infantería i la artillería a que se posesionasen de la Angostura para impedir que el enemigo lo hiciese, logrando impedirnos la retirada, interceptando las comunicaciones i tropas sorprendidas hasta tomar la capital.

«No tardó en saberse que la columna de caballería de Portus había sido despedazada por el enemigo. Hice avisarla para que se incorporase con la 3.ª división, oficié al gobierno lo ocurrido, puse guardias en la Angostura i pedí que avanzasen las fuerzas de retaguardia que consistían en 170 artilleros con 6 piezas de artillería, 116 infantes a las órdenes del comandante Bustamante, i 150 lanceros a las de don Fernando Gorigoitía.—CON ESTE REFUERZO ERA BASTANTE PARA FACILITARSE LA COMUNICACIÓN CON LAS TROPAS ENCERRADAS I PARA OBLIGAR AL ENEMIGO A UNA RETIRADA. La infantería i artillería volvió sobre Rancagua. Al anochecer estábamos en las casas nuevas de Cuadra.—Reforcé a los Húsares con dos piezas de artillería i 60 fusileros, i mandé que acampase el resto de la fuerza en aquellos potreros.

«No cesaba el vivo fuego del enemigo sobre nuestras divisiones, DESEABA EL DÍA PARA PROTEJERLOS EN CUANTO NOS FUESE POSIBLE.» Después da cuenta detallada del aviso que recibió de O'Higgins i de la contestación que le dió.

¿En qué se ocupó durante la noche?

En *desear el día* para *protejer* las divisiones encerradas en la ciudad, es decir, en aspiraciones puramente platónicas.

Pero, entretanto, mientras discutimos estas graves cuestiones, las sombras de la noche se destiñen poco a poco i comienza a amanecer dibujándose en la atmósfera las primeras sonrisas de la mañana.

De estos extractos se desprenden hechos de que es necesario dejar constancia:

1.° De que Carrera se encontraba con fuerzas bastantes «*para obligar al enemigo a una retirada*.»

2.° Que escuchó desde un principio «*el vivo fuego*» sobre Rancagua.

3.° Que esperaba el día para *protejer* las divisiones encerradas *en cuanto le fuese posible*.

De paso agregaremos que los anuncios que recibió de que hubiera realistas amagando la 3.ª división o fuera del estrecho circuito de Rancagua, fueron falsos, como que en verdad a Ossorio no le pasó por la mente separar tropas de un lugar en el que estaba en serio peligro i en grandes apuros.

CAPÍTULO XVIII

Al amanecer del día 2 de octubre O'Higgins observaba los movimientos del enemigo.—Los realistas emprenden el cuarto asalto jeneral.—Son rechazados.—A las diez de la mañana llega la 3.ª división en momentos que Ossorio ordena el quinto asalto.—Progresos de José Miguel Carrera. —Las caballerías de la 3.ª división obligan a retirarse a las del enemigo. —Después de estas ventajas, Carrera se queda estacionado.—O'Higgins hace una salida para ayudar a Carrera.—La 3.ª división emprende la retirada i abandona a su suerte a Rancagua.

Los destellos de la aurora del día 2 de octubre, al clarear los cielos, dejan ver en el campanario de la Merced, vijía de los patriotas, a un hombre bajo de cuerpo, cara llena, frente ancha, tez sombreada, pelo crespo i en desorden, ojos azules i mirada ardiente. Sus espaldas son anchas, su pecho turjente i sus mejillas rojas. Viste uniforme sencillo. Su casaca i kepi están cubiertos de polvo i ennegrecidos con el humo del incendio i de la pólvora. Sus visuales están dirijidas fijamente a los Graneros de la hacienda de la Compañía. Lleno de emoción persigue las sombras que se dise-

ñan en lontonanza, creyendo encontrar en ellas las avanzadas de la 3.ª división.

Penetra con las pupilas de la imajinación los bosques que circundan la ciudad i que estrechan el radio del horizonte que está al alcance de su vista. Ilusionado con los espejismos que, como el mar i el desierto, tienen el deseo i la esperanza, había olvidado por un instante que cerca de sí el ejército realista tocaba sus clarines i emprendía un asalto jeneral, cuarto del sitio.

Aquel atalaya que silencioso i meditabundo escudriñaba el espacio, era Bernardo O'Higgins. Las descargas simultáneas que contra el enemigo hicieron las trincheras, lo hicieron bajarse del campanario para subir a caballo i dirijir de nuevo el combate.

Al abandonar la torre de la Merced, dejó en su lugar a un oficial encargado de darle cuenta en el acto que divisara alguna polvareda que anunciase la llegada de la 3.ª división.

Entretanto los fuegos del enemigo i de las trincheras patriotas llevan la muerte i la desolación por do quier. La ciudad se ve envuelta en un doble círculo de llamas i de bayonetas. La tierra tiembla con el estruendo de la artillería i de la fusilería. El bombardeo no cesa un momento. Hai ocasiones que algunos valientes sitiadores llegan hasta las mismas barricadas con el ánimo de escalarlas para clavar los cañones i rendir la plaza;

pero allí son recibidos a culatazos i tienen que volver cara ante las afiladas bayonetas de los heroicos defensores.

Por cuarta vez los sitiadores se ven rechazados con grandes pérdidas. Esto no impide que a lo lejos sigan dando fuego i sigan su obra de destrucción en las casas de la ciudad.

Poco antes de las diez de la mañana el vijía dejado en la torre de la Merced, al divisar por el lado de los Graneros nubes de polvo que se ajitan alrededor de masas en movimiento, grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva Chile!

—¡Viva Chile!

La fausta nueva de la aproximación del jeneral en jefe se esparció con la lijereza del rayo por la plaza, despertando en el corazón de los intrépidos defensores las fugaces alegrías de la esperanza.

Igual entusiasmo tuvieron Napoleón I i su ejército, cuando en las horas más críticas de Waterloo vieron en lontonanza un punto negro que se ensanchaba i acercaba gradualmente i cuando creyeron que esa nube era Gruchy que venía con su división a decidir la batalla. En Rancagua como en Waterloo aquel regocijo i aquel júbilo iban a vivir lo que viven los devaneos de un sueño.

Los realistas aprovecharon esos instantes para emprender a las diez de la mañana un quinto

asalto. En éste como en los anteriores fueron derrotados por los patriotas que se batían con la indomable fiereza de Leonidas. Morían a los pies de sus banderas i de sus cañones con el rifle empuñado, mordiendo los cartuchos o con el lanzafuego en la mano. Al caer, todavía conservaban la amenaza en el ceño i el relámpago en la mirada. Así morían los espartanos en las Termópilas.

Un sol ardiente i hermoso baña a esas horas con raudales de luz los cielos i la tierra. El calor es sofocante. Los floridos campos que alfombran el ancho valle de Rancagua, libres del hielo del invierno, ostentan los colores i poesía de la primavera.

¿Qué hace por su parte José Miguel Carrera?

En cumplimiento de su promesa, al amanecer del domingo 2 de octubre se puso en marcha hacia Rancagua, estacionándose en la Quinta de la Cuadra a una milla del pueblo. En el acto envió su vanguardia al mando de Luis Carrera con dos cañones para tomar posesión de los callejones que desembocan en la Cañada de la ciudad. Al recibir esta orden Luis Carrera, joven tan simpático e hidalgo como valiente i desprendido, avanzó por los senderos mencionados, rompió los fuegos contra «una batería que los españoles habían levantado en la boca de la cañada i sostuvo a pie firme un mortífero fuego de metralla» (1).

---

(1) Señores Amunátegui en la *Reconquista española.*

Entretanto las caballerías de la 3.ª división capitaneadas por los hermanos José María i Diego José Benavente, se lanzan a escape a detener los escuadrones de Elorreaga i Quintanilla que venían a cargar sobre los patriotas. El avance de los Benavente hecho con intrepidez i pericia hizo retroceder a los realistas i aún más, Diego José «rechazó un escuadrón que los atacó por retaguardia» (1).

José Miguel Carrera, como pudo formó una pequeña división de 250 fusileros i con ella tomó posesión «en una venta que está a tres cuadras de la Cañada.»

El enemigo para impedir el progreso de dichas fuerzas apostó en la boca de la Cañada un cañón i algunos infantes que esparció por las casas vecinas i murallas.

Aquí quedaron los avances i tentativas de la 3.ª división para marchar en socorro de la plaza. Por el momento se estacionó sin pensar más en emprender un ataque a fondo, una escaramuza o siquiera enviar guerrillas que tiroteasen la retaguardia enemiga (2).

---

(1) Palabras dichas por él mismo en su *Memoria* tantas veces citada.

(2) «A pesar de haber alcanzado tan importantes ventajas en los primeros momentos, el jeneral Carrera no avanzó de ese punto. Desde allí no podía incomodar a los realistas, i ni aún alcanzaba a dividir su atención para favorecer a los sitiados, que

Las maniobras de la 3.ª división eran seguidas con ansiedad indescriptible por los que estaban en la plaza. Una vez rechazado el quinto asalto, O'Higgins se subió a los tejados del Cabildo para observar tranquilamente las evoluciones i adivinar los propósitos del jeneral Carrera, a fin de secundarlo en la medida de sus fuerzas.

Cerca de las once del día, al ver O'Higgins que los patriotas habían hecho retroceder las caballerías realistas i al imajinar que el plan del jeneral en jefe era penetrar en Rancagua por la calle de Cuadra, creyó llegado el momento de protejerlo en lo posible i de prestarle apoyo con los pobres recursos de que podía disponer. Al efecto ordenó una salida por la trinchera del Poniente que enfrentaba a la calle de Cuadra, para despejarla de un piquete de soldados que Montoya había mandado para apoderarse de una casa de mucha importancia para la defensa i el ataque. Inmediatamente salió el capitán Molina a la cabeza de un puñado de bravos i cargó con ímpetu irresistible. Los realistas tuvieron que huir, no antes de haber sido acuchillados sin piedad (1).

---

en ese momento se batían con una heroicidad i denuedo superiores a todo elojio. Fuera del alcance de los fuegos del combate, don José Miguel permaneció a la entrada de los callejones que conducen a la Cañada de Rancagua, sin intentar ataque alguno.» —Barros Arana.—*Historia Jeneral de la Independencia.*

(1) «O'Higgins, sin embargo, dice el señor Barros Arana, creyó

que le había llegado el caso de cargar sobre el enemigo. En la calle de Cuadra, en donde los realistas habían hecho muchos destrozos, se presentó una partida de éstos en columna a posesionarse de una casa. El jeneral O'Higgins despachó inmediatamente en contra de ellos al capitán Molina, a la cabeza de un piquete de fusileros. Cargaron éstos a la bayoneta, hicieron grandes estragos entre los enemigos, i, temiendo que fuesen reforzados, volvieron precipitadamente a la plaza.»

O'Higgins, en las Memorias que se le atribuyen, hablando de la salida que hizo el capitán Molina dice que la «verificó con buen suceso, cargando a la bayoneta a 150 Talaveras (este es un error porque los Talaveras estaban en la calle de San Francisco) que se habían refujiado en una casa, en la que habían hecho una carnicería del señor de ella i su familia, dejando pasados a cuchillo allí mismo 50 de esos infames chapetones, i poniendo en fuga los demás.»

Juan Thomas en los *Apuntes* citados, da cuenta de un incidente del sitio que no hemos visto confirmado; pero que, salvo errores de nombre i de detalle, ha de referirse al narrado por los señores Barros Arana i O'Higgins. Hélo aquí:

«El jeneral O'Higgins no duda ya de la victoria i que el enemigo huye (se refiere al momento que las caballerías de Benavente habían hecho huir a las realistas); desciende a toda prisa a la plaza i da orden instantáneamente que monten los dragones i salgan por la trinchera del sur i del oeste contra el enemigo que cree en fuga. El capitán Ibáñez i el teniente Maruri se lanzan entonces por la trinchera del capitán Astorga i acuchillan a los Talaveras en su propio parapeto. El ayudante Flores, que ha salido con otro piquete por el costado del oeste, sorprende un destacamento enemigo ocupado en saquear una familia, i lo pasa a cuchillo.» El ataque de Ibáñez i Maruri fué en el primer asalto.

Los defensores de la plaza al contemplar la estoica impasibilidad de José Miguel Carrera, comienzan a llamarlo con repiques de campana, salvas i señales que, como luego se verá, fueron interpretados en otro sentido.

Preocupado O'Higgins con el capitán Molina que en esos instantes se replegaba a las trincheras, había dejado de observar a la 3.ª división. En ambas filas había la calma de un armisticio. Los fuegos habían cesado. Los belijerantes estaban preocupados tan sólo en lo que sucedería en la Quinta de la Cuadra.

Fué entonces cuando O'Higgins oye a su lado las exclamaciones de:

—¡Ya corren! ¡Ya corren!

En el acto vuelve bruscamente la cabeza i pregunta:

—¿Quién corre?

—La tercera división, le responden.

¿Qué pasaba?

CAPÍTULO XIX

Razones que da José Miguel Carrera en su *Diario* para justificar su retirada.—Las que da Diego J. Benavente en su Memoria.—Las que dan a su vez los señores Amunátegui.—Análisis del argumento de que la plaza estaba en silencio a las 12 i que sólo se oían repiques de campana.—Carrera se contradice.—Tuvo poca prevision.—Estudio de su segunda disculpa.—No es admisible.—Su avance no debió ser sólo para un reconocimiento.—Hai diferencia en las órdenes de viva voz i en las que dió en el papel que mandó a O'Higgins.—No debió moverse hasta la rendicióndе la plaza.—Era un proyecto censurable según la estratejia, pensar volver a Paine con tropas ya diezmadas.—Estudio de la tercera disculpa.—El enemigo no podía tomarse a Paine sin haber sido notado.—Aunque se lo hubiesen tomado, Carrera no debió abandonar a Rancagua a su suerte.—Análisis de la cuarta disculpa.—Aunque hubiese temido ser derrotado, Carrera debió entrar en auxilio de la plaza.—El honor militar i la salvación de la patria así se lo exijían.—Calumnias que se han lanzado contra Carrera por su retirada.—No hubo traición ni perfidia.—Le faltó enerjía i audacia.—Paralelo entre O'Higgins i Carrera.

José Miguel Carrera, en verdad, estuvo estacionado a un paso de Rancagua por largo espacio de tiempo, hasta que al fin, a las doce del día, dió orden de retirarse i volverse a la Angostura de Paine.

¿Por qué el jeneral patriota abandonó su puesto?

¿Por qué dejó entregada a su suerte la plaza de Rancagua?

¿Por qué, después de hacer despertar bellas esperanzas a los defensores de la ciudad sitiada, los deja envueltos en las sombras de amargas decepciones i de triste desamparo?

Como este es un punto de los más graves de la historia de la Revolución de la Independencia, creemos útil exponer en extenso las opiniones sustentadas por el mismo José Miguel Carrera i por todos los principales escritores que han estudiado este problema, causa directa de la ruina de Chile, antes de dar nuestro humilde fallo.

Comenzamos por trascribir íntegras las pájinas que Carrera destina en su *Diario* a todas las operaciones ejecutadas en el día 2 de octubre por la 3.ª división.

«Al amanecer, dice, se puso en marcha la 3.ª división, i no paró hasta que tomó posesión de los puntos que ocupaba la guardia nacional (es decir la vanguardia de Luis Carrera), la que no perdonaba momentos para incomodar con guerrillas al enemigo.—Antes del ataque escribí al gobierno el oficio núm. 125.—Determiné hacer lo único que se podía con una fuerza de 368 fusileros.—Desmontando parte de los fusileros nacionales, se formó una división de 250 infantes que tomó posesión de una venta que está a tres cuadras de la Cañada.—La guardia nacional se formó en los

potreros que están a la derecha de la venta.—El enemigo colocó atrincherados en las tapias 200 fusileros para contener la guardia nacional.—Destacó igual fuerza sobre la infantería i otra igual por la izquierda de nuestro línea, que corrió sobre nuestra retaguardia haciendo un fuego vivísimo: el teniente coronel Benavente la sostuvo.—El coronel Carrera rechazó a los que le atacaban i avanzó una pieza de artillería, que batía la que el enemigo tenía puesta en la boca de la Cañada.—La guardia nacional obligó a retirarse a las guerrillas enemigas.—No podía hacer más nuestra débil división: rechazó por todas partes al enemigo contra quien se mantuvo por cuatro horas a la defensiva.—La guardia nacional no podía romper a lanza i pecho de caballo, los tapiales que abrigaban al enemigo, i yo no podía permitir que 250 fusileros tomasen a viva fuerza un puesto atrincherado i sostenido por fuerzas mui superiores.—Lo que únicamente se podía hacer fué lo que se hizo: llamar la atención del enemigo para que los sitiados pudieran cumplir mis órdenes, incorporándose a la 3.ª división, que distaba de ellos seis cuadras.—Sabían mui bien los sitiados que mi división constaba de bastante caballería i de mui pocos fusileros.—¿Cómo podían presumir que yo atacase la Cañada, cuando todo el ejército enemigo estaba en posesión de ella?—Si algún ignorante dice que debí hacerlo,

es preciso confiese que la 3.ª división podía haber batido el ejército de Ossorio en campaña, por dos razones: 1.ª porque en campaña podía obrar mi caballería con ventaja, i 2.ª porque el enemigo en el campo no tendría casas, tapias ni trincheras en que ponerse a cubierto.—Para exijir que la 3.ª división atacase la Cañada es preciso confesar que debió haber seguido hasta la plaza, porque una vez vencido el punto fuerte ¿por qué no abrazar a nuestros hermanos que hacían la heroicidad de mantenerse encerrados, mientras nos dispensaban todas las glorias? Confesará también que teníamos algún objeto para encerrarnos en Rancagua dejando al enemigo en libertad para irse a la capital, si le daba ganas.—Ultimamente confesará una de dos cosas, o la 3.ª división olvidada de las fuerzas que tenían las dos primeras, debió haber entrado a sacrificarse, por ahorrar la sangre de los que tenían obligación i necesidad de salir, o la 3.ª debía conocer que la cobardía, ignorancia i abandono de los de la plaza era tal que veían la ruina de Chile con frialdad. ¡Cuál sería mi admiración cuando en cuatro horas de fuego no observábamos el menor movimiento de parte de los sitiados! El enemigo hacía movimientos sobre nuestra retaguardia, i nos presentaba fuerzas mui superiores; nada era esto, lo espantoso para nosotros era ver que mientras más nos empeñábamos los de la 3.ª división, menos fuego se hacía de la

plaza, llegando al extremo de callar enteramente.—Me persuadí i todos creyeron que la plaza estaba capitulando o iba a capitular.—¿Qué hacer en tales circunstancias?—Estoi satisfecho de haber llenado mis deberes ordenando la retirada a la Angostura, para fortificarnos en aquella ventajosa posición llamando en nuestro auxilio 191 fusileros i artilleros que había dicho al gobierno se llamasen de los diferentes puntos en que no eran ya necesarios.—La retirada se verificó con orden i mui despacio; en el cerro Pan de Azúcar hicimos alto i los centinelas de la altura avisaron que volvía a hacer fuego la plaza. Mandé un propio para que apresurasen la marcha de 116 fusileros, que mandaba el capitán José Antonio Bustamante, i mayor fuerza el teniente coronel Serrano, con el fin de volver en auxilio de la plaza.—En estas circunstancias se me avisó que el enemigo estaba posesionado de la Angostura i marchamos a atacarlo, se falsificó la noticia i los fuegos de la plaza volvieron a cesar.—Determiné pasar la noche en la Angostura, recibir allí el refuerzo i obrar al día siguiente en vista de las circunstancias.—Poco duró este proyecto porque el teniente don Gaspar Manterola, del batallón de Granaderos, llegó a nosotros anunciando la rendición de la plaza, de la que se habían escapado muchos oficiales i soldados de los que tenían caballos.»

Benavente, en su Memoria, da como disculpas

de la retirada las mismas de Carrera, como que toda su obra es sólo un extracto del *Diario* de dicho jeneral.

Los señores Amunátegui en su *Reconquista Española*, en el fondo reproducen los argumentos de Carrera, diciendo:

«Carrera, después de haberse mantenido un largo espacio de tiempo en su puesto, escuchó dentro de la plaza en lugar del estruendo del combate, repiques de campana, con los cuales los sitiados pensaban dar a entender su angustia, i en vez de dar este sentido a aquella señal, creyó al contrario que era un indicio de que se habían rendido.

«Algún tiempo después de haber abandonado don José Miguel Carrera las cercanías de Rancagua, el estampido de los cañonazos que retumbaban de nuevo le advirtió que la ciudad no había sucumbido. Iba a dar orden de volver a ocupar la posición que acababa de dejar, cuando se le trajo la noticia de que el enemigo marchaba a apoderarse de la Angostura de Paine. Se sabe la importancia que asignaba a este puesto; así no vaciló en correr a defenderlo. Apenas se había convencido de la falsedad del aviso, supo que habían escapado de Rancagua con los dragones O'Higgins, don Juan José i algunos otros.»

Conocidas las defensas principales que se han hecho para justificar la orden de retirada que dió

José Miguel Carrera con dirección a Paine, podemos ya discutirlas a la luz de los hechos, i sin pasión de ningún jénero (1).

Los argumentos los discutiremos uno a uno.

1.° *Que a las 12 M. había profundo silencio en la plaza i que sólo se oían de cuando en cuando repiques de campana, lo que hizo creer a Carrera que la ciudad se había rendido.*

Esta disculpa es inadmisible dentro del honor militar, dentro de la previsión que debe tener un jefe i dentro de la verdad histórica.

Antes de todo ¿por qué no cargó antes de esa hora, cuando los tales repiques no existían i cuando la suspensión de armas que siguió al quinto asalto de los realistas no tenía lugar?

¿Por qué permaneció, según propia confesión, *cuatro horas* al frente del enemigo sin emprender un ataque definitivo, sin jugar el todo por el todo?

¿Por qué después de las ventajas obtenidas por sus caballerías no prosiguió su marcha?

Sombras i siempre sombras.

---

(1) Sostiene el señor Vicuña Mackenna en nota puesta a la *Reconquista Española* de los señores Amunátegui i en otra colocada en el *Ostracismo del jeneral O'Higgins*, que el heroico coronel Luis Carrera rompió su espada en la Alameda de Rancagua al recibir la órden de contramarchar. No hemos encontrado un justificativo de esto; pero no extrañamos tal acción en un joven tan valiente i pundonoroso como Luis Carrera.

Si los repiques i el silencio de la plaza podían autorizar la *sospecha* de una rendición, no podían autorizar que la 3.ª división abandonase el campo sin que previamente de un modo *claro* i *efectivo* se hubiera *constatado* la capitulación.

¿Qué hechos confirmaron tal sospecha?

Ninguno.

Los realistas permanecieron en sus puestos, ninguna de sus divisiones marchó en persecución de las tropas de José Miguel Carrera, ningún movimiento ofensivo anunció con su realización la existencia de una victoria por parte de ellos.

Además, si el jeneral patriota abrigaba esa sospecha ¿por qué no envió partidas de reconocimiento para cerciorarse de la verdad de lo acaecido?

¿Por qué no esperó que los acontecimientos por sí solos le revelasen la causa de ese silencio i de los repiques de campana?

La táctica militar, la lójica i el buen sentido no pueden aceptar una contramarcha i un repliegue al frente del enemigo, tan sólo porque se *presume* o se *malicia* que la plaza a que se iba a socorrer se ha rendido.

Pero, aceptemos en hipótesis que fuera fundado ese motivo, aceptemos que el silencio de Rancagua i los repiques de campana pudieran haber autorizado con justicia a José Miguel Carrera a abandonar a su suerte las dos principales divi-

siones del ejército patriota, ¿por qué entonces, preguntamos, no volvió volando en auxilio de los sitiados, cuando a los pocos minutos de haberse puesto en camino hacia Paine sintió, según también lo confiesa, el ruido de los cañones que anunciaban que los defensores de Rancagua todavía estaban en pie i todavía tenían bríos para reanudar el combate.

Desde que Carrera declara haber sabido en el cerro de Pan de Azúcar la renovación de la batalla, debió necesaria e indefectiblemente correr en socorro de sus compañeros, aun a costa de su vida.

Esta confesión echa también por tierra la disculpa fundada en el silencio de la plaza i en los repiques de campanas que le hicieron sospechar una rendición.

2.° *Que el objeto que tuvo la marcha de la tercera división hasta llegar a los callejones que desembocan en la Alameda o Cañada de Rancagua, fué tan sólo para protejer la salida de los sitiados i después dirijirse todos juntos a la Angostura de Paine.*

También es inaceptable.

Según Carrera, la contestación que dió a O'Higgins cuando éste le escribió pidiéndole municiones i la carga de la tercera división constó de dos partes: una *escrita* i otra *verbal.*

La escrita fué:

«Municiones no pueden ir sinó en la punta de

las bayonetas. *Mañana al amanecer hará sacrificios esta división.* Chile para salvarse necesita un momento de resolución.»

¿En qué parte de esta esquela dice que se moverá, nó para socorrer a los sitiados, sino para protejer la retirada de ellos?

¿Dónde le avisa que la protección consistirá sólo en llamar la atención del enemigo, a fin de facilitar a O'Higgins la salida con sus divisiones?

La parte *verbal* de la contestación se contiene en la siguiente frase del *Diario* de Carrera.

«Premié al soldado (el dragón) con dos onzas de oro i le repetí muchas veces, dijese a O'Higgins i a Juan José *que no quedaba otro arbitrio para salvarse que hacer una salida a viva fuerza para reunirse a la 3.ª división que los sostendría a toda costa.*»

Advertimos que no hai comprobación de ningún jénero acerca de que el dragón haya dado el recado verbal.

¿Pero, por qué no se *escribió* la orden fundamental?

¿Por qué se dijo de viva voz, algo que se contradice con lo escrito?

¿Por qué de palabra se dice:—*salgan ustedes de la plaza*—i en el papel se dice:—*al amanecer hará sacrificios esta división*—es decir, marcharemos en socorro de ustedes?

Puntos inexplicables, manchas negras que oscurecen la verdad de lo sucedido.

Supongamos que el dragón hubiese cumplido al pie de la letra las instrucciones, hecho que no está demostrado.

¿Qué habría pensado O'Higgins?

¿Qué camino habría escojido?

¿A qué le habría hecho juicio i dado más crédito, al papel o al recado?

Apuremos todavía más la hipótesis.

Supongamos que Carrera hubiera estado íntimamente persuadido de que O'Higgins había recibido la orden tal como la escribió ¿qué línea de conducta debió observar?

Debió comenzar por hacer demostraciones encaminadas a facilitar la retirada de los sitiados. Esto se hizo según él.

Pero cuando vió que los de la plaza no salían ¿por qué no procuró investigar lo que podía pasar?

Prima facie, como jefe precabido, debió colocar el secreto de la inamovilidad de O'Higgins en las dos haces del siguiente dilema: o no recibió la orden o si la recibió no la pudo cumplir por no tener medios ofensivos disponibles después de veinticuatro horas de combate.

En el primer caso, hecho por lo demás mui natural porque al ojo de Carrera no podía ocultársele que el dragón pudo mui bien haber sido apresado por el enemigo, debió atacar a toda costa porque no se podía dar cumplimiento a una orden no recibida.

En el segundo caso, hecho también mui posible, debió a su vez atacar, porque era más lójico que cargara el que contaba con tropas más descansadas i frescas.

Aun en la peor circunstancia, aun cuando Carrera se hubiese paralojizado hasta el último extremo; no por ello habría estado autorizado para retirarse. Si su error de concepto podía atenuar la falta de cargar, no podía ni puede autorizar un abandono total de sus posiciones i un repliegue que era un desaliento para los patriotas i un anuncio de victoria para los enemigos.

Inútil nos parece agregar que la idea de acercarse a Rancagua para concentrar las divisiones i volverse a la Angostura de Paine, es un error militar de los más graves i trascendentales que se pueden cometer. Para demostrar este aserto nos basta referirnos a las alegaciones que hemos hecho antes cuando discutimos los planes de ambos caudillos, en donde probamos hasta la evidencia las fatales consecuencias que habría producido el hecho de ejecutar maniobras mui peligrosas i hacer defensas sucesivas con tropas en su mayor parte reclutas, desmoralizadas i sin elementos de movilización.

3.° *Que José Miguel Carrera, cuando en el cerro de Pan Azúcar quiso volver en protección de Rancagua por habérsele dicho que el combate había comenzado de nuevo, no pudo ejecutar su proyecto*

porque «en estas circunstancias se le avisó QUE EL ENEMIGO ESTABA POSESIONADO DE LA ANGOSTURA *i marchó a atacarlo.»*

¡Ah! ¿Con que esa garganta, «las Termópilas de Chile,» que era más inexpugnable que Rancagua i que, si se hubiese colocado allí el ejército patriota, habría sido la tumba de los realistas que contaban cinco mil hombres disciplinados, iba ahora a ser atacada por 966 soldados bisoños con esperanzas de éxito?

¿Con que este proyecto absurdo, que no puede justificarse jamás por la estratejia i la previsión militar, es disculpa bastante para entregar a su suerte a Rancagua que hacía ya cerca de treinta horas que resistía heroicamente?

¿Con que más valía para los intereses de la patria lanzarse con un puñado de reclutas a tomarse a viva fuerza la Angostura de Paine en poder del enemigo, que salvar las divisiones que sucumbían dentro de la ciudad?

En todo esto hai contradicción i falta de buen sentido.

Además, ¿cómo es imajinable que Carrera pudiera creer en la supercheria de que los españoles se habían *posesionado* de Paine?

¿Por dónde habrían cruzado sin que antes hubiesen tenido que chocar con la 3.ª división?

Carrera que había escojido esa garganta para punto de defensa, a despecho de la opinión con-

traria de O'Higgins ¿no sabía que para ocupar a Paine, viniendo del sur, era preciso tomar caminos que él mismo ocupaba o, por la inversa, era necesario hacer un larguísimo movimiento circular i marchas diagonales por ásperos cerros que no podían ejecutarse ni en horas, ni en uno o dos días?

Doblemos la hoja por respeto a la lójica.

4.° *Del fondo de la argumentación de Carrera se desprende que no cargó porque no se encontraba con las fuerzas suficientes para hacerlo con probabilidades de éxito. Que si hubiese atacado con su división habría sido derrotado.*

¿Es aceptable esta razón?

Siendo cierto i positivo que él i sus soldados habrían sido despedazados al emprender el asalto ¿aun así estaba obligado a tentar un socorro?

Sí, sí i mil veces sí.

En Rancagua los patriotas, defensores de una gran causa, jugaban el todo por el todo. Si vencían, su victoria habría puesto sobre bases inconmovibles la independencia nacional; si eran derrotados, la patria sucumbía con ellos.

En tal circunstancia no se podía adoptar otro plan que el que se encierra en el lema lejendario del ejército chileno: vencer o morir.

Por eso la obligación de Carrera era entrar por la razón o la fuerza, aunque fuera preciso quedar en la demanda en compañía de todas sus tropas.

La guerra en que el país estaba envuelto no era

una guerra común, como las que de tiempo en tiempo tienen las naciones, se trataba de una lucha revolucionaria, desesperada, resuelta. Esta clase de luchas exíjen heroísmo, sacrificios superiores, resoluciones supremas.

Los defensores del país i de los principios revolucionarios, en aquellas horas de angustia i de prueba, estaban divididos en dos partes: los que morían en Rancagua i los que rodeaban a José Miguel Carrera. Las probabilidades de victoria descansaban en la unión de las dos. El descompajinamiento era una ruina segura, infalible.

Si hubiera existido en Santiago o en cualquier otro punto del país algún cuerpo de ejército patriota, Carrera habría tenido cierta aparente razón para haberse retirado por serle imposible vencer, a fin de unirse al cuerpo mencionado i volver a vengar a los hermanos que habían sucumbido en Rancagua. Pero ésto no sucedía en el caso en cuestión; luego estaba de todos modos constreñido a volar en socorro de los sitiados.

Como se ve, ninguna de las alegaciones resiste al más lijero examen.

Esto ha hecho que los enemigos de Carrera se hayan atrevido a sostener que fué un traidor, que lo que se propuso fué dejar morir a O'Higgins i que si no atacó fué por cobardía.

Nada creemos i todo lo rechazamos con indignación.

Pero lo que es innegable, lo que flota sobre el mar de opiniones encontradas, lo que nadie podrá conmover jamás por jamás, es un hecho que fluye de por sí, i es que José Miguel Carrera no tuvo la audacia suficiente para lanzarse con su división en auxilio de Rancagua i estrellarse con las bayonetas de Ossorio. No fué un cobarde; pero no quiso ser un héroe. No fué ni traidor ni desleal, pero le faltó en ese momento la llama de inspiración que tantas veces después, en el curso de su ajitada existencia i hasta en el patíbulo, ardió en su corazón e iluminó su mente. Pudiendo haber decidido la victoria, aun a costa de su vida, como Desaix, prefirió desempeñar el modesto papel de Gruchy que por cuestiones de ordenanza i de táctica, sin quererlo, dejó que ingleses i prusianos destrozasen en Waterloo la corona de Napoleón el Grande.

Pero lo que sucumbió en Rancagua, Waterloo de Chile, no fué un imperio deleznable: fué todo un país.

Rancagua fué la tumba de la patria vieja. Allí cayó envuelta en sus banderas i salpicada con la sangre de su mejores hijos. Luego, mui luego, como Lázaro volverá a la vida al sentir sobre su corazón yerto el calor de nuevo heroísmo i de nuevas luchas.

Hai algo curioso de observar en los caudillos principales de la patria vieja, O'Higgins i Carrera.

O'Higgins en las batallas, en medio de los peligros, tomaba las proporciones de un jigante; sus faltas i debilidades se borraban como por efecto de majia; el hombre desaparecia para dar lugar al león de ajitada melena, de quemantes miradas i de aspecto majestuoso. Nunca en los combates se le vió flaquear, siempre fué el primero, i su gorra de soldado, como la alba pluma del casco de Enrique IV, se ostentaba siempre en donde el peligro era mayor, en donde se decidía la victoria o la muerte.

En cambio, en el poder, influenciado por consejeros que no siempre fueron buenos, sofocado en la atmósfera maligna del palacio, aguijoneado por sociedades secretas i por diplomáticos que muchas veces abusaban del noble corazón de él i de sus injenuidades, se dejó arrastrar por senderos extraviados i levantó odios i resentimientos que apenas han amortiguado la pesada lápida de la proscripción primero i del sepulcro después.

En José Miguel Carrera, hai dos personalidades distintas i mui bien caracterizadas: el hombre de poder i el perseguido en su patria i fuera de su patria.

En el poder, sea dictador, miembro de Junta de Gobierno o Jeneral en Jefe, no figuró en toda su majestad, no desplegó las fuerzas ocultas del jenio poderoso con que lo dotó la naturaleza. En sus cortos períodos de poder fué donde cometió

los grandes errores militares i políticos que se llaman sitio de Chillán, sorpresa del Roble, revolución contra Lastra, reconocimiento de los tratados de Lircai i retirada cerca de Rancagua que a nuestro juicio es el mayor.

Pero, libre de mando, perseguido, odiado, proscrito, revolucionario, en la prisión, puesto fuera de lei, víctima de las dos tremendas fatalidades que se llaman mala estrella i enemigos, errante por do quier, perdido entre salvajes, sin más regazo que la pampa, sin más techo que los cielos, sin otra esperanza que un patíbulo i sin otro pan que el amargo del destierro: entonces el hombre se cambia en titán i en su persona se refleja algo del jenio de César perdido con sus lejiones entre los ríos, bosques i montañas de las Galias.

Ambos querían la indepedencia de su patria; pero por diversos caminos.

Carrera anhelaba conseguirla estando él i sólo él a la cabeza; para O'Higgins era lo mismo el puesto de capitán de la nave que surcaba mares procelosos, que el de cabo de cañón.

Carrera no admitía ni superiores ni iguales; O'Higgins los admitía i los buscaba.

Carrera era orgulloso hasta la altanería; O'Higgins modesto hasta la humildad.

Carrera había nacido para mandar sin ser mandado; O'Higgins para mandar i ser mandado.

Carrera era ambicioso hasta el delirio; O'Higgins sin pretensiones.

Carrera, en fin, quería engrandecer a la patria para engrandecerse él; O'Higgins deseaba con todo el entusiasmo de su alma engrandecer i libertar a su patria, aunque personalmente quedase pequeño i esclavo.

CAPÍTULO XX

Honda impresión que causa en los defensores de Rancagua la retirada de la 3.ª división.—Se creen traicionados.—Heroica actitud de O'Higgins. —Palabras que dirije a los defensores de las trincheras.—Esfuerzos de los soldados.—Sexto ataque emprendido por los realistas.—Son de nuevo derrotados.—Lamentable estado de la ciudad i de los defensores.—No tienen artilleros.—Les faltan municiones, víveres i agua.—Estragos horribles del incendio.—Efectos causados por el bombardeo.—Calor sofocante.—Explosión del parque.—Sétimo ataque de los realistas.—Muerte heroica del capitán Hilario Vial.—Nadie, sin embargo, piensa en capitular.—O'Higgins resuelve abrirse paso por las filas enemigas a viva fuerza.—Elocuentes palabras que dirije a la tropa.—Manifestación heroica hecha por O'Higgins a Freire.—Salen los patriotas.—Carga sublime de los Dragones.— O'Higgins cruza una barricada.—Milagrosa escapada que tuvo.—Llega al camino de Chada i da una última mirada sobre la plaza.

Ya es hora de reanudar los acontecimientos.

Cuando los defensores de Rancagua tuvieron conocimiento de la retirada de la 3.ª división, la única esperanza de ellos, la única tabla de salvación, se deja oír en la plaza i en las trincheras las terribles exclamaciones de:

—Traición!

—Traición!

—Traición!

O'Higgins, que sintió desgarrarse su corazón en el pecho, no pudo expresar ni con el jesto, ni con la palabra, ni con la mirada las emociones que lo ajitaron, el abatimiento involuntario que por momentos invadió todo su sér, i la tempestad de indignación que se desencadenó en su alma.

No era temor; era desesperación.

No era miedo el que de ese modo lo hacía desfallecer; era el estupor que naturalmente se apodera de un hombre cuando *ex-abrupto* cae sobre él una desgracia imprevista i cuando ve desplomarse en un segundo sus ilusiones, sus proyectos, sus planes más queridos. Es el silencio extatico en que queda el león, rodeado de cazadores i sorprendido, antes de estirar sus garras, de sacudir sus crines encendidas i de dar el tremendo rujido precursor de sus asaltos desesperados.

El héroe chileno comprendió que como jefe responsable de la defensa de la plaza, no podía hacer ninguna manifestación de flaqueza, de vacilación, ni siquiera de duda. Yergue, pues, su hermosa cabeza, baja precipitadamente del tejado del Cabildo, llama con un grito a sus ayudantes, sube de un salto a caballo, desnuda su espada i, con rayos en la mirada, enerjía en el rostro i orgullo en la apostura, corre a las trincheras i habla a los últimos defensores con elocuencia irresistible, vertiendo la desesperación patriótica que es-

tremecía todo su sér en palabras quemantes i cláusulas de fuego.

Llega a una de las barricadas i exclama:

—Soldados! mientras nosotros existamos la patria no está perdida.

Sigue su marcha i al encontrarse con los bravos de otra que estaban al pie de sus estandartes, los electriza diciéndoles:

—Es preciso pelear hasta morir i morir como leones; el que hable de rendirse será pasado por las armas.

La guarnición contesta gritando a grandes voces:

—Viva la patria!

—Mueran los tiranos!

A esa hora, 1 de la tarde, el enemigo confiado en que no vendrá ningún auxilio a la ciudad, avanza en cuatro columnas i emprende el sexto asalto jeneral. Los patriotas se defienden con heroísmo verdaderamente sublime. Ya no abrigan en sus pechos esperanzas de triunfo. Se sostienen por honor, por no rendirse jamás, por probar que su resolución es de pelear mientras la vida circule por las venas, mientras haya fuerzas para sostener un fusil en la mano. Aquel puñado de valientes quiere morir; pero luchando i matando.

¡Con hombres de ese temple es como Chile se hizo independiente, es como se ha engrandecido

i es como ha llegado a las cimas de un progreso material i político que lo colocan entre los primeros pueblos de la América española!

¡Con soldados de esa talla es como la bandera de Chile se ha paseado en cien combates sin que jamás la victoria o el martirio hayan dejado de iluminar sus pliegues tricolores i su estrella esplendorosa!

La defensa de Rancagua en esos momentos de amargura, es digna de la epopeya. A falta de soldados, los paisanos que han quedado en la plaza i hasta las mujeres, tomando los rifles de los muertos, dan fuego desde las trincheras o desde los tejados de las casas.

El asedio se hace con más encarnizamiento.

Los Talaveras cuando consiguen acercarse a a algún lugar que les permita dejarse oír de los patriotas, les gritan entre amenazas e imprecaciones:

—Rendirse, traidores!

Los sitiados les contestan con descargas cerradas.

Los realistas son derrotados en el sexto ataque; pero no por eso desmayan. Por el contrario, se replegan para tomar aliento i prepararse para cargar de nuevo.

En estas circunstancias los sitiadores envían un parlamentario para exijir la entrega de Rancagua. Es recibido a balazos.

¿Cuál era entretanto el estado de la ciudad?

El domingo 2 de octubre fué un día ardiente como de caloroso verano. El sol arrojaba sobre Rancagua i los campos de alrededor rayos quemantes i abrasadores. Como el agua había sido cortada al comenzar el asedio, los sitiados se veían atacados de una sed rabiosa que los tenía como locos i expuestos a morir de insolación.

Los víveres se habían concluido, lo mismo que las municiones.

Los cañones caldeados, no podían cargarse porque los cartuchos estallaban antes de llegar al fondo del ánima.

Había artilleros que a falta de agua, refrescaban sus piezas con orines.

Otros, careciendo de metrallas los cargaban con pesos fuertes.

Los habitantes de la ciudad, encerrados en las iglesias de la Merced i San Francisco, imploraban de rodillas a Dios en medio de los proyectiles que hacían explosión a un paso de ellos i de las balas que cruzaban silbando por el espacio.

De la guarnición, dos tercios estaban muertos en las trincheras o gravemente heridos en el hospital de sangre que se había improvisado en la plaza.

Todos los artilleros estaban fuera de combate i había necesidad de suplirlos con infantes que tenían que aprender el manejo de los cañones al frente del enemigo.

Para aumentar los colores sombríos de aquel cuadro de horror, el incendio consumía con sus inmensas llamaradas casi toda la ciudad. Los escombros al caer, los techos al hundirse i las murallas al desplomarse, producían un estruendo aterrador. Un humo negro i espeso se elevaba en forma de espirales jigantescas hasta oscurecer los cielos.

El calor que causaba aquella hoguera colosal, sofocaba a los defensores i acrecentaba la sed que los devoraba.

Para que se pueda tener idea del incendio, baste saber que sólo en la calle de San Francisco ardieron sesenta casas.

Torbellinos de chispas saltaban por doquier, cayendo muchas de ellas en el rostro de los patriotas que impasibles seguían sosteniendo las trincheras perforadas ya i cubiertas de brechas profundas con la metralla i el bombardeo.

Para colmo de tanta desgracia, una de las mil chispas del incendio cayó en unos armones que había en una de las trincheras, haciéndolos volar en mil pedazos entre un ruido infernal. Con este nuevo percance, la pólvora escaseó más i más, lo mismo que los cartuchos.

A esa hora, 4 de la tarde, Rancagua inspiraba lástima.

«A las cuatro de la tarde, dice O'Higgins en la Memoria que se le atribuye, se encontraban más

de las dos terceras partes de los soldados de la guarnición muertos, los escombros incendiados que caían de las casas habían quemado algunos armones de las baterías, no les quedaban a los soldados más que dos o tres tiros i a muchos ninguno. Todos los artilleros habían perecido i los que suplían eran soldados de infantería».

Los realistas que sabían más o menos la situación penosa de la ciudad, volvieron de nuevo a la carga por sétima i última vez.

Los Talaveras con nuevos bríos se lanzaron contra la trinchera de San Francisco en la que hacía esfuerzos sobrehumanos el bravo capitán Antonio Millán. El famoso rejimiento de Maroto i de Morgado fué otra vez obligado a replegarse a sus líneas.

Mientras los Talaveras atacaban por la calle de San Francisco, el coronel José Ballesteros jefe de la 1.ª división realista que mandaba 1400 hombres cayó con intrepidez sobre la trinchera del este defendida bizarramente por el capitán Hilario Vial. El choque fué recio. Los realistas parapetados en las casas i alentados por sus oficiales entre los que descollaba el tremendo Vicente Benavides, tan famoso más tarde, mantuvieron un vivísimo fuego hasta que fueron rechazados.

Allí murió lleno de gloria inmortal i entre los laureles inmarcesibles recojidos en la batalla, el simpático capitán Hilario Vial que cayó en su

puesto de deber i de honor animando a los suyos mientras le quedó un rayo de vida en su joven naturaleza.

Pero aquella lucha era ya del todo imposible. Sin víveres, sin municiones, con cañones caldeados al calor rojo, sin artilleros, con un puñado de infantes, envueltos en un mar de llamas, destrozadas las trincheras, sin esperanzas de auxilio, las fuerzas reducidas al tercio de su número, sin agua para refrescar las fauces ardientes i casi ahogados por el humo: con estos elementos en contra no cabía ya medio de seguir luchando i de continuar un sitio que duraba ya más de treinta horas.

La Ordenanza Militar faculta en esas circunstancias la capitulación. La posteridad i la historia, estamos seguros de ello, habría estimado siempre como un hecho memorable i una acción heroica la defensa de Rancagua, aun en el caso de que en esos instantes de supremo dolor i abandono se hubiera rendido.

Pero O'Higgins no era hombre que conocía la palabra capitulación más que de oídas. Sentía latir dentro de su pecho un corazón en el cual jamás por jamás había cabido la vacilación, el terror o el aprecio por la vida en medio de los combates. El bravo de Chillán, del Roble i de Quechereguas no podía, pues, pensar en otra cosa que en morir peleando.

Fué en esos momentos cuando su heroísmo

llevado al delirio, le inspiró la idea de cargar con sus dragones al enemigo i de abrirse paso al través de los sitiadores con el filo de su sable i el empuje de su brazo.

Al efecto reúne en la plaza de Rancagua a los jefes, oficiales i soldados sobrevivientes i que no están por sus heridas en la imposibilidad de batirse. Allí el intrépido jeneral patriota siente en su alma las espinas clavadoras de agudo dolor, al ver reducidas sus lejiones a un puñado de valientes. Allí, al reflejo del incendio, entre el humo que los envuelve por todas partes i en medio de las balas que cruzan aquí i allá, O'Higgins con voz entera i varonil, dice:

—Compañeros: Hoi es el día de morir con honor, para vivir siempre en la memoria de los hombres; por imposible que parezca nuestra salvación, ya que por treinta i siete horas hemos cumplido con el deber más justo que el hombre conoce, de defender la patria amada, sea, pues, al dejarla para siempre, vendiéndoles a los tiranos nuestra sangre a precio mui caro, seguidme, amigos, a recibir la corona del martirio, que una vida de esclavos miserables, es una prolongada muerte.

Al decir estas palabras memorables hace subir sobre los 280 caballos que había en la ciudad, a 300 soldados de la guarnición, tanto de infantería como de caballería. Su plan es retirarse a Santiago. Para ello escoje la calle norte de la Merced

que desemboca a la Cañada que está defendida por las caballerías de Ossorio, a las órdenes de Elorreaga i Quintanilla.

Esto no los intimida. Saben que tienen que batirse por octava i última vez i, acostumbrados al fuego i a mirar la muerte con desprecio, no vacilan un solo instante. Los bravos dragones a la voz de mando de Freire, desnudan sus sables i con ellos levantados hacia arriba esperan la orden de carga para lanzarse contra el enemigo i venderles bien caras sus vidas.

Fué en este momento de supremo heroísmo, cuando Ramón Freire comenzó a dar a sus dragones una formación especial, a fin de protejer a O'Higgins en la salida. O'Higgins que en el acto comprendió las nobles i jenerosas intenciones de su subalterno, dándole un expresivo apretón de manos, le dijo:

—«Capitán Freire, usted es un valiente: celebro mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que usted me prepara. Yo, dijo colocándose delante de los suyos i echando su sable al hombro, debo atacar de frente al enemigo.»

Diciendo i ejecutando, cruza a escape la trinchera del capitán Sánchez i se lanza por la calle de la Merced gritando a toda voz:

—¡Ni damos ni recibimos cuartel!

Como ya se sabe, en la calle de Cuadra estaban

encargados de impedir la salida a los patriotas los coroneles Carvallo i Lantaño con sus batallones Valdivia i Chillán, ascendentes ambos a 1,002 hombres.

La pequeña división patriota fué al principio detenida en su paso por escombros ardientes, vigas encendidas, murallas desplomadas i cadáveres que cubrían el camino i ofrecían serios obstáculos a los caballos. Suspendida momentáneamente la marcha, se siguió, después de inauditos esfuerzos, a despecho de las balas que silbaban en todas direcciones.

Superados los primeros escollos, al desembocar a la Cañada se encuentran con los restos de una barricada enemiga que les cierra el paso. El caballo de O'Higgins, con las mil correrías del día, va mui fatigado i carece de los bríos que requieren las circunstancias. No puede, pues, saltar la barricada. Al ver en peligro a su jefe, los dragones que van a su lado echan pie a tierra i «agrupándose en derredor suyo levantan la bestia casi sobre sus pechos i la ayudan al otro lado» (1).

Al fin ese puñado de héroes propios de la leyenda, llegan a la Cañada i reciben de flanco los fuegos de otra de las divisiones realistas, mien-

---

(1) JUAN THOMAS. *Apuntes sobre la batalla de Rancagua* reproducidos por el señor Vicuña en la *Vida del Jeneral Bernardo O'Higgins*, páj. 298.

tras que partidas de las caballerías de Elorreaga i Quintanilla, los persigue con actividad. Algunos dan alcance a los fujitivos; pero son sableados sin piedad por los terribles dragones que hacen desesperados esfuerzos por salvar a su jeneral.

O'Higgins, que había tomado el camino de Chada, fué alcanzado por algunos enemigos. Uno de éstos se puso en acecho para caer de sorpresa sobre él. En efecto, escondido entre unos árboles del camino, le sale de repente sable en mano i tira un tremendo golpe a O'Higgins. Sin duda habría perecido el jefe de Rancagua, si oportunamente su ordenanza Jiménez no hubiera barajado el sablazo con su carabina, mientras el otro llamado Soto disparaba a boca de jarro sobre el osado realista, dejándolo muerto sobre el campo.

O'Higgins, que apenas avanzaba trecho a causa del cansancio de su caballo, subió sobre el del soldado enemigo i siguió su camino.

«El sol se ponía, i el caudillo chileno, echando una última mirada hacia el sitio donde quedaban sus compañeros, sólo vió en el horizonte una columna de humo que se levantaba al cielo en el silencio apacible de la tarde. Aquel humo era Rancagua....»

CAPÍTULO XXI

Los realistas penetran a Rancagua por la calle de San Francisco.—Defensa desesperada del capitán Millán.—Heroica muerte de Ibieta.—Lucha hasta morir acribillado de balazos.—El teniente Ovalle sucumbe abrazado de una bandera.—Yáñez sigue el ejemplo i también muere cubierto de gloria.—Asesinato del teniente coronel Bernardo Cuevas.—Destrozos horribles i matanzas hechas por los enemigos.—Escenas sangrientas en las iglesias.—Horroroso incendio en el hospital de sangre.—Mueren los heridos abrasados por las llamas.—Espectáculo que presenta parte de la ciudad.—Idea jeneral sobre la batalla de Rancagua.—Consecuencias para el porvenir—Número de muertos.

Al mismo tiempo que O'Higgins realizaba esta carga portentosa, los realistas penetraban por la calle de San Francisco en donde sólo había cadáveres i restos humeantes de la trinchera. En balde el desgraciado cuanto bizarro capitán Millán, que no pudo escapar con los dragones por estar gravemente herido, quiso hacer una inútil i desesperada resistencia. Solo, sin soldados, sin esperanza de auxilio, se arrastró como pudo hasta la plaza principal, dejando tras sí huellas sangrientas de su paso i se asiló en la iglesia parroquial en donde fué hecho prisionero.

La defensa de Rancagua no concluyó con la retirada de O'Higgins. Se acabó el combate jeneral; pero siguieron las luchas parciales de los últimos sobrevivientes i de los heridos de aquella gran batalla. No se van a batir ejércitos; se van a batir unos cuantos héroes que prefieren la muerte a la servidumbre i que no halaga más ideal que o vivir libres o morir antes de ser esclavos.

Así como después de un incendio quedan entre los escombros una que otra llama que brilla por segundos para extinguirse luego; del mismo modo, después de aquella lucha de titanes que duró más de treinta horas, entre las ruinas de la ciudad i de las trincheras, todavía hacen esfuerzos sublimes algunos patriotas que, aun vencidos, no dan ni reciben cuartel.

Entre estos oficiales dignos de la inmortalidad, descuella en primer término el capitán José Ignacio Ibieta, adalid que merece figurar al lado de los héroes de Homero. Habiéndole cortado las piernas una bala de cañón, desangrándose, sin más fuerzas que las de su alma superior, agobiado por la sed, el hambre, la fatiga i la fiebre que le producen sus heridas, abatido por un dolor agudísimo, de rodillas, defiende el paso de una trinchera, quema los últimos cartuchos, cierra sus oídos a las promesas de perdón que le hacen los realistas a nombre de Osorio i se bate hasta caer peleando al pie de una bandera. Así murió Leonidas.

En la plaza principal suceden otras escenas que caben mui bien en el cuadro de algún inspirado artista. El teniente José Luis Ovalle, mientras los españoles penetran por la calle de San Francisco, se abraza de uno de los estandartes i oprimiéndolo contra su corazón lo mantiene en alto hasta recibir una herida mortal. En ese estado quiere escapar; pero, después de recibir dos lanzazos, es tomado prisionero.

Al abandonar Ovalle la bandera, corre a ocupar su puesto el hidalgo teniente José María Yáñez. Este oficial desafía con su voz i los rayos de sus ojos al enemigo, i ajita la insignia nacional, hasta caer para no levantarse más envuelto en ella, sirviéndole así de gloriosa mortaja.

Las escenas finales que cerraron la batalla de Rancagua, son sólo comparables a la defensa hecha por Cambronne i el puñado de bravos que lo acompañaron en Waterloo.

Otros desgraciados, cuyos nombres no conserva la historia, siguieron los ejemplos anteriores i recibieron en pago de sus hazañas el ser fusilados a sangre fría en las calles, en las casas o en la plaza.

Al intrépido teniente coronel Bernardo Cuevas, que fué confundido con O'Higgins por una casaca galoneada que usaba, lo fusilaron de un modo ignominioso, estando indefenso i no teniendo a los ojos de Dios i de los hombres otro crimen que

haber defendido la libertad, la honra i la independencia de su patria. Durante toda la batalla este oficial peleó con denuedo en la trinchera de la calle de la Merced.

¡Ojalá que este asesinato hubiese sido el único!

¡Ojalá que esta sangre hubiese sido la última que iba a derramarse en aquella horrorosa hecatombe!

Los realistas cayeron sobre Rancagua como los vándalos sobre Roma. Animados de un furor incalificable, entregaron la ciudad al saqueo i a la cólera de la soldadesca desenfrenada. Quebraban las puertas i las ventanas, profanaban las iglesias en que habían tomado asilo los ancianos, las mujeres i los niños, pasaban a cuchillo a los que encontraban a mano, pisoteaban los vasos sagrados i las imájenes.

Hubo uno que penetró a caballo a la iglesia de San Francisco; otro tomó la corona de la virjen del Carmen i arrojándola al suelo dijo refiriéndose a esta:

—También serás patriota, grandísima tal... (1).

El incendio entretanto seguía su obra de destrucción i lamía con sus rojas llamaradas los edificios cercanos a la plaza. Nadie se acordaba de

---

(1) Estos i otros detalles los hemos tomado de *El chileno instruido en la historia de su país*, por el Rdo. P. Fr. José Javier Guzmán.

apagar el fuego: los unos por huir de la furia de los realistas i los otros por satisfacer sus iras contra los patriotas.

Antes dijimos que frente a la iglesia de la Merced se había destinado una casa para hospital de sangre. Pues bien, el incendio llega hasta él i mui luego aquello se convierte en inmensa hoguera. Los heridos se lanzan desesperados a las puertas que están cerradas i suben como locos a las ventanas que miran a la calle para pedir auxilio i aspirar aire puro. El humo asoma por doquier; los ayes i gritos de dolor son ahogados por el estruendo que producen los techos al abrirse, las vigas al romperse i los tabiques al ser consumidos por las llamas. Arrastrándose como pueden por el suelo, tomándose los unos de los otros, apoyando el rostro en las rendijas para respirar mejor, hacen colosales esfuerzos para librarse del fuego i para pedir socorro. Todo es inútil. Las chispas saltan en todas direcciones i queman las ropas de las camas i el traje de los heridos. El incendio sigue su marcha i crece como hinchada ola, hasta que después de asfixiar con sus polvorosas nubes de humo a las desgraciadas víctimas, las oprime i i consume entre sus brazos de fuego.

Al siguiente día se ven, oprimiendo los hierros de las ventanas, las manos medio carbonizadas de los muertos en tan tremenda catástrofe. En las puertas que dan a la calle, hai restos de los que-

mados vivos que muestran la desesperación en que murieron con la actitud suplicante de sus cuerpos. Veinte i ocho cadáveres se recojen de aquella hoguera.

De las tropas realistas, las que desplegaron mayor lujo de crueldad fueron los Talaveras. Parecía que hubiesen hecho el juramento de dejar en Chile un recuerdo eterno de su implacable fiereza (1).

¡Así sucumbió Rancagua!

De esas cenizas se levantará luego la *patria nueva*, con nuevos elementos, nuevos héroes, nuevas victorias; más lozana más joven, más vigorosa i más fuerte.

---

(1) Para que no se dude de nuestro aserto, reproducimos lo que el coronel don José Ballesteros, comandante de la 1.ª división realista, dice en su libro *Revista de la guerra de la independencia de Chile*:

«No puede negarse que el batallón de Talaveras fué demasiado rigoroso en su conducta jeneral. ¿Mas qué podría esperarse cuando fué formado en la península de los incorrejibles, viciosos i la escoria de otros cuerpos que debieron dar lo peor? Estos fueron depositados en las Casas-Matas, en la barraca i arsenal de la isla de León i conducidos a bordo para la navegación a América desarmados i escoltados por tropas armadas, hasta el mismo buque. Baste este conocimiento para deducir sus operaciones i sentimientos posteriores que movieron particularmente a Chile a un descontento universal por tanta insolencia, ultrajes i violencias cometidas contra las personas más visibles i caracterizadas, sin distinción de uno i otro sexo. Siente decirse: consentidos i autorizados por sus mismos jefes i oficiales».

Con esta hecatombe concluye la *patria vieja* que es sin duda la más simpática, la más poética, la que más conmueve i la que más entusiasma. Ella fué la que dió el primer grito de independencia; élla la que echó las primeras bases de la República; élla la que sin armas, sin ejércitos, sin disciplina, sin arsenales i sin recursos, dió grandes combates i batallas lejendarias; élla la que dando un adios al pasado, saludó el sol de la libertad que vino con sus brillantes resplandores a disipar las sombras del coloniaje, esa noche de tres siglos de nuestra historia.

La batalla de Rancagua es la más bella pájina del heroísmo chileno. Nunca el valor de nuestros soldados ha sido puesto a prueba más dura. Se batieron en dicho sitio uno contra tres. Los defensores pelearon treinta i cuatro horas consecutivas, sin agua, con pésimo armamento, con pocas municiones, protejidos tras de trincheras inseguras i construídas a la lijera, al reflejo de un incendio que cubría de humo i de chispas el teatro de las operaciones, con reclutas de un mes de servicio, con un número tan pequeño de artilleros que en la mitad del combate hubo necesidad de valerse de infantes para el manejo de las piezas, sin esperanza alguna de socorro desde el momento que José Miguel Carrera se retiró, sin medios para refrescar los cañones que casi llegaron al calor rojo con tantos disparos, sin ambulancias, sin

ninguna de las facilidades de locomoción necesarias para impedir los progresos de un sitio. I para colmo de tan grande heroísmo, cuando fué imposible la defensa, en lugar de capitular, los sobrevivientes a siete asaltos i a treinta i tantas horas de encarnizado batallar, todavía se encontraron con la pujanza bastante para lanzarse por sobre las barricadas i abrirse paso al través de las filas enemigas con el filo de sus sables i el pecho de sus caballos.

Lo que principalmente concurre a aumentar los colores de aquella trajedia grandiosa, es la resolución inquebrantable tomada desde el principio, de no dar ni recibir cuartel, de resistir hasta el último trance para salvar incólume i sin mancilla el honor de la bandera i de la patria.

De aquí por qué Rancagua fué un ejemplo que comprometió el honor propio de los revolucionarios que vinieron después i dió el tono a las campañas. Chacabuco i Maipo son sólo dos chispas de aquel combate inmortal.

Las pérdidas de ambos ejércitos se calculan en mil trescientos muertos i en proporción los heridos. (1)

(1) En el apéndice, bajo el N.° 3, publicamos el parte dado por Ossorio al virrei Abascal sobre la batalla de Rancagua.

CAPÍTULO XXII

Lo que hace O'Higgins al llegar a Santiago.—Salva a su madre i a su hermana i con ellas emigra.—Medidas de José Miguel Carrera.—Disposiciones del presbítero Uribe.—Manda incendiar a Valparaíso—Esfuerzos inútiles de Carrera.—Los patriotas emigran con direccíón a Mendoza.—Algunos almacenes son entregados al saqueo.—Peripecias del viaje de O'Higgins al través de la cordillera.—Encuentro en la Ladera de los Papeles.—Misa de gracia dicha en la ciudad de Rancagua en honor del triunfo obtenido.—Entrada triunfal de Ossorio i su ejército en la capital.—Se abre la era de la Reconquista Española.

O'Higgins apenas llega a Santiago, cubierto de polvo, abrumado con dos días de impresiones violentas i fatigas, encendida la frente, ardiente la mirada, sombrío el ceño, se dirije a su casa en donde derraman lágrimas de cruel incertidumbre su madre, doña Isabel Riquelme i su hermana Rosa. Fácil es comprender la ternura de aquel recibimiento, de aquella escena íntima de familia.

José Miguel Carrera, por su parte, sabido el desastre de Rancagua, envía tropas a fin de protejer la retirada de los fujitivos, corre aquí i allá llevando una palabra de entusiasmo a los que lo

rodean, hace esfuerzos supremos para organizar la defensa en otra parte, llama en auxilio de la capital las milicias de los departamentos i de los pueblos vecinos, procura en vano encender en el alma abatida de los que habían perdido hasta la última esperanza de victoria, el deseo de seguir peleando. Ya que no puede impedir al enemigo la entrada a Santiago, halaga el proyecto ilusorio de dirijirse a Aconcagua o a Coquimbo para levantar montoneras i organizar un nuevo ejército que permitiera salvar a la patria de las garras del león ibero.

Mientras Carrera trata, a fuerza de actividad, de hacer olvidar su gran falta de abandonar a su suerte a Rancagua, el presbítero Uribe, otro de los miembros de la Junta de Gobierno, luego que tiene conocimiento de la retirada de Carrera i que sabe el desastre, con punible lijereza i atolondramiento da al gobernador de Valparaíso las siguientes órdenes por demás tremendas:

1.ª «Al momento incendie V. S. los buques, *dejando a Valparaíso en esqueleto*, retírese con todas las fuerzas a esta capital sin perder instante. Dios, etc. Santiago, 2 de octubre de 1814.»

2.ª «Julián de Uribe. S. Gobernardor de Valparaíso.—Esta mañana se ofició a V. S. se pusiese en marcha para la capital, ahora se le repite acelere sus marchas *destruyendo enteramente el Puerto*. No deje V. S. un solo cañón útil. *Los Buques*,

Bodegas i cuanto haya incendie. Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago i octubre 2 de 1814.

Julián de Uribe.—Manuel Muñoz i Urzúa.»

3.ª «Señor Gobernador de Valparaíso—Aunque a V. S. se le tiene prevenido incendie los buques, si han quedado algunos menores haga que éstos marchen a Coquimbo conduciendo los cañones i demás pertrechos. Se encarga de nuevo a V. S. *no deje otra cosa que escombros.* La fuerza del ejército marcha para el camino de Coquimbo—Dios guarde a V. S. muchos años—Santiago i octubre 3 de 1814.

Julián de Uribe.»

4.ª «Debe V. S. sin perder instante reunido con toda la tropa, municiones, caballos, bueyes, mulas, i cuantos otros auxilios pueda, ponerse en marcha para Quillota en donde debe subsistir hasta segunda orden, recojiendo del mismo modo lo que pueda en ese destino, no dejando en Valparaíso una cosa útil en que pueda hacer presa el enemigo. Dios guarde a V. S. muchos años. Santiago i octubre 3 de 1814.

Julián de Uribe.

Señor gobernador de Valparaíso.»

Todos los esfuerzos de Carrera son inútiles. Ya nadie obedece. El terror se apodera de los espíri-

tus. Un pavor indescriptible i la desesperación difícil de pintar que sucede a las derrotas, toman asilo aun en los pechos más varoniles. Los soldados, arrojando al suelo o quebrando sus armas, huyen por doquier, se esconden, i van de puerta en puerta, de casa en casa, de corazón en corazón, gritando:

—¡Sálvese quien pueda!

—¡Sálvese quien pueda!

La mayor parte de los patriotas que habían militado en el ejército o que se habían comprometido seriamente en la revolución, preparan sus maletas i vuelan hacia la cordillera.

El camino a Aconcagua se ve cubierto de cabalgaduras, de soldados, de oficiales, de familias, de rezagados, de vehículos, de personas de diversas clases i condiciones.

Aquello parece la mudanza de todo un pueblo!

Carrera, desplegando enerjía suprema i actividad prodijiosa, trata de hacer olvidar su debilidad al frente de Rancagua, tomando medidas desesperadas. Como puede, rogando, amenazando, evocando el amor a la patria, consigue reunir un puñado de hombres i los pone a las órdenes de los bravos capitanes Maruri i Molina a fin de protejer la retirada de los insurjentes por el lado de la cuesta de Chacabuco.

En medio de su precipitación, i animado del propósito de no dejar elementos de guerra ni re-

cursos al enemigo, hace saquear la administración de tabaco, la fábrica de fusiles i los almacenes de víveres. Acopia los caudales públicos i saca los utensilios valiosos de las iglesias de la capital. Consigue con esto reunir trescientos mil pesos, los que entrega a su ayudante Barnechea, quien en compañía del coronel Meriño i veinte infantes recibe orden de ponerlos en salvo.

Al amanecer del 4 de octubre Carrera i los suyos marchan hacia Aconcagua en dirección a la cordillera.

O'Higgins, a su vez, con su madre, su hermana, Ramón Freire, Alcázar, Anguita, el capitán López i una parte de los dragones salvados del desastre de Rancagua, se pone en movimiento el 8 de octubre con la resolución de cruzar las cuatro leguas i media que distan entre los paraderos *Juncal* i las *Cuevas*. La cordillera esta cubierta de nieve; el cielo borrascoso; las huellas del camino borradas por los hielos de crudo invierno; sopla por los lugares que hai que recorrer un viento entumecedor; la naturaleza presenta un espectáculo tan terrible como magnífico.

Al llegar la comitiva al punto denominado *Ojos de Agua*, en plena cordillera, se detiene a contemplar de frente las inmensas sábanas de blancas nieves que se extienden hasta perderse de vista. La luz al proyectarse sobre la alba superficie de aquel océano helado, arroja reflejos sobre los ojos

de los viajeros que les producen fuertes irritaciones. No hai un solo surco que sirva de guía. Hai que abrir un camino especial para que las cabalgaduras de O'Higgins i de los demás deudos i compañeros no se sepulten en la nieve movediza que el viento mueve i arremolina con facilidad.

Pasada la cumbre de los Andes, a media noche del 12 de octubre, los viajéros alojan en la posada de las *Cuevas*. El 17 llegan a Mendoza en donde reciben toda clase de atenciones i auxilios de San Martín, gobernador de Cuyo, i de los antiguos amigos de O'Higgins, Juan Mackenna i Antonio José de Irisarri.

El infortunado Carrera, perdidas sus esperanzas de resistencia, profundamente abatido con el peso de tantas desgracias i responsabilidades i sintiendo dentro del pecho rujir su corazón, como puede escala la escarpada cordillera en compañía de quinientos hombres. En la Ladera de los Papeles fué alcanzado por una partida realista. Allí se batió hasta que siendo derrotado, se escapó favorecido por las sombras de la noche i se lanzó a las nieves sin más comitiva que su hermano Luis, los capitanes Maruri, Astorga, Jordán i unos cuantos soldados.

El 13, desde la cumbre de los Andes, dió un último adios a Chile.

¡Qué ideas cruzarían por su hermosa cabeza en aquella triste hora, qué sentimientos por su cora-

zón, qué decepciones por su alma, qué movimientos de orgullo por su conciencia, qué arrebatos por toda aquella naturaleza viril e indomable!

Aquella mirada i aquel adios a Chile fueron los últimos.

¿Tendría en ese instante el doloroso presentimiento de que no iba a volver más a la tierra de sus dulces ensueños, de sus primeros amores, de sus primeras locuras, i de sus primeras glorias inmortales?

Arcanos del pasado, misterios insondables!

Dejémosle que siga su destino, para reanudar los acontecimientos.

Ossorio, orgulloso por la victoria obtenida contra los patriotas, asistió al siguiente día de la batalla a una solemne misa de gracias que hizo dar en la iglesia de San Francisco a la cual invitó a los jefes i oficiales de su ejército i a la jente del pueblo.

El día 4, después de nombrar gobernador político i militar de la ciudad al coronel Juan N. Carvallo a cuyo mando dejó también para cubrir la guarnición el batallón Valdivia, dió orden de marchar a Santiago.

Sucesivamente se pusieron en movimiento el escuadrón Abascal, la caballería de Elorreaga, la división Montoya i en fin los famosos Talaveras con Maroto a la cabeza.

En Santiago los realistas sinceros que había i

los patriotas que tenían temor de ser perseguidos, hicieron un grandioso recibimiento a Ossorio, quien entre aplausos, banderas, hurras i flores daba comienzo a la era luctuosa que la historia denomina: LA RECONQUISTA ESPAÑOLA.

FIN.

APÉNDICE

NÚMERO 1.

PROYECTO DE TRATADO APROBADO POR EL GOBIERNO DE LASTRA I EL SENADO CONSULTIVO I QUE SIRVIÓ DE BASE A LOS PLENIPOTENCIARIOS PATRIOTAS O'HIGGINS I MACKENNA

«Por la prisión de Fernando VII quedaron los pueblos sin rei i en libertad de elejir un gobierno digno de su confianza, como lo hicieron las provincias españolas, avisando a los de ultramar que hiciesen lo mismo a su ejemplo.

«Chile deseoso de conservarse para su lejítimo rei, i huir de un gobierno que los entregase a los franceses, elijió una Junta Gubernativa compuesta de sujetos beneméritos. Esta fué aprobada por la rejencia de Cádiz, a quien se remitieron las actas de instalación: siendo ella interina mientras se formaba un Congreso jeneral de estas provincias, que acordase i resolviese el plan de administración conveniente en las actuales circunstancias. Se reunió efectivamente el Congreso de sus diputados, quienes en su apertura juraron fidelidad a su rei Fernando VII, mandando a su nombre cuantas órdenes i títulos expidieron, sin que jamás intentasen ser independientes del rei de España libre, ni faltar al juramento de fidelidad.

«Hasta el 15 de noviembre de 1811 quedó todo en aquel estado, i entonces fué cuando por fines e intereses particulares i con la seducción de la mayor parte de los europeos del reino, fué violentamente disuelto el Congreso por la familia de los Carrera, que hechos dueños de las armas i de todos los recursos, dictaron leyes i órdenes subversivas de aquel instituto, sin que ni las autoridades, ni el pueblo, ni la prensa pudiesen explicar los verdaderos sentimientos de los hombres de bien, ni opinar con libertad.

«Así es como durante el tiempo de aquel despotismo se alteraron todo los planes, i se indicó con signos alusivos una INDEPENDENCIA que no pudieron proclamar solemnemente por no estar seguros de la voluntad jeneral. Sin duda aquella anarquía i pasos inconsiderados movieron el ánimo del virrei de Lima a conducir a estos países la guerra desoladora, confundiéndose así los verdaderos derechos del pueblo, con el desorden i la inconsideración. Atacado el pueblo indistintamente por ésto, le fué preciso ponerse en defensa, i conociendo que la causa fundamental de la guerra eran *aquellos opresores*, empleó todos sus conatos en separarlos del mando, valiéndose de las mismas armas que empuñábamos para defendernos de la agresión exterior.

«Puesto así el Gobierno en libertad i deseando elejir un gobierno análogo a las ideas jenerales de la monarquía, confió la autoridad a un gobernador, llamándole supremo por haber recaído en él la omnímoda facultad que tuvo la primera junta gubernativa instalada en 18 de setiembre de 1810; i se propone ahora restituir todas las cosas al estado i orden que tenían el 2 de diciembre de 1811, cuando se disolvió el congreso.

«Por tanto, aunque nos hallamos con un pie mui respetable de fuerza, que tiene al reino en el mejor estado de seguridad, que diariamente se aumenta i aleja todo recelo, conviniendo con las ideas del virrei por la mediación e influjo del señor comodoro Mr. James Hillyar i para evitar los horrores de una guerra, que ha dimanado de haberse confundido los verdaderos derechos e ideas sanas, con los abusos de los opresores, propone Chile lo siguiente:

«1.° Que supuesta la restitución de las facultades i poder del gobierno al estado que tuvo cuando fué aprobado por la rejencia, debe suspenderse toda hostilidad, i retirarse las tropas agresoras, dejando al reino en libre uso de sus derechos, para que remita diputados a tratar con el Supremo Gobierno de España el modo de conciliar las actuales diferencias.

«2.° No se variará el poder i facultades del gobierno de la manera que fué aprobado por la rejencia, esperando el reino el resultado de la diputación que ha de enviar a España.

«3.° Se darán todos los auxilios que estén al alcance del reino, para el sostén de la Península.

«4.° Se abrirán los puertos a todos los dominios españoles, para que continúen las relaciones mercantiles mutuamente.

«5.° Se ofrece al señor comodoro Mr. James Hillyar, mediador de las diferencias entre el señor virrei de Lima i este gobierno, una garantía suficiente para el cumplimiento de esta transacción.

«6.° Siendo notorio, tanto en Chile como en Lima, el eficaz deseo del señor comodoro i comandante de la Phœbe, de terminar las diferencias pendientes en dos estados unidos por naturaleza i relijión, aceptamos su laudable mediación entre ambos gobiernos, i ofrecemos garantir los tratados que por ella se hagan, con la seguridad que esté en nuestra facultad, i siendo ésto conforme sustancialmente con los sentimientos que en conversaciones particulares ha manifestado el señor virrei al señor Hillyar, a escepción de quedar sujetos a guarnición extraña, nos ofrecemos también a reponer esta falta de garantía con rehenes equivalentes. Por tanto, espera Chile no se ponga el menor embarazo en la salida de las tropas de Lima; en cuya negativa nunca podrá convenir este reino, así para hacer una elección libre de sus diputados como para evitar una anarquía, i las disensiones interiores que probablemente se orijinarían, quedando alguna fuerza exterior; i sobre todo porque garantidas las proposiciones de un modo seguro, es inútil, i podría ser mui perjudicial mantener en el reino aquella fuerza.

«7.° Quedarán olvidadas las causas que hasta aquí hayan da-

do los vecinos de las provincias del reino, comprometidos por las armas, con motivo de la presente guerra.

«8.° El gobierno deja a discreción i voluntad de los jenerales de nuestro ejército restaurador, acordar i determinar el punto o situación en que han de discutirse i decidirse los tratados i demás ocurrencias de que no se haya hecho mérito, i también el que personen la discusión, o en su lugar nombren plenipotenciario que desempeñe a satisfacción tan importante encargo; i para este nombramiento se autorizan en bastante forma.

«Convenidos los jenerales de ambos ejércitos en los antecedentes artículos, sin variación sustancial, volverán a este gobierno para su ratificación que se hará en el término que acordasen.

«Santiago, abril 19 de 1814.—*Francisco de la Lastra—doctor José Antonio Errázuriz—Camilo Enríquez—doctor Gabriel José de Tocornal—Francisco Ramón de Vicuña—doctor Juan José de Echevernía*, secretario.»

NÚMERO 2.

HE AQUÍ EL TRATADO DEFINITIVO APROBADO EN LIRCAI POR GAÍNZA I LOS PLENIPOTENCIARIOS PATRIOTAS, O'HIGGINS I MACKENNA

Convenio celebrado entre los jenerales de los ejércitos titulados nacional i del gobierno de Chile:

ART. 1.° Se ofrece Chile a remitir diputados con plenos poderes e instrucciones, usando de los derechos imprescriptibles que le competen como parte integrante de la monarquía española, para sancionar en las cortes la Constitución que éstas han formado, después que las mismas cortes oigan a sus representantes; i se compromete a obedecer lo que entonces se determinase; reconociendo, como ha reconocido, por su monarca al señor don Fernando VII i la autoridad de la rejencia por quien se aprobó la junta de Chile, manteniéndose entretanto el gobier-

no interior con todo su poder i facultades, i el libre comercio con las naciones aliadas i neutrales, especialmente con la Gran Bretaña, a la que debe la España, después del favor de Dios i su valor i constancia, su existencia política.

2.° Cesarán inmediatamente las hostilidades entre ambos ejércitos; la evacuación de Talca se ejecutará a las treinta horas de ser comunicada la aprobación del gobierno de Santiago sobre este tratado, i la de toda la provincia de Concepción, esto es, las tropas de Lima, Valdivia i Chiloé en el término de un mes de recibida dicha aprobación, franqueándoseles los auxilios que estuviesen al alcance de Chile, i dicte la regularidad i prudencia i quedando esta última plaza de Chiloé sujeta como antes al virreinato de Lima: así como se licenciarán todos los soldados de la provincia de Concepción i sus partidos, si lo pidieren.

3.° Se restituirán recíprocamente, i sin demora todos los prisioneros que se han hecho por ambas partes sin excepción alguna, quedando enteramente olvidadas las causas que hasta aquí hayan dado los individuos de las provincias del reino comprometidos por las armas con motivo de la presente guerra, sin que en ningún tiempo pueda hacerse mérito de ellas por una ni otra parte. I se recomienda recíprocamente el más relijioso cumplimiento de este artículo.

4.° Continuarán las relaciones mercantiles con todas las demás partes que componen la monarquía española, con la misma libertad i buena armonía que antes de la guerra.

5.° Chile dará a la España todos los auxilios que estén a su alcance conforme al actual deterioro en que ha quedado por la guerra que se ha hecho en su territorio.

6.° Los oficiales veteranos de los cuerpos de infantería i dragones de Concepción, que quisiesen continuar su servicio en el país, gozarán el empleo i sueldo que disfrutaban antes de las hostilidades; i los que no, se sujetarán al destino que el excelentísimo señor virrei les señalare.

7.° Quedarán la ciudad de la Concepción i los puertos de Talcahuano con todas las piezas de artillería que tenían antes de las hostilidades; i no siendo posible al señor brigadier don

Gavino Gaínza dejar todos los fusiles de ambas plazas, se conviene en restituír hasta el número de 400 para su servicio i resguardo.

8.° Desde el momento que se firme este tratado estará obligado el ejército de Chile a conservar la posición que hoi tiene, observando relijiosamente el no aproximarse más a Talca, i caso que, entretanto llega su ratificación del exceléntisimo gobierno de Chile, sobreviniere algún temporal, que pueda perjudicarle, será de su arbitrio, acamparse en alguna hacienda en igual o más distancia de dicha ciudad; bien entendido que para el inesperado caso de volverse a romper las hostilidades, que será con previa noticia i acuerdo de ambos ejércitos, no podrá cometer agresiones el nacional sin haberle dado lugar de restituírse a la posicion que tiene en esta fecha.

9.° Se restituirán recíprocamente a todos los moradores i vecinos las propiedades que tenían antes del 18 de febrero de 1810 declarándose nulas cualesquiera enajenaciones que no hayan precedido de contrato particular de sus dueños.

10. El excelentísimo gobierno de Chile satisfará con oportunidad, de su tesoro público, treinta mil pesos como en parte del pago que debe hacerse a algunos vecinos de la provincia de Concepción de los gastos que ha hecho el ejército que hoi manda el señor jeneral brigadier don Gavino Gaínza, quien visará los libramientos que expida la intendencia.

11. Para el cumplimiento i observancia de cuanto se ofrece de buena fe en los artículos anteriores, dará Chile por rehenes tres personas de distinguida clase o carácter, entre quienes se acepta como más recomendable, i por haberse ofrecido expontáneamente en honor de su patria, al señor brigadier don Bernardo O'Higgins, a menos que el excelentísimo gobierno de Chile lo elija para diputado se sustituirá su persona con otra de carácter i representación del país.

12. Hasta que se verifique la total evacuación del territorio de Chile se darán en rehenes por parte del ejército nacional luego que esté ratificado el tratado, dos jefes de la clase de coroneles, así como para evacuar a Talca, que deberá ser el inme-

diato, se darán por el ejército de Chile otros dos de igual carácter quedando todo el resto del mes para que vengan a la inmediación del señor jeneral del ejército nacional los rehenes de que habla el artículo anterior, o un documento de constancia de haberse embarcado para Lima.

13. Luego que sea firmado este tratado, se expedirán órdenes por los señores jenerales de ambos ejércitos para que suspendan su marcha cualesquiera tropas que desde otros puntos se dirijan a ellos; i que sólo puedan acojerse, para librarse de la interperie, a las haciendas o pueblos más vecinos donde les llegaren dichas órdenes, hasta esperar allí las que tengan a bien dirijirles; sin que de ningún modo puedan las auxiliares del ejército nacional pasar el Maule, o entrar en Talca, ni las del ejército de Chile el río de Lontué.

14. Si llegare el caso (que no se espera) de no merecer aprobación este tratado, será obligado el señor jeneral del ejército de Chile a esperar la contestación de esta noticia, que ha de comunicar al del nacional, quien deberá darla al cuarto de hora de recibida.

15. Reconociendo las partes contratantes que la suspensión de las hostilidades, la restitución de la paz, buena armonía e íntima amistad entre los gobiernos de Lima i Chile, son debidos en gran parte al relijioso i eficaz empeño del señor comodoro i comandante de la Phæbe, don Santiago Hillyar, quien propuso su mediación al gobierno de Chile manifestándole los sentimientos del señor virrei, i no ha reparado en sacrificios de toda clase, hasta presenciar a tanta distancia de su destino todas las conferencias que han precedido, i este convenio, le tributamos las más expresivas gracias como a mediador i principal instrumento de tan interesante obra.

16. Se declara que la devolución de sólo 400 fusiles a las plazas de Concepción i Talcahuano a que se refiere el artículo 7.°, es porque el señor jeneral don Gavino Gaínza no tiene completo el armamento que el ejército de su mando introdujo al reino.

I después de haber convenido en los artículos anteriores, nos el jeneral en jefe del ejército nacional, brigadier don Gavino

Gaínza, i el jeneral en jefe de Chile, don Bernardo O'Higgins i don Juan Mackenna, plenipotenciarios nombrados, firmados dos ejemplares de un mismo tenor, para su constancia, en las orillas del río Lircai, a dos leguas de la ciudad de Talca, cuartel jeneral del ejército nacional, e igual distancia del de Chile, en 3 de mayo de 1814.

Gavino Gaínza.

Bernardo O'Higgins—Juan Mackenna.

NÚMERO 3 (1).

I.

PARTE OFICIAL QUE MARIANO OSSORIO PASA SOBRE LA BATALLA DE RANCAGUA AL MARQUÉS DE LA CONCORDIA, VIRREI DEL PERÚ, DON FERNANDO DE ABASCAL.

Santiago, 12 de octubre de 1814.

EXCMO. SEÑOR:

El 30 de setiembre pasado, reuní el ejército en la hacienda de don Francisco Valdivieso distante de la villa de Rancagua tres leguas: teniendo de antemano puestos a la orilla izquierda del Cachapoal los Escuadrones Carabineros de Abascal, Húsares de la Concordia (cuerpo levantado nuevamente), Lanceros de los Anjeles, i dos partidas de caballería sueltas, cuyo total era 650

---

(1) Bajo este número publicamos los partes de Ossorio sobre la batalla de Rancagua i los hechos que le siguieron, a la vez que varios documentos de importancia que pintan el efecto que produjo en el Perú la noticia de esta gran victoria. Además damos a luz algunas notas de felicitación que dan una idea de la época.

Todas estas piezas históricas nos han sido proporcionadas por el señor Benjamín Vicuña Mackenna, quien las tiene en copia en su archivo por demás valioso.

caballos; emprendí la marcha a las 9 de la noche, i en la formación de columna por divisiones en esta forma: a la cabeza 50 granaderos al mando del capitán don Joaquín Magallar; 200 pasos a retaguardia, el subteniente de Talaveras don Domingo Miranda con 25 zapadores; a iguales intervalos seguían los Húsares, cuatro piezas de artillería, vanguardia, sus municiones, cuatro piezas. 1.ª división con las suyas; 4 piezas; 2.ª división i sus municiones 4 piezas; 3.ª división i las suyas, escuadrón de Carabineros, i partida de dragones; a los flancos de la cabeza de la columna i a distancia de un cuarto de legua las partidas de caballería, caminé hacia los vados de las *Quiscas* o de *Cortés* distante de la citada hacienda dos leguas, i otras tantas de la villa. Se pasó el río, i al amanecer ya todo el ejército estaba del otro lado: inmediatamente se formó en batalla en dos líneas apoyando la derecha al río; la partida del teniente coronel don Pedro Asenjo i del capitán don Leandro Castilla, cada una de 100 caballos, empezaron a tirotearse con el enemigo por nuestra izquierda, en el interín dí un pequeño descanso a la tropa, i luego se dirijió en batalla hacia la villa; como una legua distante de ella, corriéndome hacia la izquierda, en donde hice alto; viendo que el enemigo cargaba sobre ella, mandé reforzar las indicadas partidas, e incontinenti hice desfilar la vanguardia al mando del coronel don Ildefonso Elorreaga, compuesta de los batallones de Valdivia i Chillán al cargo de sus comandantes los coroneles don Juan Carvallo i don Clemente Lantaño; 1.ª división mandada por el coronel don José Ballesteros, compuesta de los batallones voluntarios de Castro i Concepción a las órdenes del mismo i el teniente coronel don José Vildósola, i la 2.ª división a cargo del coronel don Manuel Montoya, con los dos batallones de su mando Veteranos i Auxiliares de Chiloé, con 4 piezas cada división al cargo del subteniente don Lorenzo Sánchez, el capitán graduado de teniente coronel don Bruno Basán i el capitán don José María Flores, i además el escuadrón de Carabineros mandado interinamente por el teniente coronel don Antonio Quintanilla, hacia los callejones de los Cuadras, previniendo a la vanguardia pasase al callejón de Chada, con el

fin de cortar los caminos que de la villa salen para Santiago; en seguida mandé a la compañía de cazadores de Talavera con su capitán don José Casariego, los Dragones con su jefe don Diego Padilla i dos obuses al cargo del teniente coronel don Alejandro Herrera tomasen la salida de la calle que mira al oeste de la villa, cuya artillería como todas las demás se inutilizó a poco tiempo excepto dos cañones de montaña, unas por el fuego del enemigo i otras por el repetido que hacían. La compañía de granaderos mandada por su capitán don Miguel Marqueli atacó por el punto que media entre la anterior calle i la que va al sur, a la cual se dirijió el rejimiento de Talavera i partida del Real de Lima, división mandada por el coronel de aquel cuerpo don Rafael Maroto, i comandante de ella el sarjento mayor del mismo don Antonio Morgao, i el teniente don Pedro Barrón, i el escuadrón de Húsares mandado por su comandante el teniente coronel don Manuel Barañao; el de Lanceros al cargo del teniente coronel don Antonio Pando que había dejado a la orilla izquierda del río, pasó éste luego que se circunvaló la la villa, en la cual mandaban a más de los 1,400 hombres de todas armas, i de sus decantadas tropas los cabezas Bernardo O'Higgins i Juan José Carrera; antes de acercarse el ejército a la villa había ya batido i dispersado más de 1,000 hombres de milicias con fusil i lanza; durante su sitio sucedió lo mismo con más de 700 i cuatro piezas que por el camino de Santiago i a su cabeza José Miguel (presidente de la Junta) i Luis Carrera su hermano, venían en socorro de los sitiados, treinta i dos horas de fuego sin intermisión en donde el enemigo tenía doce piezas de artillería de todos calibres puestas i colocadas en diez trincheras que había en otras tantas calles al rededor de la plaza principal i plazuela de la Merced, teniendo las tres cuartas partes de su tropa colocadas en los tejados, i campanarios de San Francisco, parroquia i mercado. Toda su artillería con muchas municiones, doce cajas de guerra, cinco banderas, (cuyas cintas negras así como la faja del mismo color, era la señal que llebaban para no darnos cuartel) más de 1,500 fusiles, cerca de 900 prisioneros inclusos 282 heridos, i entre aquéllos el mayor

con divisa de coronel don Francisco Calderón, 31 oficiales i 6... sacerdotes entre curas i frailes, más de 400 muertos, contándose en este número muchos oficiales, la dispersión total de esta reunión de insensatos, la entrada en la capital el 5 del actual, ser ya dueñas las armas del *rei*, de Valparaíso i otros puntos con todos sus efectos que tenían, ella son el fruto por ahora de esta victoria: O'Higgins i Carrera huyeron con mui pocos a favor del pelotón que salió de la plaza confundidos con las muchas caballerías que hecharon por delante i denso polvo.

Las cuatro banderas pequeñas cojidas en Rancagua que pudieron salvarse del justo enojo de los bravos soldados, i la grande, tomada en esta ciudad, he dispuesto las presenten a V. E. dos valientes de cada división del ejército para que acompañados por V. E. (si gusta) i de las tropas de esa guarnición, tribunales i demás cuerpos de ella, las conduzcan con la mayor pompa posible al convento de Santo Domingo i se coloquen a los pies de Nuestra Señora del Rosario, Patrona del ejército, como justo i debido homenaje que rendidamente le hace por el singular favor que le he merecido en la víspera i día de su advocación, en la cual i a las tres i media de la tarde tuve el gozo de pisar la plaza de la Villa.

Los muchos asuntos que me rodean consiguientes al desarreglo en que he hallado esta capital, el perseguir sin detenerme, después de poner el orden posible en ella, a los cabezas O'Higgins, Uribe, Muñóz i los tres hermanos Carrera, que con un puñado de locos como ellos se han refujiado a los Andes, camino de Mendoza, después de haber saqueado a estos vecinos, iglesias, i hecho un cincuenta de atrocidades, i el deseo de no retardar un momento, dar a V. E. tan agradable noticia, no me permiten extenderme como quisiera, para informarle de la conducta i valor de todos los oficiales i soldados de este ejército, que aunque corto en el número es mui grande por aquellas circunstancias, entusiasmo i subordinación.

Una marcha de siete i media leguas por terrenos llenos de agua i fangosos; un silencio tan profundo que no se oía otro ruido más que el del carruaje de la artillería, la que traían desde

35

Concepción a pie, atravesando más de veinte ríos, sin fumar en toda la noche, desde el jefe hasta el último tambor. La alegría al formarse en batalla, los deseos de batirse, su desnudez i falta de calzado i los vivas al REI repetidísimos aun en medio del horroroso cuadro que presentaba Rancagua, ardiendo por todas partes por las llamas, el hierro i el plomo; le hacen acreedor a las gracias de nuestro augusto REI DON FERNANDO VII habiéndoselas yo dado ya en su real nombre. Luego que el tiempo lo permita daré a V. E. la noticia correspondiente, ciñéndome por ahora a recomendar a V. E. a los jefes de las divisiones, al valiente Barañao que a la cabeza del escuadrón, con el fusil a la espalda i sable en mano entró a escape por la calle que mira al sur, en donde fué herido gravemente por una bala de metralla en el muslo izquierdo, habiéndolo sido antes su caballo por una de fusil; al subteniente de artillería Sánchez que fué herido en la mano derecha; a los tenientes de Talavera, don Juan Vázquez Novoa, don Francisco Reguerra i don Juan Alvarez Mijares, el primero herido en la misma mano, el segundo en el brazo izquierdo, i el tercero en un muslo, todos de bala de fusil; al sarjento mayor de dicho cuerpo don Antonio Morgao que al frente de su rejimiento i al toque de ataque entró por la referida calle del sur; al capitán don Vicente San Bruno que a fuerza de mucho trabajo construyó una trinchera en ella para contrarrestar la del enemigo; al coronel Lantaño que rechazó por tres veces a los de afuera, i luego cargó sobre los que huían; así como los tenientes coroneles Quintanilla, Asenjo, Pando i el capitán Castilla que, con su caballería completaron la derrota. El mayor jeneral coronel don Julián Pinuel, el coronel don Luis Urrejola, mis ayudantes, los capitanes, teniente de navío don Joaquín Villalva i don Manuel Matta, los tenientes don José Butrón, don Vicente de Nava i los subtenientes don Manuel Quesada i don José Rueda, desempeñaron cuantas comisiones i órdenes les dí i los recomiendo asi mismo a V. E. Nuestras pérdidas son 1 oficial i 3 muertos, i 113 heridos incluso 7 oficiales.

Testigo ocular de todo, espero interponga V. E. su poderoso nflujo para el correspondiente premio de estos fieles vasallos,

que es la única recompensa que deseo si merecen algo mis servicios desde que tengo la satisfacción de mandarlos.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel jeneral en Quinta de Sanchez (en Santiago,) 12 de octubre de 1814.—Excmo. señor:

Mariano Ossorio.

Excmo. señor marqués de la Concordia, virrei del Perú.

II

Parte de Ossorio sobre los hechos que se siguieron a la batalla de Rancagua.

Excmo. Señor:

El enemigo en precipitada fuga, abandonando todo i con mui poquísima jente, pues quizá no llegarían a cien hombres; pasó la cordillera la noche del 13 al 14. Desde Colina a la cumbre de los Andes, hasta donde se le pudo perseguir, se les tomaron nueve piezas de diferentes calibres con algunas cureñas que no tuvo tiempo de quemar; muchas municiones particularmente de cañón, más de trescientos fusiles, más de doscientos prisioneros, sin contar más de treinta i seis muertos que tuvieron en la pequeña acción que quiso sostener en la altura más arriba de la ladera llamada de los *Papeles,* dentro de la cordillera; la bandera del batallón del Injenio con la misma divisa negra (que era el de los esclavos, a quienes por un decreto de la junta última se les mandó los dieran sus dueños para tomar las armas); dos banderas i gallardete con el escudo de las armas reales, pertenecientes a la plaza de Valparaíso; i la tricolor que había en la misma, pero sin la parte blanca que se la quitaron antes, ésta i la primera las presentarán a V. E. los mismos individuos, que las tomadas en Rancagua, para el fin que dije en mi oficio del 12.

Permítame V. E. haga algunas observaciones particulares acerca de esta expedición, que he tenido la satisfacción de mandar. Primera: a los dos meses justos de haber desembarcado en

Talcahuano salí de Santiago para los Andes e hice pasar la cordillera a los Carrera i demás individuos de la junta, el mismo día del cumple años de nuestro augusto monarca i de la renovación del juramento de fidelidad en la capital. Segunda: en el mismo sitio i a distancia de un tiro de fusil donde José Miguel Carrera presidente de la junta en 1803 mató asociado con otro al correo de Buenos Aires para robarle 24,800 pesos que llevaba en oro, encontré 19 i media cargas de plata i de aquel metal que había saqueado en Santiago, ya en dinero, ya en alhajas de las iglesias hechas ya barras. Tercera: al mismo tiempo que por tierra entraba el parlamentario que llevaba la rendición a Valparaíso, lo verificaba la corbeta *Sebastiana* por mar, procedente de Talcahuano i Juan Fernández, a donde condujo la tropa, artillería, municiones i demás efectos necesarios para volver a posesionaros de aquellas islas que el enemigo había abandonado.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel jeneral en la guardia de los Andes, 15 de octubre de 1814.—Excmo. señor.

Mariano Ossorio.

Excmo. señor marqués de la Concordia virrei de Lima.

III

Orden del señor jeneral del ejército del rei en el reino de Chile, al señor gobernador intendente de Concepción.

Publique V. E. en este pacífico vecindario, que haciendo de trasnochada una marcha de cinco leguas, pasando el Cachapoal al amanecer el día de ayer, i sosteniendo un fuego vivísimo sin cesar, sin comer ni dormir por espacio de treinta i tres horas i media, logró este heroico ejército que tengo el honor de mandar, la victoria más memorable que ha visto este reino. 600 prisioneros, 500 muertos incluyéndose en ambos muchos oficiales, 200 heridos, más de 1,000 fusiles, 14 piezas de artillería de todos calibres i un abundante parque, son el fruto por ahora de este completísimo triunfo debido a la visible protección de la

virjen del Rosario, como que comenzó la víspera de su festividad i se concluyó en su día. Es mui justo i de nuestra obligación tributarle el más humilde reconocimiento i para ello disponga V. E. se le cante una misa de gracias con solemne *Te Deum*, i que se repique i haya iluminación por tres noches consecutivas.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Cuartel jeneral de Rancagua, 2 de octubre de 1814.

Mariano Ossorio.

Señor gobernador intendente de Concepción.

IV

Oficio enviado por el Ayuntamiento de Concepción al virrei del Perú felicitándolo por el triunfo de las armas del rei en Chile.

Excmo. Señor:

Aún no se había desembarazado este pacífico vecindario de las más afectuosas i festivas demostraciones con que celebraban la deseada restitución de nuestro augusto monarca el señor don Fernando VII a su trono, que V. E. se ha servido participarle, i en que por los medios más expresivos ha vertido la ternura de su corazón en testimonio de su incontrastable lealtad, cuando la gloriosa victoria de nuestras armas obtenida completamente en la villa de Rancagua contra los ilusos protectores de la revolución, le hace continuar sus placeres i después de tributar al Dios de los ejércitos sus más injenuos homenajes de gratitud los convierte a U. E. asegurándole de su eterno reconocimiento por la incomparable beneficencia con que ha sabido protejerlo hasta sacarlo de su opresión.

El día 2 del corriente, octubre, entraron nuestras tropas en la villa de Rancagua, después de treinta i tres horas de acción continua en que los enemigos tentaron resistir nuestras fuerzas.

Fueron jeneralmente derrotados con la resulta de 700 prisioneros, 500 muertos, 200 heridos, todo el parque de artillería que constaba de 14 piezas de diferentes calibres, 1,000 i más fusiles con abundante provisión de víveres i municiones que dejaron a nuestro ejército, i de cuyo poder sólo escaparon con mui corto número de tropas los caudillos que la mandaban.

El 4 del mismo mes continuó nuestro ejército su marcha desde este punto a la capital de Chile distante veinte leguas, i el 6 tomó posesión de aquella ciudad sin alguna resistencia; i habiéndose fugado de ella con trescientos hombres de su tropa i considerables caudales los promotores de la revolución, cuyo alcance ha dispuesto nuestro benemérito jeneral, según todo lo ha participado por su comunicación del mismo día.

Ya llegó excmo. señor, el momento feliz en que deben renacer las dulces ideas de fraternidad i de unión, que por tantos siglos han causado la felicidad de la América. Ya no soplará el fuego abrasador de la discordia, que con la ilusión de una soñada libertad ha derramado en este ameno país la desolación con la misma sangre de sus hijos. Este cabildo no acierta a expresar a U. E. cual es su gratitud por el inefable celo con que ha restituído a estos pueblos la tranquilidad i el bien entendido uso de sus derechos. Sólo sabe asegurarle que ningún sacrificio será costoso para detestar la dura esclavitud de que ha salido i que ajustándose a los superiores designios de U. E. pedirá incesantemente al cielo prospere sus benéficas ideas i le llene de sus bendiciones.

Nuestro Señor guarde a U. E. muchos años.

Concepción, 15 de octubre de 1813.

Excmo. señor:—*José María Martínez.*—*Manuel Rioseco.*—*Vicente Antonio Becandò.*—*Miguel González.*—*José Cruz de Urmeneta.*

Excmo. señor marqués de la Concordia, virrei del Perú.

V

EL ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE SANTIAGO DE CHILE CONGRATULA I DA LAS GRACIAS A SU EXCELENCIA POR LOS TRIUNFOS DE LAS ARMAS DE SU MAJESTAD Y OCUPACIÓN DE AQUELLA CAPITAL.

Excmo Señor:

La esclavitud i la opresión habían tomado en este reino todo el incremento de que son capaces en su línea: un corto número de sediciosos libertinos supo desenfrenar la plebe, armarla, hacerla instrumento de su insurjencia i jeneral desolación; la tiranía i despotismo había subido a un grado insoportable, i los pueblos en la dura posición de sufrir i ejecutar, no tenían libertad de sufrir su exasperación. En su mayor abatimiento conocía Chile que sólo V. E. podría desnudarle la cadena i obligado a pelear contra su lisonjera esperanza, llegó el momento feliz en que fuésemos a un mismo tiempo vencidos i vencedores. Derrotado el tirano, se restableció improvisamente la quietud, el orden i la tranquilidad: recibimos a nuestros libertadores con los signos más expresivos de contento, i no hai quien no celebre la renacencia al antiguo vasallaje de nuestro amado monarca. El cabildo penetrado de los sentimientos comunes, tributa a V. E. las más reverentes gracias; i no cesará jamás de conocer que V. E. ha sido el héroe de la América, el Aquiles de su felicidad, su pacificador i su libertad misma, restando únicamente para complemento de nuestra suerte, gozar las benignas influencias de un digno jefe. En la actualidad sólo llenaría nuestros deseos el señor jeneral coronel don Mariano Ossorio. Las circunstancias críticas de este suelo, sus cualidades amables, i los conocimientos que ha tenido necesidad de adquirir exijen imperiosamente un beneficio que impone temor a los prófugos revolucionarios opresores, i conduce a la conservación de nuestra Serenidad.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Sala capitular de Santiago de Chile i octubre 21 de 1814.

Excmo. señor: *Gerónimo Pizana.—Juan Antonio de Fresno.—*

Francisco Ruiz Tagle.—José Manuel Arlegui.—Juan Manuel de la Cruz.—Lucas de Arriarán. — Domingo Ochea de Zuarola.—Manuel María de Undurraga.—Manuel de Figueroa.—Tomás Ignacio de Urmeneta.

Excmo. señor Marqués de la Concordia, Virrei, Gobernador i Capitán Jeneral del Perú.

VI

EL ILSTMO. SEÑOR OBISPO ELECTO DE SANTIAGO AL EXCMO. SEÑOR VIRREI

Excmo. Señor:

Mui venerado señor, i todo mi respeto: llegó por fin el día señalado por la Divina Providencia, para la plena efusión de las misericordias del Señor sobre este desgraciado reino, i su aflijida capital, a la que se dirijió con la rapidez del rayo a los pocos días de haber desembarcado en Talcahuano el señor coronel don Mariano Ossorio, destinado últimamente por el inapurable celo de V. E. para jeneral en jefe del ejército que debía venir a redimirnos del odioso yugo que nos ha oprimido por tanto tiempo. Después de repetidas intimaciones llenas de humanidad, que hizo infructuosas la obcecación i protervia ¡de los pérfidos insurjentes, cayó sobre ellos en la villa de Rancagua, en donde habían reunidos sus indisciplinadas tropas para hacer los últimos esfuerzos de su impotente despecho, escarmentado con una completa derrota cuyo resultado fué la absoluta dispersión de los pocos que no tuvieron la suerte de quedar prisioneros o tendidos en las calles de Rancagua, i la inevitable de aquel pueblo. Desde aquel momento los infames caudillos de la rebelión no trataron sino de ponerse en salvo con precipitada fuga, seguidos de la execración de sus compatriotas, acompañados de su rabiosa desesperación, agobiados con el monte de ignominia que carga sobre sus hombros, i aterrados con sus remordimientos, i el destino horrible que se les espera.

Conseguido este triunfo se encaminó el señor jeneral en jefe

con sus victoriosas armas a esta capital para evitar su devastación a que la habían condenado los tiranos usurpadores de su gobierno: esos monstruos sin alma i sin conciencia, que no se han negado a ningún delito, i en sus últimos apuros cometieron el sacrilejio execrable de despojar los templos de sus alhajas, i cuanto conducía a la solemnidad del culto. De la catedral sólo se robaron más de dos mil marcos de plata, i en las demás iglesias sólo dejaron lo preciso para la celebración de los oficios divinos; habiendo cometido otros horrores i crueldades que me impide referir la consternación de mi ánimo aflijido. El señor jeneral en jefe con una actividad que asombra, no omite dilijencia para perseguir a los infames traidores, i ver si se puede recuperar los frutos de sus robos i rapiñas.

En medio de los inmensos cuidados que ocupan su atención, yo le merecí la de que a las pocas horas de haber entrado en esta capital remitiese una escolta de doscientos hombres para seguridad de mi persona, nuevamente confinada desde el día en que hizo la primera intimación a un lugar distante diez leguas de esta ciudad, situado en la ruta del camino de Mendoza, por donde meditaban fugar en caso de una derrota; con el depravado designio de asesinarme, según se me anunciaba por las personas interesadas en mi conservación, o el de hacerme pasar violentamente la cordillera, como ya otras veces lo habían intentado, cuyos inícuos proyectos se frustraron por las medidas i precauciones que tomó el señor jeneral en jefe para evitar mi última ruina, habiéndome hecho conducir a esta capital con decoro, i dado sus providencias para que se me ponga en posesión del gobierno del obispado en cumplimiento de las soberanas órdenes de S. M., lo que se verificará el día de mañana.

El de hoi me acaba de hacer avisar al señor jeneral que esta noche salen los últimos despachos para que dé inmediatamente vela para el Callao uno de los buques detenidos en Valparaíso, no malogro esta primera ocasión que se presenta, para cumplir con la obligación de rendir a V. E. mis respetos i tributarle la más cordial felicitación por los triunfos de sus armas victoriosas, que enlazan las glorias de V. E. con los imponderables beneficios

de nuestra libertad, la incomparable dicha de ver restituido este reino, oprimido con la más negra tiranía, a la amable dominación de nuestro desgraciado monarca el señor don Fernando VII.

Poseídos de las ideas que ofrecen sucesos tan felices, no ceso de tributar al cielo las más tiernas acciones de gracias por sus misericordias, i pedirle que con sus bendiciones cubra i proteja las empresas de V. E. para consuelo de nuestras desgracias, i que guarde la preciosa vida de V. E. muchos años. Santiago de Chile, 12 de octubre de 1814.—Excmo. señor.—B. L. M., de V. E. su más reverente atento servidor i afectuoso capellán.

José Santiago.
Obispo electo de Santiago.

Excmo. señor, marqués de la Concordia.

VII

Relación de la artillería, municiones i demás pertrechos omados al enemigo en la plaza de Rancagua

Cañones de bronce de calibres regulares.

	Servicio
Culebrinas de a 8	1
Cañones del calibre de a 4, de batalla, largos...	4
Id. de id. para montaña	2
Id. de id. de hierro	1
Carronadas de id. del calibre de a 8	3
Obús de 7 pulgadas, de bronce	1

Cureñas i armones.

Para culebrinas de a 8	1
Para el de a 4 de batalla	4
Para el de id. de montaña	3
Para carronadas de a 8	3
Para obús de 7 pulgadas	1

Cartuchería cargada para la artillería de sitio i campaña.

	Servicio.
Cajones de cartuchos del calibre de a 4, de bala.	42
Id. de id. de id. de metralla.....................	
Id. de id. de diferentes calibres..................	24
Barriles con id....................................	10
Retobos con balas del calibre de a 8........	30
Id. de a 4...	12
Balas sueltas de a 4...............................	200

Armas i utensilios para servicio de cañones.

Bota-lanzafuegos	4
Guarda-lanzafuegos.................................	14
Punzones...	8
Bolsas...	18
Cartucheras para estopines.........................	16

Fuegos artificiales.

Estopines del calibre de a 4 hasta 8.............	1,000
Lanzafuegos..	300

Armas para la infantería i piezas sueltas correspondientes a ella.

Fusiles de ordenanza....................	1,300
Bayonetas.........	400
Piezas sueltas para fusil, un cajón.	1

Municiones para infantería.

Cartuchos de fusil con bala, 7 cajones............	7
Id. sin bala, 2 id.................................	2

Instrumentos de gastadores.

	Servicio.
Palas..	121
Azadones..	40
Barretas..	26

Herramientas para armeros.

Tornillos de banco....................................	4
Limas de todas menas, un cajón..................	1
Cajón con toda herramienta.........................	1

Fierro Platina.

En trozos 4 qqls. nuevo............................	4

Efectos de parque.

Tiendas de campaña................................	30
Cajas de medicina, dos......	2
Cajas de guerra..	12
Cuerda-mecha, dos cajones........................	2
Cajones con velas de sebo........................	4

Varios efectos no pertenecientes al uso de la artillería.

Cartucheras..	400
Porta-bayonetas..	400

Cuartel jeneral de Rancagua, 2 de octubre de 1814

Mariano Ossorio.

NOTA.—Con el motivo de tener los insurjentes todos los pertrechos i municiones en diferentes casas que hacían de parque en varias calles que estaban entre sus trincheras, no se pudo encontrar en el momento del asalto, que los que constan en esta relación; pero el comandante militar de aquella plaza avisa estarse encontrando aún más.

VIII

DESCRIPCIÓN DE LA GRAN FIESTA QUE HUBO EN EL CALLAO I EN LIMA AL RECIBIRSE LAS BANDERAS TOMADAS A LOS PATRIOTAS EN RANCAGUA, PUBLICADA EN LA *Gaceta* DEL GOBIERNO DE LIMA EL SÁBADO 12 DE NOVIEMBRE DE 1814.

El domingo 6 del corriente fondeó en este puerto del Callao la goleta *Mercedes*, procedente del de Valparaíso, trayendo a su bordo a nueve valientes del ejército de S. M. del reino de Chile, con nueve banderas arrancadas al derrotado de sus infames opresores; i la divina Providencia que mezcla siempre sabiamente los bienes con los males, haciendo brillar los efectos de su bondad cuando más atribulados nos hallamos, nos ha proporcionado este gusto a tiempo que llorábamos la deserción de otra porción de nuestros hermanos. Una guerra tan injusta i alevosa en su orijen como despótica i arbitraria en el modo con que se ha hecho por los insurjentes caudillos de Chile, se mira en el día terminada con la mayor rapidez i cordura, no habiéndose apartado el jefe a quien fué encomendada, del camino trazado por el jenio de nuestro virrei, i concurriendo con su más infatigable constancia i buen deseo a la consumación de los vastos planes que le habían sido confiados; i como una de las obligaciones más dulces que tiene el hombre es la de tributar su reconocimiento a los autores de su fortuna, i al mismo tiempo los jefes de los facciosos de aquel reino han puesto con sus balandronadas i vocinglería en tanta expectación al mundo, que no ha hecho más que despreciarlos, conviene publicar la nueva de su aniquilamiento con alguna más extensión de la que quisiéramos, para los ilusos que existen todavía i acaben de entender que no es sinó un relámpago la dicha del impío, i que el patrocinio del cielo sólo se dispensa a la combatida virtud.

Luego que S. E. tuvo noticia de que se hallaba surta en el Callao la expresada goleta con tan precioso cargamento, expidió sus prontas órdenes para que se depositase a bordo del navío de guerra de S. M. *Asia*, mientras que se preparaban para su con-

ducción a esta capital dos compañías de granaderos del rejimiento Real i la Concordia. En efecto, a poco después de haber rayado la aurora del lúnes 7 ya se habían reunido 120 bizarros granaderos, que a las seis de esa mañana se pusieron en marcha hacia el Callao, donde fueron obsequiados luego que llegaron, por el capitán de los de la Concordia don José Román Idiaguez i luego se verificó el desembarco de las banderas con toda la pompa i orden que eran necesarios para solemnizar el acto más serio i delicioso que ha visto aquella plaza. De dos en dos fueron colocadas las nueve banderas en cuatro botes vistosamente adornados, con una escolta de granaderos de uno i otro cuerpo, con un oficial, i el tambor del navío iba en el medio tocando marcha, i puestas en fila caminando a su retaguardia, todas las embarcaciones menores de la bahía llenas de jentes diferentes en la misma formación, i flameando la bandera española que había servido de pedestal a los insurjentes en el reino de Chile, parecía la flota un ejército bien coordinado, con la sola diferencia que no reinaba aquel profundo silencio que precedió al asalto i al incendio de la villa de Rancagua (1).

A poco de haber entrado la tarde se puso en marcha para Lima la gallarda comitiva con los gajes del valor de los soldados de S. M. Todo el camino del Callao estaba casi cubierto de alegres espectadores, i particularmente en el tránsito por donde hai a uno i otro lado del camino de a pie, estaba tan lleno de concurso que apenas podía transitarse. S. E. había hecho que las músicas de los dos predichos rejimientos fuesen a encontrarse en el camino con sus respectivas compañías, para realzar más la sublimidad de la primera escena de esta clase que se ha representado en dicho sitio, desde la fundación de esta insigne capital. Eran las cinco i cuarto de la tarde cuando se presentó S. E. en el paseo, a tiempo que la comitiva estaba un poco más al norte del óvalo segundo, por lo que formando rápidamente bata-

(1) Por los muchos vivas de los asistentes i salvas repetidas de la plaza o los buques.

lla la columna, i tendidos en tierra los pendones, pasó por delante de ellas rodando la carrosa del representante de nuestro augusto monarca, tantas veces maldecido en la cautiva capital de Santiago; i aunque S. E. jamás ha sabido complacerse en la ruina de sus semejantes ni pagar las injurias sinó con beneficios, su noble pecho palpitaba fuertemente de placer por la alusión de tan magnífica ceremonia, i a un mismo tiempo eran ajitados de iguales conmociones todos los circunstantes: pues no es creíble que alguno de los malos, que por desgracia viven con nosotros, quisiese ser el objeto de la justa indignación del público en esos momentos.

Al entrar en la ciudad el acompañamiento comenzó sin precedente orden superior, un repique jeneral de campanas que duró por el espacio de dos horas. Las calles del tránsito, hasta llegar a la plaza mayor, estaban tan cubiertas de jente como lo había estado el camino del Callao; i como la mayor parte de los concurrentes quisiese presenciar el último momento de este día gloriosísimo: cuando se presentaron en la galería del Ayuntamiento las banderas con su escolta, se hallaba reunido en la plaza un concurso cual nunca se ha visto. Entonces comenzaron los *viva el rei, viva la nación española, viva el marqués de la Concordia, viva el jeneral Ossorio, mueran los insurjentes;* i así permaneció la muchedumbre hasta que el sol se puso. Por la noche se iluminaron el palacio de S. E., i el del excmo. señor arzobispo, la casa consistorial, i algunas de este vecindario, i al siguiente día volvieron a presentarse en el mismo sitio las banderas para saciar la curiosidad de todos los que concurrían a verlas.

Hasta aquí solo se descubre una serie de circunstancias, que aunque interesantes por su misma naturaleza, han dejado el corazón casi vacío, por faltarles la unión santa de nuestra relijión adorable que es la que perfecciona nuestras dichas i hace que se disfrute sin digusto las satisfacciones más inocentes de la vida humana. La filosofía de este desventurado siglo puede llenar mui bien las cabezas de sus incautos sectarios, de palabras insignificantes, i hacerles creer que los grandes acontecimientos de la guerra son obra de solo la prudencia i el valor; pero como

quiera que no ha consolado hasta ahora a ningún desgraciado, i el hombre naturalmente en los peligros reconoce la impotencia de su brazo, nuestro invicto Ossorio así lo ha confesado en el momento mismo de estar hollando, salpicado con la sangre de sus propios enemigos, un sin número de trofeos; i al encargar a S. E. que se tributen alabanzas i acciones públicas de gracias a la Santísima vírjen del Rosario, en cuyo santo día logró volver a Chile la felicidad perdida, ha dado la prueba más sobresaliente de la relijiosidad de sus sentimientos i la rectitud de su corazón. Tales votos han tenido el debido cumplimiento; i los valientes que condujeron desde el mismo campo de batalla las insignias del triunfo, fueron los que las llevaron el miércoles por la mañana hasta los pies del trono de la soberama imajen, con la misma escolta con que vinieron al Callao.

S. E. quiso que entrásen en la capital aquellos guerreros con los mismos vestidos, que el polvo i la fatiga de tan laboriosa campaña, habían bastamente injuriado; mas, luego, en solo el día que hubo de intermedio entre el de su entrada i el de la acción de gracias, ostentó con ellos toda la magnificencia que acostumbra, dándoles otros lucidísimos, para que fuesen a entonar en su compañía el *Te Deum* en el templo sacrosanto del Señor de los ejércitos, cuya función se verificó con la suntuosidad correspondiente; i después de haberse celebrado el incruento sacrificio de la misa, durante el cual hicieron tres saludos las compañías de granaderos que habían quedado en la plazuela de la iglesia de Santo Domingo, con asistencia de todas las corporaciones, jefes del ejército i oficiales de los cuerpos militares, regresó S. E. a su palacio; i luego comió con los nueve valientes i con los principales personajes de la milicia, haciendo ver a todos que es un verdadero padre de sus súbditos i un justo apreciador del mérito do quiera que lo encuentre. S. E., brindó primero por la salud de nuestro soberano, después felicitó a los guerreros que le correspondieron brindando por el constante acierto de sus determinaciones; i luego un amante de las glorias de la España, de S. E. i del jeneral Ossorio, dijo lo siguiente:

De Chile en vano fiero parricida,
De ingratitud i desamor hinchado,
Mortífero puñal ha levantado
Contra el seno infeliz que le dió vida;

I con placer mirando la honda herida,
I henchido de la sangre que ha brotado,
Su triunfo canta, i corre despiadado
I el ¡ai! doliente de su patria olvida.

Que *Ossorio* se presenta con sus bravos,
I blandiendo la espada vengadora,
El negro polvo muerden los tiranos,
I los viles pendones, sus esclavos.
Del *héroe* ante la planta vencedora
Temblando rinden con sus propias manos.
De V. E. señor es esta gloria;
De vosotros, guerreros, la victoria
Un brindis i otro sea, compatriotas,
Oprobio eterno para los patriotas.

Concluído el espléndido i delicado banquete, felicitó S. E. a todos los concurrentes, i se despidió con aquella urbanidad i cortesía que le son tan familiares.

El jueves 10 solemnizó la real brigada de artillería los triunfos de su coronel, con toda la pompa, profusión i gusto posibles. El Iltmo. señor obispo de la Paz celebró de pontifical la misa de acción de gracias en la capilla del Parque, i después del evanjelio se dijo un breve pero enérjico discurso, mui propio de las circunstancias. Las salvas de la artillería i el primoroso adorno de todo el cuartel, i la abundante i exquisita mesa a que asistieron los principales jefes de la guarnición, i otras muchas personas de carácter i los nueve valientes, pusieron el sello a las glorias del marqués de la Concordia, del vencedor de Rancagua, i de la ilustre brigada del real cuerpo de artillería.

Estas demostraciones de gozo no son arrancadas por la fuer-

37

za, como acostumbraban poco há vuestros tiranos, ¡oh pueblo redimido de Chile! Nada tienen de violento i odioso ni traen a la memoria extorsión ni injusticia, sinó la gloriosa historia de los sucesos que prepararon la ruina de vuestros opresores, bajo la sabia conducta del intrépido i activo jeneral que te ha sacado de la servidumbre. ¡Qué no vuelva jamás a turbarse el reposo de tus pacíficos hogares, con los suspiros que exhalabas bajo el yugo de la tiranía, sin lograr más que pasar de uno a otro tirano! ¡Cúbranse otra vez esos feraces terrenos, de plantas i frutos saludables, i cuando trueques por el fusil la azada, que sea para sostener el orden, la justicia i la tranquilidad i no para insultar a nuestro amado monarca i a sus lejítimos representantes! Las convulsiones políticas dejan huellas tan profundas como las de la naturaleza: i ellas os dicen que debéis ser en adelante más obedientes i circunspectos para poder ser más afortunados; entretanto bendecid conmigo a la paz que habéis empezado a disfrutar.

¡Salve decilda, madre bienhechora,
Del linaje mortal: cándida hermana
De la santa virtud! ¡De polo a polo
Rija un día tu mano vencedora!
No abandones jamás! ¡Pueda contigo
Comenzar el imperio afortunado
De la *fraternidad*, en que el malvado
Es el solo enemigo,
I la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa.

Cienfuegos.
Oda a la paz entre España i Francia.

IX

PROCLAMA

El virrei del Perú a los habitantes del reino de Chile

Desde las primeras conmociones que bajo el velo de seguridad, suscitaron en ese país almas inquietas, ambiciosas o aluci-

nadas con las máximas de una mal entendida política, de una libertad e independencia quimérica e impracticable; preveía yo con sumo dolor los horrores que iban a producir en los bienes i en las personas de su inocente vecindario. Para precaver he alzado mi voz en distintas ocasiones, procurando descubrir a los engañados el plan de males que no estaba distante de suceder, a fin de que cooperasen con su influjo, poder i relaciones a detener su impulso. Pero desgraciadamente la seducción triunfó entonces de la verdad, i la buena fe quedó sometida a la malignidad i al engaño. Cerrar enteramente la comunicación con ese reino, habría sido castigar de un mismo modo a los buenos que a los malos; i negarse al justo clamor con que los leales interpelaban mi autoridad para reponer el orden i la tranquilidad en esos pueblos, hubiera sido como un crimen que atormentaría mi corazón, tanto como ahora me son sensibles las calamidades de la guerra que os han hecho padecer los sediciosos, apoderados del gobierno por la fuerza.

El atrevido desenfreno de sus pasiones, con que han escandalizado i vejado al virtuoso pueblo de esa capital, pesando en mi consideración más que los males físicos con que se le ha oprimido, me decidieron al fin a tomar parte en la defensa: pero de un modo lento, cual me pareció que debía convenir para evitar los desastres de una guerra empeñada con el mayor calor por los malvados, desde el principio; dando lugar a que el arrepentimiento i el destierro de las sombras con que estaban alucinados millares de hombres incautos, hiciese mas estragos que la bayoneta i el cañón.

Las proposiciones para una sincera i fraternal reconciliación, tantas veces propuestas como desechadas por esos monstruos de iniquidad, i sus continuas depredaciones, os han enseñado, aunque a costa de grandes sacrificios, a apreciar los caracteres diferentes de un gobierno justo i benigno, i el que corresponde dar al ambicioso i tumultario, si es que merece nombre de gobierno el intruso, el devorador de la fortuna de los que por desgracia le obedecen, i del que aspira a elevarse sobre las ruinas de los pueblos.

Los particulares que residen en ellos, sus cabildos, i el mismo jeneral que ha dirijido las tropas del rei a los gloriosos triunfos que acaban de conseguir, me informan del crecido número de fieles que hai en cada uno, del estado miserable a que quedan reducidas sus haciendas, sus casas i todo jénero de propiedades: sus templos sacrílegamente saqueados, atropellados los ministros del altar i vulneradas su respetable autoridad i facultades. Tal es el fruto de una insurrección, i lo que debéis a sus detestables autores. Mas yo no puedo detenerme en la contemplación de semejante cuadro de infortunios, cuando el deseo i la obligación me llaman a reparar el desorden i las desgracias.

Leales habitantes del reino de Chile, i los que deslumbrados por el artificio de los facciosos, os habéis separado del camino que os dejaron trazados vuestros ilustres ascendientes: volved todos a recojer bajo el suave gobierno del mejor i mas deseado de los monarcas, los frutos de vuestra fidelidad i vuestro arrepentimiento. Destiérrense las pavorosas sombras de la enemistad i el error, i una constante unión i voluntad de resarcir vuestro honor i vuestras pérdidas, harán renacer la abundancia i la felicidad que os deseo. Contad para ello con mi auxilio. Por lo pronto remito azogues i tabacos, que son los artículos que más necesita el reino; i mientras me instruyo de las demás necesidades, os ofrezco a nombre del rei su favor, protección i amparo.

Lima, 9 de noviembre de 1814.

El marqués de la Concordia.

X

CORRESPONDENCIA ENVIADA DESDE SANTIAGO A LA *Gaceta* DEL GOBIERNO DE LIMA I PUBLICADA EN ELLA EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1814, QUE DA DETALLES CURIOSOS SOBRE LO QUE PASÓ EN LA CAPITAL DE CHILE A CONTAR DESDE LA BATALLA DE RANCAGUA HASTA LA ENTRADA TRIUNFAL DE OSSORIO.

Santiago de Chile, 10 de octubre de 1814.

¡VIVA EL REI!

El día 2 del corriente, día de nuestra Señora del Rosario, a las 4 de la tarde se dió la famosa batalla de Rancagua dentro de la misma villa, habiendo conseguido las armas del rei una completa victoria: del ejército de los insurjentes murieron de los patriotas como unos 500: se les hicieron 750 prisioneros: se les tomaron 1,500 fusiles, toda la artillería, etc.

El lunes 3 cuando se supo aquí la noticia, huyó la junta compuesta de don José Miguel Carrera, el clérigo don Julián Uribe i don Manuel Muñoz: se han huído por la otra banda los siguientes:

El diputado de Buenos Aires, Pasos; el doctor Vera, el padre de la Buenamuerte, don Antonio Armida, el señor Plata i su mujer, su hijo Fernandito, don José Antonio Rojas, el canónigo nuevo Eleizegui, el otro clérigo Urivi, don Joaquín Larraín, clérigo que fué padre mercedario, el padre Beltrán capellán de artillería cirujano, don Facundo Indáñez de Charcas, don Juan de Dios Vial, don Andrés Orguera europeo patriota, don Bartolo Araus, don Luis Carrera, don Juan José Carrera, don Juan Franco Leon de la Barra, don Timoteo Bustamante, don José Meneses capellán de artillería, el padre Alcázar, guardián de San Francisco, el padre Oros de la Domínica, con los padres Videla, Chocano, Obredor i un lego de Santo Domingo, los pa-

dres Gallinato, Jara, Guzmán, Noguera, el lego loco i otros infinitos i el padre Maquilla.

En el lunes, martes i aun miércoles, i siguientes han saqueado la ciudad los mismos patriotas, de día claro, con hachas, etc.

De orden de los Carrera pegaron fuego i quemaron toda la casa, fábrica de pólvora, arruinaron la fábrica de fusiles, se robaron todo el dinero de la caja real, el de la casa de moneda, aduana i tabacos. Destruyeron la casa del director de tabacos, se han robado todas las lámparas de las iglesias, arañas, ciriales, incensarios, frontales, mayas, puertas de sagrarios, i en fin rara es la alhaja que han dejado en los templos.

Antes habían preso varios clérigos i relijiosos, como son los padres domínicos Galiano, Acuña, Meneses, Muñoz, Mollea, Amaya: ha estado sentenciado también a destierro el padre Vázquez i el padre Caso, otros muchos seculares de San Francisco, todos los europeos de la Merced, el padre Aguirre, Rojas, Romo i otros muchos de San Agustín, los padres prior Gorriti i N. P. Figueroa, el maestro Echegoyen; el clérigo Cañol i otros.

En lunes luego que se supo la derrota de Rancagua, la jente de la ciudad se huía por los montes, con camas i trastos, a pie, a caballo i en carretones; de suerte que era día de juicio. Yo salí con toda la familia vestido de fraile domínico cerca de Palmilla. En fin, fueron esos días parecido al día del juicio, porque iban los insurjentes haciendo destrozos por las campañas, saquearon la villa de Aconcagua.

Pero, ¡oh grandeza de Dios! el miércoles por la mañana hubo voladores, repique jeneral i se comenzó a volver la jente: han entrado estos días las tropas del rei en seguimiento de los insurjentes i de lo que se llevan. El regocijo i alegría de este pueblo es inexplicable, pues al golpe se llenaron las torres de las iglesias, todas las puertas de calle, de casas i de cuartos etc. de banderas españolas. Ya van cinco noches de iluminación nunca vista. Las tropas del rei han ido entrando por divisiones: primero entró el señor Ossorio, invicto jeneral, con más de mil hombres. Después han entrado toda la artillería tomada al enemigo, muchas banderas tricolores hechas pedazos, cajas, etc. Después

han entrado el batallón de Valdivia, el de Chiloé, los carabineros de Abascal, compañías de cazadores de Concepción, de la Concordia, i ayer entró el lucido rejimiento de Talavera de la Reina, todo de europeos, mozos bien vestidos, etc.

En fin, el número de tropas que he visto, regulo será de 4,000 hombres: todo está tranquilo por ahora: se han elejido alcaldes a don Juan Antonio Fresno i a don Francisco Tagle, uno europeo i otro chileno, hoi están elijiendo rejidores mitad chilenos i mitad europeos. Ya se restituyó con grande acompañamiento el señor Rodríguez obispo electo, a quien habían desterrado, i lo mismo al señor Vargas canónigo; por último, no puedo decir más porque falta tiempo i voces para explicar la paz i la tranquilidad que gozamos.

XI

Copiamos a continuación el estado oficial hecho en Mendoza por José Miguel Carrera, sobre la tropa que cruzó los Andes después de la batalla de Rancagua:

Artillería	105
Batallón de infantería de línea, núm. 1	36
» » » núm. 2	38
» » » núm. 3	22
» » » núm. 4	73
» de Injenuos	60
Rejimiento de caballería, Guardia Nacional	164
Asamblea jeneral de caballería i Dragones	210
Total	708

Mendoza, 22 de octubre de 1814.

José Miguel Carrera.

FIN

ÍNDICE

Pájs.

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

Pájs.

Pájs.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 07028 6151



